

VIENTO

SUR

POR UNA IZQUIERDA ALTERNATIVA

● **Repensar la violencia.** Robert F. Litke, Imanol Zubero, Jonan Fernández, José Ramón Castaños, Christine Alder ● **Como un arrecife de coral:**

por un nuevo tipo de "partido de nuevo tipo". Jorge Riechmann ● **Cuba. La comunicación: el "auto-bloqueo".**

María López Vigil ● **"Abasso Italia". Reflexiones sobre una nación desorientada.** Enzo Traverso

● **Estados Unidos.**

My name is Gingrich and I'm Frankenstein. G. Buster





Número 18 / diciembre 1994 / 400 pesetas

agenda

Notas sobre la actualidad política en el Estado español. *Martín Caussá, Pepe Gutiérrez, Jaime Pastor, G. Buster 7*

el desorden

Cuba

La comunicación: el "auto-bloqueo". *M^a López Vigil 21*

Italia

"Abasso Italia". Reflexiones sobre una nación desorientada. *Enzo Traverso 39*

Estados Unidos

My name is Gringrich and I'm Frankenstein. *G. Buster 53*

miradas

Fotos de *Gilmar Samoes 61*

plural

Repensar la violencia

Violencia y poder. *Robert F. Like 67*

Los medios de la emancipación. *Imanol Zubero 77*

La asignatura pendiente de la izquierda. *Jonan Fernandez 81*

Lucha armada y desobediencia civil en los valores de la izquierda vasca. *José Ramón Castaños 84*

Violencia, género y cambio social. *Christine Alder 87*

Propuestas rojiverdes

Como un arrecife de coral. Algunas tesis sobre ecologismo, parlamentarismo, transformación de la política y necesidad de un nuevo tipo de "partido de nuevo tipo". *Jorge Riechmann 95*

voces

26^o a la sombra. *Ignacio Tafur 107*

subrayados

"Trabajar menos para trabajar todos" de Guy Aznar. *Daniel Raventós 111*

"Qué es el neoconservadurismo" de Helmut Dubiel. *José Luis Moreno Pestaña 113*

"Informe 1994" de Amnistía Internacional. *Itziar Ezagupen 115*

"Del Moncada a Chiapas. Historia de la lucha armada en América Latina" de Daniel Pereyra. *Michael Lowy 119*

"Acerca de la salud de los trabajadores" de Carlos Aníbal Rodríguez. *Jesús Uzkudun 120*

Propuesta gráfica de *José Alcalde y Maribel Fuentes*

Director: Miguel Romero
Diseño: Jérôme Oudin &
Susanna Shannon
Maqueta: Escala 7

**Redacción, administración
y suscripciones:**

Embajadores, 24 - 1º izquierda
28012 - Madrid
Tel.: (91) 530 75 38
Fax: (91) 527 96 52
Correo electrónico: Viensur
@nodo50.gn.apc.org

Correspondencia:

Viento Sur
Apartado de Correos: 50.370
(Cibeles)
28080 - Madrid

Imprime:

J. P. Arts Gràfiques

DL: B-7852-92
ISSN: 1133-5637

Han colaborado en este número:

José Alcalde

Entre otras cosas diseña, ilustra y pinta.

Christine Alder

Investigadora en el Departamento de Criminología de la Universidad de Melbourne.

Jonan Fernández

Portavoz de *Elkarri*.

Maribel Fuentes

No recuerda cuando empezó su afición por la pintura, seguramente cuando tuvo por primera vez un lápiz en su mano. Ahora empieza a pensar que esa afición puede decir cosas.

Robert F. Like

Profesor de filosofía en la Wilfrid Laurier University de Ontario (Canadá).

María López Vigil

Redactora-jefe de *Envío*.

Jorge Riechmann

Pertenece a las redacciones de MIENTRAS TANTO y EN PIE DE PAZ. Ha publicado recientemente *Los Verdes Alemanes*. Comares, Granada, 1994 y, junto con Paco Fernández Buey, *Redes que dan libertad*. Paidós. Barcelona, 1994.

Gilmar Samoes

Fotógrafo brasileño.

Ignacio Tafur

Escritor. Ha publicado varios relatos en la prensa de la ciudad en la que vive, Granada.

Enzo Traverso

Historiador. Autor de *Les Marxistes et la question juive*. La Brèche. París.

Imanol Zubero

Profesor de la Universidad del País Vasco. Pertenece a Gesto por la Paz.

Carta de redacción

Cambiamos, por esta vez, el titular de la sección de apertura para llamar la atención de lectores y lectoras sobre unas informaciones importantes para el futuro de *VIENTO SUR*.

La primera es un aumento muy grande en el precio de la revista. A partir del próximo número el precio de la suscripción ordinaria pasará de 2.300 a 3.500 pesetas; el precio de cada número, de 400 a 700 pesetas. Una decisión así en una revista como la nuestra exige una justificación no simplemente formal. Vamos a hacerla.

Desde su primer número, hace ya tres años, *VIENTO SUR* quiso ser una revista austera en la forma y, por tanto, barata: barata de fabricar y barata de comprar. No había en ello ninguna presión económica: por el contrario, muchas de las críticas que el diseño de la revista recibió, fue ser demasiado “pobre”, poco competitiva con los productos del mercado considerados por algunos colegas como un canon de la “calidad” que la izquierda alternativa debía alcanzar.

No nos convencieron estas críticas. Nos parecía, y nos parece, muy bien que en el campo de la prensa alternativa haya criterios y logros muy diferentes en la forma y en fondo. Los nuestros no pretendían ser mejores que los de los demás, pero tenían una base bastante sólida: queríamos reflejar en la forma de la revista las mismas características de modestia y claridad que, en nuestra opinión, debe tener en estos tiempos la reflexión y el debate dentro de la izquierda alternativa.

Lo único que lamentamos de la edición de la revista en estos 18 números son las malditas *erratas*: del diseño estamos muy satisfechos y

nos gustaría que fuera tan duradero como el de otras revistas, de por ahí y de por aquí, de las llamadas “de pensamiento”, que han logrado un diseño prácticamente inamovible durante años.

Lo repetimos, queríamos hacer un medio barato; o dicho de otro modo, queríamos que nadie dejara de comprar la revista por encontrarla “cara”.

Y durante estos tres años, *VIENTO SUR* ha sido, de lejos, la revista de su tipo más barata que podía encontrarse dentro de la amplia oferta existente. Y aún ahora, tendrá un precio inferior a la gran mayoría. Pero pese a ello, si hacemos esta subida es únicamente porque la creemos imprescindible para el futuro de la revista.

El precio del papel ha tenido un enorme aumento, por encima del 50%, en 1994. Así que, sólo por eso, hubiera sido necesario una subida importante del precio de *VIENTOSUR*. Pero no es ésta la causa fundamental de la difícil decisión que hemos tenido que tomar.

Había una cierta trampa en el antiguo precio de 400 pesetas: la revista tenía un déficit, no excesivo si lo valoramos respecto a los niveles habituales en la “prensa militante”, pero insoportable para nosotros a medio plazo y, sobre todo, contradictorio con las condiciones actuales de la revista.

Porque *VIENTO SUR* tiene futuro. Pero debe conquistarlo. Para ello es necesario un presupuesto equilibrado, sin subvenciones, que incluya la contratación de una persona para las tareas administrativas.

El precio que hemos adoptado responde a estos objetivos en condiciones de difusión similares a las actuales. Podíamos haber administrado la purga en un par de dosis, pero hemos preferido poner todas las cartas sobre la mesa. Si vosotros y vosotras respondéis bien, hay *VIENTO SUR* para rato, con las mismas características editoriales que ha tenido durante estos años y sin subidas de precio traumáticas como la que esta vez, y esperamos que sea la última, nos hemos visto obligados a realizar.

Como todo no van a ser malas noticias, hay otra decisión importante para el futuro de la revista. Anunciamos que en los próximos días va a constituirse el Consejo Editorial que asumirá, en adelante, la dirección colectiva de *VIENTO SUR*. Os anunciaremos su composición en próximos números.

En fin, la administración y gestión de suscripciones se traslada a Madrid. De esta forma toda la relación con la revista debe dirigirse a:

VIENTO SUR

c/ Embajadores 23-1º Izquierda

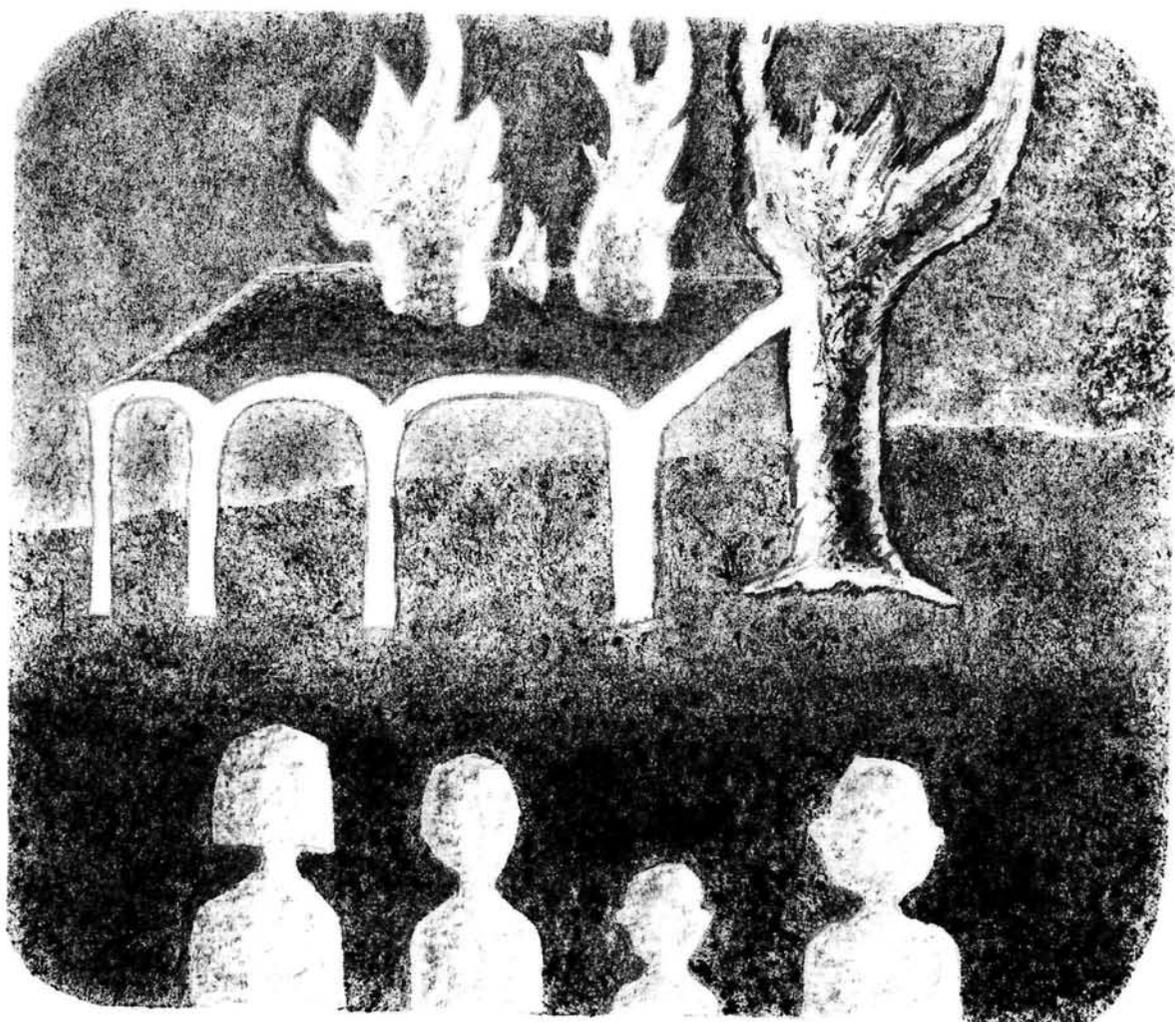
28012-Madrid

Teléfono: (91) 530.75.38

Fax: (91) 527.96.52

Correo electrónico: Viensur@nodo50.gn.apc.org

Y dicho esto, nos quitamos los flotadores y, sin miedo, pero, para ser sinceros, un poco preocupados, nos echamos al mar. Que vaya y nos vaya bien este 1995.



1 agenda

26 de noviembre. Más de doscientos amigos y amigas de José Borrás participan en Sant Boi de Llobregat en unos actos de homenaje, cariño y respeto a su memoria.

1981-1993: los años insumisos. Cuando he mirado hacia atrás para recordar las experiencias compartidas con Jose Borrás durante los últimos doce años, he visto que constituían un capítulo completo de las luchas populares de nuestro país y del Estado español, un capítulo del que no hemos leído todavía las últimas líneas, pero cuyo final conocemos perfectamente. Me ha parecido que el título de: *Los años insumisos*, describía bien el espíritu del período en que se desarrolló la actividad de Borrás como dirigente político.

Antes de 1981, Borrás era ya un líder sindical, un luchador popular y un militante revolucionario. Se convirtió en dirigente político sin ninguna larga trayectoria de aparato: el día antes de ser responsable político de la LCR de Catalunya trabajaba de jardinero municipal; y lo volvió a hacer el día después.

Asumió su responsabilidad cuando se había clausurado el final de la transición, cuando el nuevo régimen iniciaba su vida normalizada bajo el gobierno del PSOE, que acababa de ganar las elecciones con una promesa de cambio que le había dado un apoyo popular sin precedentes: más de 10 millones de votos. Como siempre que se inicia una época nueva, los interrogantes y las inseguridades eran mucho mayores que las certezas para las personas que no íbamos a favor de la corriente. La contribución de Borrás durante estos años, fue la de ayudar a definir las tareas de la izquierda que se negaba a adaptarse a los límites que el sistema había declarado posibles y que no quería dejarse encerrar en el gueto.

Preguntas y respuestas. Las preguntas eran más fáciles de formular que de resolver: ¿qué reivindicaciones podían alcanzar un fuerte apoyo popular? ¿Cómo traducirlas en movilización y organización independientes? ¿Cómo conectar con la juventud, que era de dónde podían salir las fuerzas, el entusiasmo

y las ideas que tomasen el relevo? ¿Cómo construir un colectivo militante capaz de actuar en continuidad, guardar la memoria, ser fuente de iniciativas y de proyectos de futuro?

Las respuestas que se dieron en la LCR primero y en Revolta después, son conocidas. Su balance es una combinación desigual de éxitos y fracasos, quizá todavía difícil de valorar exactamente. En mi opinión, los éxitos más importantes estuvieron ligados a la capacidad para defender unas reivindicaciones potencialmente populares, aunque negadas por la opinión pública oficial. Defenderlas intransigentemente con formas nuevas, imaginativas y capaces de enganchar con gente nueva. Sólo me referiré a dos de estas luchas: la primera, y más masiva, contra la OTAN y las bases, donde fuimos derrotados en un referéndum; la segunda, la que todavía continúa contra el Servicio Militar Obligatorio, por parte de los objetores y, muy especialmente, de los insumisos. Esta última es la que he escogido como emblema de lo que me parece más interesante de la izquierda alternativa y de la actividad de Borrás, porque creo que la piedra de toque de la izquierda en este período tan poco revolucionario, era la capacidad para suscitar el rechazo a un orden injusto y traducirlo en formas de desobediencia, de insumisión activa y colectiva.

En cuanto a los fracasos, el que me parece más importante es no haber conseguido mantener las fuerzas que agrupaban los colectivos de la LCR y el MC, al fracasar su fusión, el proyecto de Revolta y de una izquierda alternativa a nivel de Estado español. Borrás deseó, como todos, el éxito de este proyecto, pero ya no formaba parte de la dirección cuando fracasó y desapareció la posibilidad de un polo alternativo independiente, con capacidad de iniciativa propia.

Dignidad de la pobreza. Durante los *años insumisos* la contribución de Borrás no se limitó a definir las tareas, sino que popularizó un estilo de trabajo. José Gutiérrez ha escrito que Borrás, en su juventud, cuando le conoció, era un proletario con toques del 68. Este toque se fue haciendo pacifista, independentista, insumiso, pero no dejó nunca de ser proletario o, quizá más exactamente, una reivindicación de la dignidad de la pobreza: él siempre ejerció de inmigrante del barrio de Cinco Rosas, que miraba con cierta coña amistosa o directamente con mala leche (según fueran amigos o enemigos) a los intelectuales, los políticos y los funcionarios, y que hasta en la esquila de su muerte quiso dar testimonio de su rechazo radical de los poderosos. De la mejor tradición de la dignidad de la pobreza creo que extraía su energía en la lucha, ninguna tarea le parecía imposible, y la paciencia, convencido como estaba de que nunca veríamos los frutos prometidos de nuestra lucha, sino que trabajábamos para nuestros hijos y nuestros nietos.

Pero supo encarnar también algunas de las virtudes más positivas de estos *años insumisos*. En primer lugar, la alegría en el trabajo militante, que no desarrollaba por una pesada responsabilidad histórica, sino por las cosas positivas que podíamos hacer aquí y ahora; le gustaba repetir que no debíamos abrumarnos por los kilómetros que nos separan de un cambio global y sí valorar los centímetros que éramos capaces de avanzar. En segundo lugar, la no separación entre las tareas de dirigente y activista: parecía querer reivindicar que cualquier jardinero podía

ser un dirigente político, pero no debía convertirse en un político profesional o un burócrata, sino saber compaginar la elaboración de una ponencia con el mitin, colgar la pancarta, tocar el tambor en la manifestación o aguantar la *jeta* delante de la *bofia* el día que pintan bastos.

En todos los homenajes tenemos tendencia a recordar sólo las cosas buenas de nuestros amigos y también a idealizarlos. Todos sabemos que los defectos son la inseparable compañía de las cualidades, pero no nos gusta recordarlos en estos momentos. Sin embargo, daría una imagen poco real de Borrás si no me refiriera brevemente a un tema que le hizo reflexionar muchas horas durante los meses de su enfermedad: su pasión por la política y su energía le llevaron muchas veces a la agresividad y la intransigencia, incluso hacia las personas que más quería.

Y no sería coherente con la figura de Borrás, si no lo recordara con la pregunta que tanto le gustaba formular: "¿qué pasa con el gobierno?". Forma personal e irónica de preguntar: ¿y ahora, qué hacemos nosotros?

He empezado recordando que se acaba una época y que comienza otra llena de interrogantes e incertidumbres para las gentes que vamos a contracorriente. Las preguntas que debemos formularnos son muy parecidas a las que nos hacíamos al principio del período que ahora termina, pero las respuestas deben ser muy diferentes, porque han cambiado muchas cosas: perdimos el referéndum, se malgastaron dos huelgas generales, cayó el muro, perdieron los sandinistas,... y Aznar se encamina hacia la Moncloa aupado por diez mil escándalos socialistas. Además, no existe ningún polo independiente que reagrupe una parte significativa de la izquierda alternativa, ni parece que pueda existir en el futuro inmediato. Esta es una diferencia muy importante respecto del período anterior, aunque esta constatación debe tomarse como una premisa para la actividad y no como un deseo de volver a viejas formas organizativas. La forma de partido que tomaron nuestras organizaciones en el pasado sería poco adecuada ahora, porque es necesaria un tipo de organización más plural, menos jerárquica y mucho más participativa.

Dispersión. Actualmente, la característica fundamental de la gente de izquierda alternativa es que está dispersa: en colectivos modestos de ámbito nacional algunos, otros solamente locales; en forma de minorías, a veces importantes, en formaciones políticas con presencia institucional (como Iniciativa per Catalunya); animando diversos movimientos sociales, ONGs, movidas ciudadanas, etc. Esta dispersión dificulta extraordinariamente la posibilidad de una actividad continuada, la memoria colectiva, la generación de nuevas iniciativas y propuestas de futuro. Es un dato relativamente estable de la situación, que no se superará ni rápida, ni fácilmente. Pero es importante trabajar para modificarlo, para favorecer la convergencia de la gente interesada en construir una izquierda alternativa, que sólo podrá avanzar si se construye simultáneamente en la práctica y en las ideas, si se rechazan los tabús y los clichés previos, si se respetan las ideas y las militancias diferentes. No es una tarea fácil, pero empiezan a haber experiencias interesantes, tanto en Catalunya, como en otras partes del Estado español.

Como en todas las épocas nuevas, es más fácil formular preguntas y enumerar necesidades que encontrar respuestas prácticas. Sobre todo si se sale de una

derrota y se acumula el cansancio. Pero no debemos quedarnos recordando el pasado o encerrados en nuestro modesto colectivo. Debemos tener el coraje de preguntarnos “¿qué pasa con el gobierno?”, y empezar a organizar una actividad colectiva capaz de ir transformando la situación. Este es el mejor homenaje que podemos hacer a nuestro amigo Jose Borrás.

Martí Caussá

(Traducción al castellano del texto leído en el acto de Sant Boi).



8 de diciembre, Muere en Madrid Enrique Lister, un mito del estalinismo español.

Acaba de fallecer Enrique Lister y algunos han lanzado las campanas de loor al vuelo. En una nota pública, el PCE subraya que su vida había sido “una constante entrega a la lucha de los trabajadores”. Por su parte, Anguita ha señalado “su ejemplo de sacrificio y dignidad”, así como su valor que “supone una enseñanza para estos tiempos”. Francisco Umbral (*El Mundo*, 10-XI), singular (y bastante ambivalente) “compañero de ruta”, entonaba un canto *machadiano* propio de los *buenos tiempos* cuando los estalinistas iban al cielo. Y como es ya habitual, en el guión previsto por el pacto entre *caballeros* que selló la reforma pactada, abundan las páginas en blancos. Ni siquiera en los medios más *serios* (*El País*) funcionaba la más mínima voluntad investigadora. Su lema es más o menos, “todos los muertos son buenos”.

Pero ¿quién fue Enrique Lister?

Esta es una pregunta que, a todas luces, no se han hecho ni Umbral ni Anguita, y a la que no se puede contestar sin más, citando a Antonio Machado —entre otras cosas porque muchos de los “hombres de mármol” del estalinismo tuvieron sus poetas en verso que luego quisieron olvidar—, o con referencias a las medallas ganadas en tres ejércitos.

Ni una pregunta. Lister fue uno de los mitos del historial estalinista del PCE, con sus grandezas, cierto, pero también con sus muchas y oscuras miserias. Hijo del terruño, emigrante de vida dura, comunista a los 20 años en el PC cubano en pleno ascenso del estalinismo, Lister tuvo que huir de la policía de Machado en 1928. Organizador sindicalista en Galicia al principio de la República, izquierdista de choque “*¡Abajo la República burguesa!*”, “*¡Vivan los soviets!*”, protagoniza en 1932 un choque armado con la patronal y la *Benemérita* y es enviado a la *Meca* (Moscú). Él mismo cuenta: “Estuve en Moscú entre 1932 y 1935 y, junto a esa preparación político-militar —estudió en la Escuela Leninista y en la Escuela Militar (PG)—, adquirí también una experiencia inolvidable: la de trabajar como barrenero de primera línea del metro de Moscú. Eran los días en que el socialismo se construía a cuatrocientos gramos de pan y con lo que llamábamos el “té blanco”, que era simplemente agua hervida con un poco de azúcar o con un caramelo en la boca...”. Sindicalista,

éstajanovista, militar cuadrado, Líster no se hará nunca ni una sola pregunta sobre lo que ve en la URSS, donde no habrá "error" que no se justifique con mayores glorias.

De nuevo en España, Líster se responsabiliza en el Buró Político del "trabajo antimilitarista", pero la sublevación del 18 de julio le coge de sorpresa. En plena guerra, pasa de comisario a ocupar la jefatura del mítico Quinto Regimiento, pieza clave de la militarización del Ejército republicano, de la guerra regular. Como tal, su actividad suscita numerosas controversias, y no solamente sobre su categoría como mando. Uno se refiere a su "indisciplinado" empeño de hacer volar el Alcázar, otro es la disolución *manu militari* del Consejo de Aragón, de las colectividades libertarias que tendrán que ser luego restauradas pero ya bajo el nuevo orden inaugurado con el gobierno de Negrín. Su prepotencia al tratar la cuestión tiene la virtud de la claridad: "Luego me acusaron -escribe en sus *Memorias*- de haber fusilado a dos anarquistas por destrozarse imágenes religiosas, y yo estoy dispuesto a hacerlo cuantas veces haga falta". Tampoco tiene ninguna duda respecto a la "corrección" de la línea del partido, la suya es "la fe del barrenero". (Umbral, después de decir que su revolución no tenía nada que ver con "la ciencia", lo trata nada menos que de "inteligencia").

Después de la guerra regresa a la URSS e ingresa en la Academia Militar Frunze. Durante la IIª Guerra Mundial llegará a ser general de los Ejércitos soviéticos, polaco y yugoeslavo, aspecto este último que le llevará a sobresalir en su repudio del "tito-trotskyismo" y a encontrar culpables de semejante virus cuando Tito se atreve a decir "no" a Stalin. También sobresale como ideólogo "militar" con ocasión de la aventura guerrillera en el valle de Arán, aunque no tardó nada en decir lo contrario de lo que publicó en sus revistas "teóricas" en el momento del *voltaface* de Carrillo y fue duro con los chivos expiatorios que lucharon en primera línea. Con su prestigio y su "carácter ejemplar", Líster trabajó durante los oscuros años de exilio moscovita en la dirección del PCE ("Llegó a tener siete secretarías", dicen sus memorias, y la pregunta es: ¿y para qué? Sobre todo esto escribió páginas muy esclarecedoras Gregorio Morán en su *Miseria y grandezas del PCE (1939-1985)*, y en la que Líster aparece a cuerpo entero en una función para la que hay que echar mano de Shakespeare para comprender algo). Después de contar con numerosos historiadores oficiales (Azcárate fue uno de ellos), el PCE no ha encontrado ninguna pluma para desmentir el panorama ofrecido por Morán, que se apoyó en una abundantísima documentación.

Las cosas por su nombre. La desestalinización coge a Líster a contrapié, pero no es capaz de oponerse a ella hasta que la política exterior rusa choca con Carrillo y sus "peros" a la liquidación de la Primavera de Praga. Entonces pone su nombre, su rostro brezneviano y su dureza lingüística al servicio de un tinglado llamado Partido Comunista Obrero, y no duda en declarar: "¡Stalin es un revolucionario que ha desempeñado un papel muy importante!. Y no sólo en la URSS, sino en todo el movimiento revolucionario internacional. Bajo su dirección se ha construido el socialismo en la URSS, se ha forjado una inmensa fuerza militar, gracias a la cual hoy es posible mantener la paz mundial. Esto está por encima de toda discusión...". Esta perla, y otras, las publicó hace años *El Viejo Topo* con un evidente regusto satírico. Por cierto, notas como estas no le impiden decir a

Umbral: "Stalin te guardaba rencores". ¡Cuanta frivolidad!

Finalmente regresó a España para vivir como un pensionista más, con un sueldo político de 30.000 pesetas. El responsable de este dato (Manuel Navarro, *El País*, 9-XI), añade que "aunque se escribió lo contrario mil veces, siempre estuvo en contra de la invasión de Checoslovaquia", pero no ofrece ninguna documentación al respecto. También lo exonera de otras críticas menores y asegura que siempre "escuchaba a sus camaradas –muchos habían estado bajo sus órdenes– con atención y respeto". Sin embargo, Líster fue uno de los pocos líderes del PCE que nunca se desdijo de su desprecio sectario frente a anarquistas, comunistas y poumistas. En cuanto a su talante, servidor únicamente recuerda algunas de sus intervenciones televisivas (en particular en una *Clave* sobre Checoslovaquia), y desde luego no pudo ver en el viejo general el más mínimo gesto de tolerancia: más bien parecía un *testigo de Jehová* con su Biblia.

La vieja tradición de respetar a los muertos nos mueve a silenciar muchas cosas, pero en todo hay límites, y esos límites no existen únicamente para "liberales" o derechistas habituados a blanquear sus historias y a imputar toda clase de barbaridades a la gente revolucionaria.

Por eso a nuestro juicio no vale indignarse con toda justicia, como lo ha hecho Vázquez Montalbán ante el tono empleado con ocasión de la muerte de Nixon –cuyos "errores" no parecen superiores a los publicistas de *El País* al que hubiera cometido Michael Curtiz dándole a Ronald Reagan el papel de Bogart en *Casablanca*–, y justificar con la mezquina lógica del *campismo* a estalinianos como Líster. Todo el "océano de sangre" producido por los servidores del dinero no pueden hacernos olvidar los errores y los horrores cometidos en nombre del "proletariado" y del "socialismo".

Ya es hora de liberarse de los mitos siniestros del estalinismo, de llamar a las cosas por su nombre, de diferenciar entre un Líster barrenero y el personaje de despachos, entre el sitiador del Alcázar y el furibundo represor de poumistas y anarquistas, entre el sindicalista gallego y el nomenclaturista moscovita. Ya es hora de anteponer la razón y la verdad a las convenciones y las conveniencias. ¿Todavía no está claro el daño causado por todo lo que implica la palabra estalinismo, "socialismo real", etcétera?

Pepe Gutiérrez

11 de diciembre. Se clausura la IV Asamblea Federal de Izquierda Unida en la que se ha expresado un consenso frágil frente a los nuevos desafíos que deberá afrontar en los próximos meses.

El desarrollo de las sesiones del máximo órgano soberano de Izquierda Unida ha venido a confirmar el relativo optimismo que existe en esta formación política tras los resultados electorales obtenidos en el último año y ante el creciente desgaste

electoral del PSOE. Sin embargo, algunos de los principales problemas que deberá afrontar IU dentro de unos meses están todavía pendientes de una mayor clarificación interna y externa. Me refiero a los ejes programáticos que deberían defenderse en las próximas campañas electorales, a la conversión efectiva de IU en "movimiento político-social" y, sobre todo, a la concreción de los criterios para una política de alianzas.

Un balance autocrítico. El primer punto tratado en esta Asamblea fue un informe presentado por el Coordinador General en el que se hacía una reconsideración de la actividad realizada en los últimos años. Pese a la insuficiencia de algunos apartados, particularmente en cuanto a política internacional o a la relación con la juventud, el tono y el contenido de este documento fueron notablemente autocríticos. Lo más importante del mismo es el reconocimiento por parte del núcleo dirigente federal de los riesgos que acechan a una formación que va a seguir teniendo un crecimiento electoral, sin que ello se corresponda con un aumento de la afiliación y el arraigo entre los colectivos y los sectores sociales más dinámicos de la sociedad: internismo, divorcio entre el discurso y la práctica, peligros de sectarización dentro de algunas federaciones y vértigo a lanzarse a una política nueva, son algunos de los peligros señalados en el Informe.

El debate que siguió al discurso de Anguita permitió comprobar las distintas lecturas que del mismo se pueden hacer, si bien ninguna delegación quiso distanciarse del amplio consenso. Pese a todo, aparecieron ya interpretaciones polémicas respecto a cómo concebir la lucha por la hegemonía y la política de alianzas, sobre las que volveré más adelante.

El principal texto de debate fue el *Manifiesto*. Concebido como un intento de análisis de la fase histórica de transición en que nos hallamos, se hace en él un repaso de la crisis civilizatoria global, de las viejas y nuevas desigualdades sociales, del conflicto Centro-Periferia, así como de la crisis del capitalismo y del Estado del Bienestar, para entrar después a abordar los problemas en el Estado español. Pese a sus insuficiencias, no se puede negar que el enfoque y las propuestas que se desprenden de partes importantes de este documento parten de una interpretación rojiverde que constituye un avance dentro de la cultura política mayoritaria en IU. La crítica del modelo de crecimiento actual, por su incompatibilidad con el Planeta y con la supervivencia de la especie humana; la voluntad de defender las conquistas sociales logradas bajo los frágiles Estados de Bienestar, sin tener que limitarse por ello a reproducir un modelo socialdemócrata ya superado; o la disposición a proceder a una reordenación de valores que permita la confluencia con viejos y nuevos movimientos sociales, siempre dentro de un proyecto de construcción de un bloque social alternativo a escala española y europea, son algunos de los rasgos que definen el hilo conductor de este *Manifiesto*.

En cuanto a la parte española, hay una valoración profundamente crítica de la política del PSOE y una constatación de la desmoralización extendida en amplias capas de la población a causa de la política económica y social neoliberal y de la corrupción generada durante los ya más de doce años de gobierno de Felipe González (el último affaire que ha salido a la luz de nuevo, el terrorismo de Estado de los GAL, afecta ahora a la cúpula gubernamental). También se resalta la

necesidad de hacer frente a la crisis de la política y de la forma partido, lo que hace más urgente la búsqueda de formas alternativas, particularmente a través de la conversión de IU en "movimiento político-social" y su disposición a recoger en su seno todas las tradiciones de la izquierda anticapitalista.

Hay que indicar también que desde varias Federaciones llegaron enmiendas insistiendo en la necesidad de una crítica más dura a la política vacilante de las direcciones sindicales frente a la crisis económica; éstas fueron rechazadas por la ponencia y el plenario, más por razones de oportunidad que por su contenido, comprometiéndose la dirección de IU a abrir una reflexión sobre el trabajo en el movimiento obrero.

La política de alianzas. Fue, no obstante, la política de alianzas la que centró la atención de los medios de comunicación, aunque en la propia Asamblea el debate fue bastante limitado. Sobre esta cuestión hay que decir que en el Consejo Político Federal que abrió la discusión a comienzos de septiembre, la ponencia aceptó una enmienda redactada por miembros de Izquierda Alternativa. En ella se empezaba dejando claro que "la hegemonía por la que luchamos no es, en absoluto, la que puede alcanzarse por medio de un liderazgo carismático, ni por el control de un aparato político sobre la sociedad. Sólo puede ser el resultado de la confluencia, respetando la autonomía de cada cual, entre un movimiento político-social pluralista, como IU, y una red de organizaciones, movimientos y corrientes de la izquierda social, a este objetivo han de subordinarse las alianzas políticas". En cuanto a las relaciones con el PSOE, se parte de la constatación de que el felipismo sigue siendo dominante en él, mientras que "las corrientes de oposición respetables son muy débiles y las que son más fuertes son poco respetables"; por eso "las fórmulas generales ('gobernabilidad', 'estabilidad institucional', 'oposición a la derecha') no pueden justificar en ningún caso la formalización de acuerdos. No es posible realizar pactos de legislatura o de gobierno con el PSOE sin que se haya producido una ruptura constatable en cuestiones de fondo con la política del felipismo". Se plantea, por tanto, como objetivo la necesidad de cambiar la relación de fuerzas con el PSOE, lo cual debería acarrear indirectamente un agotamiento de la política felipista; mientras tanto, no se descartan acuerdos concretos, siempre que sean "coherentes con el objetivo de afirmar nuestra autonomía y rechazar cualquier condición subalterna".

Pero en este apartado no se obvia la crítica al principal partido de la derecha, el Partido Popular, respecto al cual se afirma que no se comparte "ningún objetivo o valor relevante en el terreno económico, político o moral", si bien no se descarta algún acuerdo parcial, concreto y transparente, "destinado especialmente a lograr reformas democráticas frente a la concentración de poderes que el felipismo ha practicado". Una enmienda de la corriente Nueva Izquierda en la que se priorizaba la lucha contra la derecha y, en función de este objetivo, no se cerraba la puerta a alianzas de gobierno con el PSOE, no alcanzó en la comisión de trabajo el 25% necesario para ser discutida en el plenario.

Estado federal y derecho a la autodeterminación. Otro tema central fue el titulado "Modelo de Estado". La ponencia oficial había presentado un texto en el que se apuesta claramente por un Estado federal a través de una

reforma constitucional y de una nueva configuración del Senado para que refleje la plurinacionalidad. Si bien en el mismo hay una referencia al derecho a la autodeterminación, su formulación es muy ambigua y habrá que ver cómo queda en la reelaboración final. Desde el sector de IA presentamos una aportación crítica en la que nos pronunciamos porque el reconocimiento del derecho a la autodeterminación y a la independencia ha de ser una condición previa a cualquier paso adelante hacia una fórmula federal, ya que puede haber pueblos dentro del Estado español que estén a favor de opciones diferentes. Además de nuestra contribución, compañeros y compañeras no vinculados a IA consiguieron presentar en el plenario enmiendas alternativas con una orientación similar que, aunque no se aprobaron, superaron el 25% de los votos.

Es en este punto donde hemos podido comprobar un temor a reabrir el debate sobre una cuestión que fue zanjada de forma nada democrática en la Constitución de 1978. Confiamos en que, dada la importancia de este problema, la discusión no esté cerrada y prosiga, teniendo en cuenta que también dentro de IU se está reflejando una mayor sensibilidad a demandas que son respaldadas ampliamente en lugares como Euskadi, Catalunya, Galicia e incluso Andalucía. Por otra parte, no hay que olvidar que se está produciendo en la sociedad cierto resurgimiento de un nacionalismo españolista reaccionario que, en caso de una futura victoria del PP, se vería sin duda estimulado a cuestionar el ya de por sí frágil grado de autonomía con que cuentan estas y otras nacionalidades.

La lucha por el reparto del empleo fue aprobada en otra resolución, vinculada a la búsqueda de un nuevo modelo económico y ecológico. Entendida como una reducción generalizada de la jornada de trabajo, la redistribución de los empleos y las tareas y la redefinición del concepto de trabajo, esta propuesta incluía algunas medidas polémicas como la reducción de salarios no lineal. Sobre ésta y otras cuestiones hubo también una contribución crítica de miembros de Izquierda Alternativa, que tuvo una buena acogida. Debido a la importancia de esta materia, se acordó celebrar una Conferencia en el segundo semestre de 1995.

Finalmente, en Estatutos hubo una serie de aportaciones en el sentido de una mayor democratización y pluralismo interno, sobre la base del respeto a los derechos de las corrientes, de la aplicación de las incompatibilidades y la limitación temporal de los cargos públicos a dos períodos (aunque sin aplicación de este principio con carácter retroactivo y dejando la posibilidad de excepciones) y de la convocatoria de elecciones primarias para las listas de candidatos. Quedaron algunos puntos polémicos importantes, como las distintas concreciones del carácter federal de IU, en donde cabría distinguir, junto a posiciones intermedias, visiones más confederales (aunque dudosamente democráticas) frente a otras con rasgos neocentralistas... o el problema no resuelto de la organización de la juventud. Cuestión aparte y pendiente es la de las relaciones con Iniciativa per Catalunya, dividida también respecto a este punto.

Lista de consenso. En cuanto a la elección de los miembros del Consejo Político Federal, hay que decir que la voluntad de llegar a una lista de consenso, teniendo en cuenta el clima reinante, era positiva. Pero al final resultaron favorecidos los pequeños partidos cofundadores de IU (Partido de Acción

Socialista e Izquierda Republicana) junto al PCE (que sigue siendo la fuerza política mayoritaria, pero sin la unidad y la disciplina que le caracterizaron en el pasado) y se sintieron desplazados o infrarrepresentados sectores no vinculados a las principales corrientes políticas o de opinión, que optaron por no apoyar la lista. Pese a ello, hay que indicar que entre los 103 miembros elegidos se encuentran dos representantes de la corriente ecosocialista, uno de Los Verdes, dos miembros de IA y diversos independientes y miembros del PCE que se reconocen dentro del espacio rojiverdeioleta.

Mirando al futuro. El consenso que se ha producido en esta IV Asamblea Federal no puede ocultar que existen importantes retos para IU en los próximos años y respecto a los cuales será difícil que se mantenga un clima tan unitario. Está, en primer lugar, la necesidad de asumir un proyecto de izquierda anticapitalista y transformadora que sea consciente de que no se trata de reeditar lo que fue la socialdemocracia sino de construir una alternativa distinta. Esto deberá plasmarse en propuestas que, tal como se definen desde la dirección federal, tendrán que concretarse en “reformas estructurales” de mucho calado en el ámbito de la economía, de la política y de las diferentes instituciones del Estado, teniendo siempre como horizonte la lucha por un nuevo modelo de sociedad. Habrá que ver en qué se concreta todo esto en los programas electorales municipales y autonómicos, ya que la tentación de rebajar su contenido para adaptarse a la búsqueda de alianzas puede ser muy fuerte después del 28 de mayo.

La cuestión del *sorpasso* y las relaciones con el PSOE y el PP constituirá sin duda el problema fundamental. La aspiración a “adelantar” a ese partido es un objetivo con cierta credibilidad en importantes comunidades autónomas y ayuntamientos teniendo en cuenta el deterioro político y moral del gobierno de Felipe González y la ausencia de alternativas en su seno; pero a nivel general la distancia electoral sigue siendo todavía notable y tampoco cabe descartar un aumento de la abstención. Además, como se reconoce en el *Informe* que presentó Anguita en esta misma Asamblea, una cosa es el ascenso electoral y otra el arraigo social. A la vista del estado general de una sociedad desvertebrada y fragmentada, por un lado, y de las limitaciones observadas en IU en su relación con algunos movimientos sociales, por otro, queda mucho por hacer para conseguir una relativa hegemonía dentro de la izquierda sociológica.

En estas condiciones, pensamos que la convergencia con lo que se mueve en la sociedad es fundamental y en este sentido habrá que valorar la función que puede jugar la Plataforma Cívica por los Derechos Sociales creada en Madrid, pese a las reticencias de las direcciones sindicales a participar en la misma. Otras iniciativas van a venir de ONGs y colectivos diversos y la misión de IU debe ser la de apoyar y colaborar, sin protagonismos, en el éxito de esas campañas, evitando que una actividad puramente preelectoral concentre todos los esfuerzos del conjunto de la organización.

Partiendo de esta prioridad, el combate simultáneo contra el felipismo y contra el PP debería ser más claro. Porque a veces da la impresión de que, frente a los ataques que el PSOE y una parte de los medios de comunicación dirigen a IU por considerar que ésta hace la “pinza” con el PP, desde la

dirección federal se responde a la defensiva y de manera no siempre diáfana. No se trata, desde luego, de una cuestión fácil de precisar, ya que es cierto que la insistencia en la definición convencional del PSOE como un partido "de izquierdas", tal como es usada por los adversarios de IU o incluso por sectores de Nueva Izquierda, sirve al cada vez más difícil propósito de convertir a ésta en fuerza subalterna del felipismo. Pero la firmeza en la crítica y la autonomía frente al PSOE (que sí hace la "pinza" con la derecha nacionalista catalana frente al movimiento obrero) debería ser compatible con una diferenciación constante frente al discurso muchas veces demagógico de una derecha, incapaz de ofrecer un programa alternativo, precisamente por sus notables coincidencias con la política económica y social felipista. Por tanto, como dijo un delegado del País Valenciá en esta Asamblea, IU no ha de ser ni "muleta" del PSOE ni "pinza" con el PP.

Lo que sí ha de seguir quedando claro es que el objetivo principal de IU tiene que ser cambiar la relación de fuerzas frente al PSOE desde el punto de vista social y electoral. Sólo así podrá emprenderse un cambio de rumbo en ayuntamientos y comunidades autónomas en donde IU pueda gobernar en mayoría, aspirando a nuevos modelos de ciudad y región alternativos, basados en una "cultura de la transformación" y no de simple gestión en el marco del modelo dominante de la competitividad y el "darwinismo social" transnacional. Allí donde sea el PP quien obtenga la mayoría, el trabajo de IU en la oposición deberá ser el eje vertebrador de una resistencia y una contrahegemonía capaces de impedir la desmoralización que pueda cundir en algunos sectores de la izquierda social; si el PSOE se incorpora a ese proceso, podrá ser bienvenido.

En cuanto a los lugares donde continúe siendo el PSOE mayoría, será el Consejo Político Federal el que discutirá los criterios programáticos y condiciones para posibles acuerdos, dentro de la búsqueda de "coherencia federal" aprobada en esta Asamblea.

Otro problema central en IU para su conversión en "movimiento político-social" tiene que ver con su relación con la juventud. No se trata de sobrevalorar la importancia del sector de la juventud que se preocupa de la política, pero sí hay muchos que participan en movilizaciones antimilitaristas, ecologistas y pacifistas y con los cuales la atención que les presta IU deja mucho que desear. Desde IA pensamos que el reto en este sentido es enorme, máxime cuando la necesidad de una renovación generacional de la izquierda es cada vez más urgente.

Hay, en fin, el respeto del pluralismo interno. Su aceptación estatutaria y su práctica en la mayoría de las organizaciones de IU es ya evidente, pero persiste también en muchas de ellas una vieja cultura política en la que la tendencia a reproducir la dialéctica amigo-enemigo en cualquier debate sigue siendo la regla e impide un diálogo y una solidaridad común en torno a un proyecto colectivo. Saber combinar la diversidad de corrientes y colectivos con la búsqueda del consenso o la proporcionalidad y la aplicación de los acuerdos que se adopten, no es tarea fácil, pero con ella está en juego el futuro de una IU capaz de ser una verdadera referencia política de la izquierda a escala estatal. Respecto a todas estas cuestiones son previsibles procesos de diferenciación dentro de IU que probablemente no amenazarán su unidad interna, pero sí pueden hacer

reaparecer las tensiones que se han venido manifestando ya en algunas Federaciones como Madrid o País Valenciá.

En resumen, pese a sus limitaciones actuales, IU aparece como una esperanza de reagrupamiento político que no podemos subestimar si queremos contribuir a que se produzcan una removilización social, un castigo electoral al PSOE desde la izquierda y, más a medio y largo plazo, la recuperación de alguna credibilidad para un proyecto alternativo e internacionalista frente al capitalismo.

Jaime Pastor



9 de enero. Felipe González, en su segunda intervención pública en diez días, afirma taxativamente en relación a los GAL: "ni lo toleré, ni lo consentí, ni mucho menos lo organicé, obviamente". Según la encuesta publicada por El País el día siguiente, para el resto de los españoles no es tan obvio: "el 52% cree que González mintió sobre los GAL".

Políticamente, Felipe González y el Gobierno del PSOE están en libertad bajo fianza -una fianza depositada por CiU en llamada telefónica a Rubalcaba, mientras el Presidente del Gobierno comparecía en TVE- tras el estallido del escándalo GAL.

Roto el pacto constitucional, la credibilidad que nace de presuponer que todos los partidos del sistema actúan de acuerdo con la Constitución, es inevitable que la vida política se haya judicializado. Ahora, los partidos tienen que demostrar, ante el único poder del estado que no vertebran, que actúan de buena fe. Porque si en la esfera privada la persecución del interés individual, en la que se basa el mercado, justifica la presunción de inocencia, en la esfera pública, la búsqueda del bien común exige de antemano que el resto de los ciudadanos crean que este es el fin, y no otro, que guía a quién ejerce el poder.

Por ello es inútil el esfuerzo de Felipe González de reducir la definición de lo que es el Gobierno, para limitar el alcance de las responsabilidades políticas. Caben poca dudas de que estamos ante una crisis de Gobierno, pero lo que estamos presenciando quizás sea también una crisis del Estado democrático posfranquista, en una fase evidentemente menos aguda pero no menos real. En un Estado de derecho, como norma, no puede funcionar una parte del país dentro de él y otra fuera.

La larga cadena de escándalos que han desembocado en el GAL (Filesa, Cruz Roja, BOE, Ibercorp, Banesto, fondos reservados, De la Rosa, Roldán, Palomino...) han ido descubriendo en la medida en que se tambaleaba el Gobierno,

algunas de las vigas en las que se apoyaba: una policía heredada del franquismo, una red de intereses financieros inconfesables, una prensa –sobre todo la de Polanco– dependiente de las subvenciones encubiertas de los FAD, pero insustituible para articular desde fuera el discurso del Gobierno, a falta de articulación social real del PSOE. Estos no son los únicos apoyos del Gobierno, pero quizás se acabe demostrando que eran indispensables.

El intento de recuperar la iniciativa política del Gobierno tras las vacaciones de verano, el llamado Nuevo Estilo Político (NEP), se hundió en noviembre con el primer ataque directo a la credibilidad de Felipe González, el caso Palomino. Anguita llegó incluso a quitarle el protagonismo de los medios de comunicación al presidente del Gobierno, con la celebración de la IV Asamblea de IU y su propuesta de *sorpasso*. La NEP volvió a revivir tenuemente durante las primeras semanas de diciembre, gracias a la aprobación conjunta de los presupuestos con CiU. Hasta que Amedo y Domínguez decidieron contar su verdad sobre los GAL y, según la encuesta de Sigma 2, los españoles les creyeron en una proporción mayor (el 33%) que al Presidente del Gobierno (el 26,9%).

Se acusó de cinismo a los españoles. De aceptar el terrorismo de los GAL y de no perdonar la chapuza de que se pudiese descubrir su carácter de terrorismo de estado. Pero cuando se supuso igual actitud en los inversores extranjeros –que retiraron en pocos días un 8% de sus capitales del mercado de la deuda, la bolsa cayó en un sólo día 5,7 puntos y la peseta se hundió en relación con el marco–, se le llamó “desconfianza”. Elegante manera de reprochar el torturado a sus verdugos –es decir, a los editorialistas del *Financial Times*, *The Times* y otros medios por el estilo– su oficio, cuando éstos preguntan si duele.

A cualquier precio. Desde el verano, la estrategia del Gobierno ha sido mantenerse a cualquier precio, con el apoyo parlamentario directo de CiU y uno mas ambiguo del PNV, hasta que pudiera rentabilizar los efectos de la recuperación económica y convocar elecciones anticipadas después de la presidencia española de la UE. Pero en el mismo momento en que éstos han aparecido, la confianza de los mercados financieros se ha hundido ante la falta de estabilidad política del país. Tras la intervención de Felipe González en TVE, el Gobierno ha intentado retomar de nuevo la iniciativa, gracias, otra vez, al apoyo de CiU y sobre todo a la incapacidad del PP y de Aznar para articular una política de alianzas con los nacionalistas catalanes y vascos. Sobre la debilidad política de la oposición de derechas y la falta de movilización de la izquierda social, aguanta el Gobierno, sin otra estrategia que ganar tiempo.

Pero cualquier nuevo escándalo, la implicación de Barrionuevo o Corcuera, o sucesivos hundimientos de los mercados pueden dar al traste con esta huída hacia adelante hasta las elecciones municipales del 28 de mayo. La presentación de la moción de confianza ha sido descartada a favor del debate sobre el estado de la nación, a finales de febrero o comienzos de marzo. Da igual, porque cualquier discusión en profundidad en el Parlamento sobre Felipe González o el Gobierno sólo puede revelar y profundizar la propia crisis política.

El peligro en esta situación de desgaste sin precedentes del PSOE es que sectores de IU, de UGT o CC OO se planteen lo que no hacen ni guerristas ni renovadores:

como salvar los elementos mínimos indispensables para su reconstrucción como parte de la izquierda en la oposición, e hipotecar a esta necesidad de futuro la imprescindible oposición frontal al *felipismo* ahora.

El grupo parlamentario de IU ha estado en primera fila de la denuncia de las implicaciones del Gobierno en los GAL, pero el resto de la izquierda política y, sobre todo, la izquierda social presencian este drama semiparalizados por el espectro de una victoria electoral del PP que le de la mayoría absoluta. Sin movilización política y sin una actitud firme en las negociaciones de los convenios sindicales, IU subirá de votos, pero no podrá impedir que más lo haga el PP y que aumente la abstención de un gran número de votantes socialistas desengañados. Los debates y las divisiones en la izquierda sobre la iniciativa de la Plataforma Cívica han sido muy preocupantes.

Sobre todo cuando en esa huida hacia adelante del Gobierno puede llevarse por delante, para dar "sensación de firmeza" a los mercados, a pesar de la paralización de la Administración en los últimos meses, derechos sociales muy importantes. Las medidas de reducción del déficit público en 150.000 millones de pesetas, la liberalización del mercado del suelo y otras reformas "estructurales" por el estilo se presentan como un "objetivo patriótico" para poder cumplir el plan de convergencia y situarse en el núcleo duro de la unión monetaria europea. Dadas las cifras actuales del déficit, no es más que un sofisma para intentar descargar la responsabilidad de la inestabilidad y la falta de gobernabilidad en la oposición.

La teoría conspirativa del *sindicato del crimen* reduce el descubrimiento de los casos de corrupción y los GAL a una venganza personal de implicados como De la Rosa o Conde y políticos frustrados como Garzón. En realidad poco importa si es así o no. Lo significativo es la descomposición del sistema que los hizo posible, incluida la red de complicidades, y la debilidad del Gobierno para taparlos. La crisis del Gobierno podrá, probablemente, ser resuelta con unas elecciones generales. La del sistema político es casi seguro que continúe su curso después de ellas.

G. Buster

el desorden

Cuba

La comunicación: el "auto-bloqueo"

María López Vigil

En agosto, las aguas del estrecho de la Florida se llenaron de balseros cubanos. Y los cables informativos, de interpretaciones del acontecimiento. De nuevo, Cuba y el futuro de los cubanos ocuparon primeras planas de la prensa internacional. Y como siempre, los hechos aparecieron pintados con una paleta de dos únicos colores: blanco y negro.

Uno de los desafíos que ha tenido siempre delante la revolución cubana es su propia imagen. Gigantesco desafío: 9 de cada 10 imágenes que circulan en los medios de comunicación mundiales se fabrica en los Estados Unidos, donde sobran maestros en la simplificación de las realidades históricas y humanas y donde, por añadidura, viven los más contumaces adversarios del proceso que hace 36 años cambió las cosas en la isla.

Pero la imagen de Cuba depende también de Cuba. También los cubanos tienen su propia fábrica de elaboración de imágenes. Las muestran en sus propios medios de comunicación. Tal vez ha llegado la hora de que los cubanos nos sienten a sus medios en el banquillo. No están a la altura de la situación actual. Su "especialidad" en el actual "Período especial" no parece ser otra que acentuar las muchas fallas que ya tenían en el "período normal".

No es éste de los medios un tema menor. Toca el corazón de la práctica política cubana, que más que de pluripartidismo necesita de *pluriopiniones*, de *plurivoces*,

de una auténtica logodiversidad. El de los medios es un problema que viene de bastante atrás y que hoy, cuando el consenso social de los cubanos sobre su proyecto atraviesa tan grave crisis, se vuelve un problema central.

La paleta dentro de Cuba ha tendido también a usar dos colores: el blanco y el negro. La sociedad cubana tiene un serio déficit de una auténtica cultura de debate. En la enseñanza de las ciencias sociales y en los medios de comunicación se refleja con diáfana claridad este déficit.

Es un déficit grave. Porque en la raíz de muchos de los problemas subjetivos que limitan hoy la capacidad de la economía y de la sociedad cubana para transformarse está la ausencia de una real cultura de debate. Es una ausencia dramática. Porque lo único que tiene hoy el pueblo cubano en el "nuevo desorden mundial" es saber discernir y contrastar para poder elegir. Y todo discernimiento se cimenta en el debate.

En 1980, a raíz de la ocupación masiva de la embajada de Perú por miles de cubanos que exigían salir de la isla hacia Perú o hacia cualquier lugar, cansados de las limitaciones que les imponían el socialismo cubano, ocurrió el éxodo de Mariel. El gobierno cubano autorizó a todo el que quisiera irse de Cuba hacia Estados Unidos por el puerto de Mariel. Se estableció entonces un puente entre Florida y Cuba. Los cubanos de Miami ponían lanchas, yates y todo tipo de embarcaciones y llegaban hasta las costas de la isla a recoger a sus familiares. El gobierno cubano dio facilidades para que se fueran todos los que quisieran y, de paso, aprovechó la ocasión para *exiliar* también en estos viajes a delincuentes, que sacó de las cárceles o que reclutó entre grupos de antisociales.

Mariel, 1980: ¿Por qué se van?

En 15 días, se fueron más de 100.000 cubanos. Antes de irse, los que decidían salir eran objeto de actos de repudio organizados en los barrios o en los centros de estudio o trabajo. "Yo le tiré huevos podridos a un compañero de clase que se iba y hoy me da pena haberlo hecho", me confiesa una arquitecta, recordando aquella etapa crítica. "¿Que se vayan los vagos, que se vayan los lumpens, que se vaya la escoria!", repetían los comunicados de las organizaciones revolucionarias y éste fue el tono permanente de los medios de comunicación en aquellos días.

Los acontecimientos de Mariel expresaron un evidente momento de crisis para la revolución. Ameritaban un análisis de fondo, un debate real, abierto y público. No lo hubo. Ante otras realidades previas, también críticas, tampoco lo hubo. Después de la ola de actos de repudio, movilizaciones y campañas de prensa, se hizo el silencio. ¿Por qué tantos se quisieron ir? Silencio. Ya existía entonces la crisis económica. No como la actual, porque ahí estaba la URSS y parecía eterna como un dios. Pero había crisis. Y la causa no era sólo externa. También era interna: serias deficiencias y desajustes en el modelo económico cubano. Sin embargo, al final, a la hora de buscarle una razón a lo del Mariel, el discurso oficial puso el énfasis en una: "La Comunidad". Hacía ya algún tiempo que grupos de la comunidad cubana de Miami estaban volviendo a Cuba para visitar a sus familiares, en uno de los muchos altibajos que ha habido en las relaciones

migratorias Cuba-USA. Los *gusanos* venían cargados de aparatos, ropas y chucherías “made in USA” y de fabulosas historias sobre el paraíso americano. “¡Los gusanos se volvieron mariposas!”, decía la gente, deslumbrada por el aparente éxito con el que regresaban los que se fueron con una mano delante y otra atrás.

Estos visitantes habrían influenciado negativamente a los visitados y ahí empezó a cocinarse la estampida del Mariel. Ésta fue la más escuchada interpretación de los hechos. En el conjunto de factores que podían explicar la crisis del Mariel, la fábrica de imágenes cubana eligió uno solo, el que más convenía políticamente.

Catorce años después, Cuba ha vivido un “Mariel a cuentagotas”. Hoy mucho más dramático y más cuestionador que el del 80. Al igual que entonces, el gobierno “autorizó” —haciendo la vista gorda— la salida de los que quisieran irse. Pero en esta ocasión no había naves seguras en ninguna de las dos orillas.

En los quince días y pico de la crisis, los guardacostas de la US Navy recogieron a treinta mil cubanos de balsas en las que todos sin excepción arriesgaron sus vidas. En la orilla cubana, sus compatriotas no los repudiaban sino los acompañaban con curiosidad y preocupación y a menudo con aplausos y oraciones. En la otra orilla, el Gobierno de Clinton no los recibía. Tras rescatarlos en alta mar, los enviaba confinado al ocio aburridor y sin futuro de la base militar de Guantánamo.

Y a pesar de eso se iban. Y si no hubiera sido por el freno que establecieron los acuerdos Cuba-USA firmados el 9 de septiembre, se hubieran seguido yendo. “¿Hasta cuántos? ¿Cuántos crees que se hubieran ido de disponer de un “puente” como el de Mariel en el 80?”, le pregunté cautelosamente a una profesional cubana, muy perpleja con la situación. “Un millón. Hoy se iría un millón. ¡Y hasta más!”, me contestó sin dudar. Y sin dudar tampoco que ni ella ni su familia se irían nunca de Remedios, su pueblo natal.

Un triple bloqueo

Un millón. Sobre casi 11 millones de cubanos que viven hoy en la isla. Hay que establecer siempre esta comparación. Porque son más los que se quedan. Como también hay que establecer la comparación con otras emigraciones latinoamericanas: 1.500 mexicanos huyen de México hacia Estados Unidos diariamente en busca de una mejor vida que no encuentran en su patria.

Este marco es necesario. Sin embargo, un millón son muchos. Más grave que lo del Mariel. Pero, al igual que hace 14 años, un hecho tan cuestionante apenas fue materia de información —mucho menos de debate real— en los medios cubanos. Cojímar y varios puntos del litoral habanero eran un hervidero de balsas y durante un par de semanas no se habló en Cuba de otra cosa. No en los medios.

Los balseros fueron noticia de primera plana en el mundo entero. No en Cuba. En los 15 días más críticos, no apareció un solo titular, ni una sola foto, ni una sola noticia en *Granma*, el diario oficial. ¿Hablaron los otros medios? Se referían al hecho, aunque muy discretamente. Al principio, calificando a los balseros de “lumpens”. Después, ante la masividad y la calificación profesional de los que se iban —ingenieros, médicos, hasta algún biotecnólogo— acordaron llamarlos “emigrantes ilegales”. Pero nunca los medios expresaron ni compasión ni

comprensión con la crisis personal con la que se echaba al mar cada uno de estos cubanos. Aún poniendo primero la patria, ¿no merecía algo más de reflexión el drama de estos hijos de la patria?

A pesar de la omisión de los medios, la crisis de los balseros atravesó la conciencia de toda la sociedad cubana, que sí reflexionó y comprendió. Pero amainada la tormenta, sucedió en los medios lo que hace 14 años: prevaleció el silencio, no hubo debate. Desde un comienzo, entre todos los factores que podían explicar semejante deserción masiva se eligió, como en 1980, el que más convenía políticamente: el bloqueo explicaba los balseros porque el bloqueo explica las penurias económicas y esas penurias mueven a los balseros. Insuficiente. Como en 1980, la responsabilidad se fue a buscar fuera. Más exactamente, en Estados Unidos.

La responsabilidad de Estados Unidos en la crisis cubana de hoy y en la historia cubana desde hace más de 100 años nunca será bien ponderada ni suficientemente denunciada. Prepotencia imperial, arrogancia, impunidad, miopía y mala voluntad han movido, desde los tiempos de Adams hasta los de Clinton, al Gobierno de Estados Unidos en sus relaciones con Cuba. Pero Cuba, precisamente por abanderar un proyecto revolucionario, debe ser más creativa y no conformarse con reiterar su declaración de víctima. Desde hace muchos años, Cuba pinta también imágenes en blanco y negro y, por eso, tiene su cuota de responsabilidad en que el problema cubano no sea cabalmente comprendido, incluso entre quienes simpatizan con el proyecto revolucionario. No padece Cuba un doble bloqueo (como afirma el discurso oficial desde 1990): el decretado por Estados Unidos y el provocado por la disolución de la URSS. Es triple bloqueo: Cuba también se ha bloqueado y se bloquea ideológicamente.

El debate: ese gran desconocido

“¿Por qué en los medios de comunicación cubanos no he podido encontrar ni una reflexión creativa ni un debate con distintos puntos de vista sobre la ola de los balseros?”, pregunto a un colega periodista, con cargo de dirección. “Chica, el tema es muy espinoso y la situación es muy delicada. No podemos arriesgarnos”, me argumenta. Pero con temas nada espinosos y en situaciones más claves —ya van para cuatro décadas de revolución—, los medios de comunicación cubanos —prensa, radio y televisión— no han empleado jamás el formato de debate.

Junio de 1994. Enciendo la radio. *Radio Rebelde*, la Habana, con cobertura nacional, tiene en el aire a esta hora uno de sus programas estelares y más escuchados: la revista de la mañana “Haciendo radio”. El tema de *debate* de aquel día: la lactancia materna. Los locutores informan, al derecho y al revés, de las ventajas de que las mujeres den el pecho a sus niños. Y piden a los oyente que participen con sus opiniones. A la espera de las llamadas telefónicas, que tardan en llegar, continúan ofreciendo datos y haciendo panegíricos en favor de la lactancia materna. Al final, una oyente se suma al *debate* reafirmando lo ya dicho por los locutores, insistiendo en que en el “período especial” dar de mamar tiene aún más importancia, por la severa escasez de leche. Una impotencia casi política. Después de una hora de argumentos en una sola dirección —y hasta con similares palabras— se cierra el *debate*.

No es un ejemplo excepcional. Es un caso típico de lo que los medios cubanos llaman *debate*. Ningún tema se problematiza. Ni los grandes temas políticos que algunos quisieran ver aparecer en Cuba (¿un solo partido o varios? ¿Quién sucede a Fidel?). Ni los medianos temas del día a día (¿Es mejor ser maletero en un hotel que maestro, por las propinas?). Ni los pequeños temas de siempre (¿Es mejor dar el pecho o el biberón?). Ningún tema se debate realmente, nunca se oye en los medios la voz del que piensa distinto. En la presentación de ningún tema se juega —aunque sea como *recurso teatral*— el rol de uno que esté a favor y de otro que esté en contra. El *error* no tiene espacio. Y por eso, se teme tanto a la improvisación ante el micrófono y a los programas en directo. Por eso hay tanto guión leído. No existe el sagrado y revolucionario derecho a equivocarse en público. Ni para el periodista ni para el pueblo. Sólo el discurso oficial puede equivocarse. Y qué costo político no ha tenido que pagar por este monopolio ideológico.

Ningún tema queda abierto, por intrascendente que sea. Un debate que quede abierto es, en principio, peligroso y distractivo. Cualquier “debate” en los medios requiere, además del moderador, de uno o varios especialistas que fijen como conclusión la posición correcta, que digan la palabra final.

En los medios cubanos, el discurso oficial tiene la primera y última palabra y sólo en alguna ocasión le da al oyente la palabra del medio. Los medios de comunicación cubanos entienden —y defienden— que si plantean un *debate* sobre la lactancia materna no es para pensar el asunto en el colectivo, discutiendo ventajas o inconvenientes —mucho menos, dando espacio a temores o dudas—, sino exclusivamente para que las mujeres den el pecho a sus hijos.

“¿Y no sería más eficaz para conseguir esto mismo el abrir un debate real para que las mujeres expresen sus dudas, participen, se reconozcan en las inquietudes de las otras, contrarresten, se aclaren y al final decidan con su propia cabeza si dan o no de mamar?”. La sola pregunta, lanzada a colegas periodistas, desconcierta. “¿Y para que sirve entonces estar hablando boberías? ¿Para que al final cada uno piense lo que le da la gana?”, contesta el más desconcertado. “¡Oye! ¡Aquí hay prioridades!”, remata otro. Pero Cuba vive hoy sumergida en cotidianidades. Y tampoco se debaten.

¿Son muy complejos los grandes temas prioritarios? ¿Son muy delicados también los temas cotidianos del “período especial”? Pues entonces que la radio emplee el formato del debate para otros mil y un temas: ¿es bueno o no que los niños varones jueguen con muñecas?, ¿por qué a todo el mundo no le cae bien la soya?, ¿cómo elegirle el nombre a un hijo?, ¿el hombre viene realmente del mono?

Con cualquier tema la radio o la TV pueden empezar a abrir terreno para ejercitar el músculo del pensamiento propio y sobre todo, para desbloquear la expresión pública de ese pensamiento. Levantar ese bloqueo le toca a Cuba.

Miles de sugerencias para mejorar

Cuando en 1989 y 1990 se discutió en Cuba —no en los medios sino en las bases— el *Llamamiento al IV Congreso del Partido Comunista*— discusión que fue masiva y participativa sobre un texto estelar en la historia de la revolución por su sinceridad y provocación—, la gente —no sólo los militantes del Partido— hizo

cientos de miles de sugerencias para mejorar la marcha del país en todos sus aspectos. Y se manifestó extremadamente crítica con los medios de comunicación.

Los percibía apologeticos, aburridos, rutinarios, triunfalistas. Especialmente, señaló el divorcio entre el discurso de los medios y la realidad: informaban que se había sobrecumplido el plan de producción de plátanos, pero costaba ver un plátano en el agromercado. Y así con todo. La gente insistió en que los medios de comunicación fueran el cauce para criticar a los funcionarios y para mejorar los servicios. El tema de los medios fue uno de los que provocó mayor número de sugerencias.

A raíz de esta demanda, se tomaron algunas decisiones para ampliar espacios informativos que ya se estaban iniciando. Especialmente, se le asignó a la radio el asumir a fondo la tarea de intermediación entre los funcionarios estatales y la sociedad —individuos o grupos—, que a través de las ondas podrían formular no sólo quejas sino dar aportes y sugerir soluciones.

Estos programas de intermediación se han popularizado cada vez más en todos los países del mundo. Son una válvula de escape, son un eficaz canal de información sobre los problemas reales y son cauce para la resolución de bastantes de esos problemas. Son también un paso en la democrática tarea de dar poder de control y de gestión al pueblo, organizado o no organizado, a toda la sociedad.

En Cuba estos programas llegaron tarde. Pero llegaron. Sin embargo, cuando, por la desintegración de la URSS, la isla entró en el “período especial” —escasez, incertidumbre, reacomodo de toda la economía, otra Cuba en otro mundo—, surgieron nuevos y acuciantes problemas y muchas de las sugerencias renovadoras hechas en ocasión del *Llamamiento* se engavetaron.

Y los medios, que apenas iniciaban algunos cambios —no en la línea del debate real y abierto, pero sí en la de la intermediación— volvieron atrás. Incluso se hicieron más monocolors que nunca. Razones: “¿De qué sirve airear lo que está mal si no lo podemos solucionar? Eso crea más malestar, contra desaliento y desmoviliza”. Y punto. “¡Lo que nos desmoraliza es ver que llegó un camión de toronjas y que se están pudriendo y nadie se ocupa y nadie lo denuncia!”, opina brava un ama de casa. Aunque ya no lo podrá decir por radio. Y punto.

Radio: protagonista especial

El “período especial” causó otros trastornos a los medios de comunicación cubanos. La escasez de papel —Cuba lo recibía del campo socialista a cambio de productos cubanos— obligó a cerrar varias revistas especializadas y a reducir drásticamente el tiraje, la periodicidad y el número de páginas de las que sobrevivieron. Naturalmente, también se vio afectada la literatura y los libros de texto escolares y universitarios. El diario nacional *Granma* no parece ya un periódico. A menudo tiene solamente dos hojas.

¿Alguna ventaja de la crisis? Abel Prieto, Presidente de la UNEAC (Unión Nacional de Escritores y Artistas Cubanos) reconoció a los periodistas de Buenos Aires, a su paso en julio por la Argentina, que la prensa cubana era “pésima”, pero que con la crisis había “mejorado”: a menos papel, menos oportunidad de mostrar lo mala que es. La realidad es que en Cuba se come cada vez menos y se lee cada

vez menos en cantidad y en calidad. Triste y grave realidad para un pueblo hasta ahora nutrido y con tan buen nivel cultural.

Los complejos problemas en el suministro eléctrico –escasez de petróleo y maquinaria obsoleta– redujeron a unas seis horas en la tarde-noche las emisiones de los dos canales de televisión nacional, con algunas horas más el sábado y el domingo. Antes se transmitía desde la mañana. Los apagones, permanentes y muy prolongados, reducen aún más en la práctica estos horarios para los televidentes, con lo que recortan los ya escasos espacios de distracción.

En la crisis, la radio se ha convertido en el medio con más demanda y con más capacidad de oferta. Tres emisoras de amplia cobertura nacional, con espacios informativos, transmiten prácticamente todo el día desde La Habana. 16 emisoras provinciales –una en cada provincia– y 32 municipales –son 169 los municipios cubanos– cumplen con esta misión a nivel local. Manejan con algo de libertad y frescura la información de sus territorios, los servicios sociales y “el teléfono del pueblo”, en los que se conserva algo el espíritu de los programas de intermediación suprimidos a nivel nacional. Padecen menos el control central, que se ejerce más férreamente sobre La Habana.

El 33% de la programación total de la radio cubana –que transmite 878 horas al día–, incluidas las 31 horas diarias de la internacional *Radio Habana Cuba*, se dedica hoy a programas estrictamente informativos. Antes del “período especial”, los informativos ocupaban solamente el 19%. La crisis ha dado un especial protagonismo a la información a través de la radio, medio donde se pueden hoy analizar mejor las fallas y vacíos del modelo de comunicación cubano.

DOR: concepción cerrada y desfasada

El simplismo del blanco y el negro se inauguró en Cuba hace bastante. El aparato del PC cubano del que dependen los medios de comunicación social, el DOR (Departamento de Orientación Revolucionaria), ha estado –desde que en los años 60 se armó la unidad de los diferentes grupos revolucionarios– en manos de *cuadrados* cuadros, fuertemente influenciados por una concepción soviética estalinista del papel que deben jugar los medios en la sociedad. Una concepción no sólo vertical e intolerante ideológicamente, sino también desfasada, en un mundo tan comunicado como el nuestro, donde los medios y sus imágenes juegan un papel tan determinante.

Y aunque en los años 60 hubo jefes de esta área muy abiertos –César Escalante, por ejemplo, muerto tempranamente– predominaron los dogmáticos y en muy poco tiempo esta estructura se esclerotizó. El “período especial” ha agudizado esta tendencia histórica y la gravedad real de la actual crisis sirve de perfecta coartada a mediocres y a dogmáticos. “Si en otros momentos de crisis, los medios así manejados nos sirvieron, ¿por qué no nos van a servir ahora?”; es éste uno de los argumentos en el que se suelen montar para su rutinario trote. O más todavía, en el de la “unidad nacional” que se requiere para enfrentar a Estados Unidos.

En esta rutina se han formado desde hace treinta años los periodistas cubanos. Muchos colegas recuerdan los finales de los 60, cuando se reactivaba la Escuela de Periodismo en La Habana. Se reunieron en ella profesores de relevancia

intelectual y alumnos muy inquietos, lúcidos y mayoritariamente revolucionarios. Muchos concuerdan que en aquella época y allí sí había debate.

Eran los tiempos de las tertulias de Fidel con profesores y estudiantes universitarios. Pero el dogmatismo copiado de los soviéticos, que ya copaba el DOR, consideró que aquel debate, aquella práctica, aquella interpretación diferente y fresca, no era más que la careta del diversionismo ideológico.

Eran los tiempos en que un escritor, también estudiante de periodismo, resultaba sancionado por hablar en uno de sus cuentos sobre las batallas de Girón —en las que participó— de un oficial que sintió miedo. Las fuerzas armadas, hasta hoy con gran influencia en el DOR, pidieron explicaciones: el miedo no tenía espacio en la Revolución. Eran los tiempos en que el decano de la Escuela, instrumento del DOR, planteaba que tampoco tenía espacio la duda. Fue una época de entusiasmo revolucionario y participación turbulenta y muchos alumnos terminaron sancionados por expresar dudas o miedos. Por pensar con su cabeza. Por debatir. Con aquellas sanciones se institucionalizó la esclerosis. Ya entonces, la Escuela de Periodismo no dependía tanto de la Universidad como de ese poderoso aparato del Partido que era el DOR. Un aparato que ha controlado desde entonces a los medios y a los periodistas.

“El supuesto modelo de prensa socialista que nos brindaron algunos países era falso” —se lee en las conclusiones del Sexto Congreso de los Periodistas Cubanos de 1993—. “Ya no hay ni habrá modelo. La tarea es creadora. Tenemos que ir descubriendo los caminos, con mucho realismo”. Teóricamente, la UPEC (Unión de Periodistas de Cuba) tiene excelentes estatutos y plantea en sus documentos posiciones renovadoras, llamando siempre a la creatividad. Pero en la práctica, tanto la UPEC como el ICRT (Instituto Cubano de Radio y Televisión) dependen totalmente del aparato ideológico del Partido y sus márgenes de autonomía son casi nulos. No hay que hacer especulaciones. Lo que cualquiera lee, escucha o mira en los medios revela un estricto y centralizado control oficial.

El cine: una excepción feliz

Este es el valor del ICAIC (Instituto Cubano del Arte y la Industria Cinematográfica) que, aunque formalmente está dentro de la camisa de fuerza de la estructura partidaria, se ha ganado a pulso su autonomía y no se ha dejado nunca controlar ni ha permitido que se inhíba su trabajo creador. Así lo recordaba recientemente en Costa Rica el director de cine cubano Humberto Solás (*Lucía, Cecilia, Un hombre de éxito*).

“Nosotros —decía— hemos obligado al Estado a que acepte la autocritica en la esfera cinematográfica. Claro no lo hemos hecho de manera coercitiva. Porque es muy difícil doblegar a un Estado, sobre todo para un grupo de cineastas. Pero me siento muy orgulloso de ser cineasta cubano. Porque aunque ahora, por el “período especial”, sólo podamos hacer dos películas al año, nos ganamos un espacio dentro de la sociedad muy importante. Creo que el sector cultural que desde dentro de la Revolución ha sido capaz de criticar cáustica, corrosivamente, y por lo tanto muy constructivamente, a la Revolución, ha sido el cine”.

Y eso se nota enseguida viendo las películas cubanas de estas tres décadas. El reciente *boom* de *Fresa y Chocolate* no es ni una casualidad ni un oportunismo

estatal para la exportación, como dicen algunos cubanos de Miami.

Desde los primeros tiempos de *La muerte de un burócrata* hasta los más cercanos de *Plaf*, *Alicia en el país maravilloso* o *Adorables mentiras*, el cine cubano se ha mostrado siempre cargado de humor y lleno de vida, como un dasafiante espacio de debate. Como una creativa fábrica de imágenes en la que se emplean todos los colores para pintar la realidad de Cuba.

La autoridad moral y la lucidez de Alfredo Guevara, principal conductor de la cinematografía cubana, tiene que ver con esta conquista de autonomía. Pero no ha sido fácil. Así lo recuerda Humberto Solás, que prepara ahora otra película, *Miel para Oshum*, sobre la tolerancia entre los cubanos de Estados Unidos y los de la isla.

“Para mí es muy difícil ahora mi próxima película –reconoce– porque los apologetas de una cultura tradicionalista se confunden con la extrema derecha del consevadorismo estalinoide, ese grupo viscoso que está ahí, que tiene áreas de poder. La Revolución se ve desde lejos como una masa homogénea, donde no hay discrepancias, donde todas las medidas los toman el Buró Político y Fidel, pero no ha sido así realmente. Ha sido toda una lucha clandestina, subliminal, muy costosa, en toda la urdimbre cultural. Hubo épocas en que estos grupos sectarios y ortodoxos alcanzaban primacía dentro del movimiento cultural. Y no olviden que hubo una especie de cacería de brujas en los 70, donde el grupo que estábamos del otro bando tuvimos que agazaparnos en un silencio prudente hasta tanto no ganáramos la próxima batalla. Eso existe aún. Porque ese grupo está ahí”.

Esta ahí. Y es grande su influencia sobre los medios de comunicación social.

Un lenguaje militar

A juicio de algunos analistas, tres de las áreas donde el modelo soviético más influyó en Cuba y en donde es más patente hoy esa influencia son las Fuerzas Armadas, el Ministerio del Interior y los medios de comunicación. En estas áreas Cuba hizo fotocopias.

En lo militar, Cuba alcanzó a través del apoyo soviético formas organizativas y funcionales adecuadas y avanzadas, el Ministerio del Interior aprendió eficacia y cosechó éxitos. Sin embargo, la influencia ha sido negativa en los medios y en lo relativo a los asuntos migratorios.

En la migración, ha predominado una visión estrictamente policial del tema. El cubano que decide por cualquier razón salir de Cuba para vivir fuera de la isla –en Miami o en cualquier otra parte– se convierte tal vez en el ciudadano que en el mundo se siente más abandonado por el Gobierno de su patria.

Para él todo serán restricciones, controles, negativas, suspicacias y cuando le den luz verde, se le aplicarán altísimas tasas en visas o pasaportes. Como si en su patria buscaran que se sintiera apátrida. Migración no busca soluciones, busca dificultades. Cada cubano que vive fuera tiene una buena docena de anécdotas increíbles. Ultimamente han empezado a darse algunos pasos para que esto no sea tan así, pero a pesar de ellos, “¡qué trabajo cuesta todo, caballero!”, dicen todavía los cubanos que se enfrentan al calvario de los trámites migratorios.

No parece haber mucho cambio en el área de los medios de comunicación. La influencia soviética-estalinista ha contagiado a la comunicación cubana de una

concepción militar. La “verdad” se impone, se busca vencer más que convencer. Y cuando se pretende convencer, forma y fondo parecen dirigirse sólo a los convencidos. No se da espacio en los medios a ninguna duda, temor o ansiedad –ni siquiera por la táctica del desahogo–, porque esto quitaría temple y desmoralizaría para “el combate”. Todo el lenguaje periodístico, ya de por sí retórico, está atravesado permanentemente de terminología militar: “combates”, “batallas”, argumentos que son “armas contundentes”... Y las noticias que se dan del “enemigo” –Estados Unidos– son siempre negativas e informan de un sistema injusto y fracasado, mientras las que se dan de Cuba son siempre positivas: logros, metas cumplidas y sobrecumplidas, resistencia heroica. Tal como sucede en la guerra: para poderla llevar adelante hay que pintar en blanco y negro la realidad. “¿Y es que Cuba no está desde hace más de 30 años en guerra? ¿Y es que no somos una isla sitiada por un enemigo poderoso?”, me argumenta, sacando el pecho militarmente, un colega periodista, con cargo de dirección.

¿Por qué no hablar de “jineteras”?

La realidad de la Cuba de hoy, en tan enmarañada crisis financiera, económica e ideológica, contradice a los medios de comunicación. Los medios no informan sobre muchos aspectos de esa realidad cambiante. Tampoco forman, porque no debaten. “¿Por qué no enfrentan los medios la nueva realidad cubana, cada vez más compleja, con puntos de vista cada vez más diversos?”. Planteo esta pregunta ante un grupo de periodistas cubanos, que son los primeros en reconocer las deficiencias de los medios en Cuba, más cuanto más jóvenes son. “¿Por qué no se va a fondo, por ejemplo, en el tema de las jineteras?”.

El “período especial” –esta agobiante crisis económica, compleja y prolongada está en las calles. Las llaman “jineteras” –también hay “jineteros”–, porque “se montan” en los turistas, los persiguen. Por dinero o a cambio de productos que están escasos o muy caros, o también por salir del tedio de la durísima vida cotidiana, o soñando con que el jineteado tal vez se enamora y te saca de Cuba, muchachas y muchachos cubanos –muchos de ellos profesionales de carrera– asedian a los turistas o a los extranjeros vinculados a las nuevas inversiones y al “área dólar”. Es una realidad nueva. Que crece. Lógica. Compleja en su interpretación. Porque es una prostitución muy atípica si se la compara con la que existe en el resto de América Latina. Todo el mundo conoce algún caso de cerca y todo el mundo habla de esto y se ha formado una opinión. Es un tema ideal para un debate abierto en los medios. Pero en los medios reina el silencio. “¿Por qué?”, pregunto. Y los periodistas contestan con esta lista de argumentos, todos ellos sintomáticos:

- Con la Revolución, en Cuba quedó erradicada la prostitución y esto de ahora es “otra cosa”.

- Fidel no ha hablado a fondo de este tema.

- Hablar de “jineteras” es avalarlas.

- Si hablamos tenemos que condenarlas, así que mejor no tocar el tema.

- ¿Y si hacemos un debate y ganan ellas? ¿Eso no estaría bien!

- Habiendo tantos problemas serios en este país, hablar de esas muchachitas es bobería.

- No le podemos dar armas al enemigo.
- ¿Y para qué hablar, si el problema va a seguir y no se pueden sacar conclusiones?
- Este asunto me desborda, yo no sabría qué argumentos dar, entonces mejor me callo. Por todos estos caminos el periodismo cubano llega al silencio.

¿Qué es opinión?

Todos estos argumentos revelan un estilo de periodismo donde en temas polémicos, sea cual sea su magnitud, ni se miente ni se inventa una verdad. Pero no se dice lo que ocurre. A menos que el tema permita decir lo que debiera ocurrir. Paternalismo y voluntarismo estrechamente unidos. Los medios predicán una doctrina de lo que debe ser y no brindan ni una información ni una reflexión de lo que es. Los medios son el altavoz de la autoridad estatal pero no el espacio donde se ven representados los distintos actores de la sociedad civil. Los periodistas no son conciencia crítica de la sociedad, son piezas acrílicas del sistema. Y no se concibe un apoyo crítico al sistema, sólo una identificación incondicional.

Los periodistas cubanos trabajan muy atados a “planes temáticos”. Cuando pasé por Cuba se iniciaba la campaña “Juventud del Verano”. En ella, se debía mostrar felices a los jóvenes cubanos, “pintados de sol” en el ocio o en el trabajo voluntario. Esa era la idea a fijar. A lo largo del año se suceden las campañas, que a menudo inicia un funcionario haciendo declaraciones sobre el “eje temático”. Estas campañas revelan algo que es clave en el modelo informativo cubano: no manda la realidad, se crea una realidad, muchas veces irreal. “Todos acabamos diciendo las mismas cosas a través de todos los medios”, comentan con cierta vergüenza los periodistas más jóvenes.

36 años después de estar contruyendo un proyecto en el que a todos y a cada uno de los cubanos se les dieron tantas oportunidades de vida –seguridad, empleo, comunidad, trabajo, estudios, ocio, cultura, deportes– y de sentido de la vida, este modelo de comunicación masiva es indefendible. También es impresentable, ahora que Cuba busca integrarse al resto de América Latina y tiene relaciones cada vez más estrechas con inversores, turistas extranjeros y con periodistas internacionales. De la sobreprotección del pueblo –justificable tal vez en los primeros años 60, cuando todo estaba por hacer y todo por defender– se ha evolucionado a la subestimación del pueblo como productor de pensamiento propio y de opinión pública madura.

Un periodista de la agencia cubana *Prensa Latina* se refiere con un chiste a este déficit. “Un funcionario de la FAO anda realizando una encuesta internacional. Llega al África y lanza su pregunta: ¿Qué opinión le merece la escasez de alimentos en el mundo? El africano no entiende la cuestión: ¿Alimentos? ¿Qué es eso de alimentos?. El de la FAO viaja a Alemania y repite la misma pregunta. Y el alemán no comprende: ¿Escasez? ¿Qué es escasez?. Por fin, llega a Cuba con su pregunta. Y le dice el cubano: ¿Opinión? ¿Qué es opinión?”.

La sociedad cubana se acostumbró más a recibir que a producir. La crisis de productividad es hoy el principal problema de la economía cubana. Faltan estímulos para dinamizar la producción. Y esto no se explica sólo por el bloqueo de Estados Unidos.

¿Los cubanos producen opinión? En ciertas ocasiones. Y en algunas estructuras. Y aún así, siempre demasiado controlada. En los medios no. Los medios de comunicación podrían ser un estímulo para dinamizar una producción de opinión masiva, abierta, de toda la sociedad. La materia prima está ahí: el cerebro de todo el pueblo cubano, ese inmenso capital humano creado por la Revolución y del que Cuba dispone y hoy desaprovecha. Este despilfarro de los recursos propios, esta omisión en el área de la democracia es el bloqueo que Cuba se impone a sí misma.

El periodista en la calle

“¿Es censura o es autocensura, qué es?”, pregunto. “Es falta de práctica —se excusan varios—. Nuestro periodismo no incluye el debate porque es un formato que hemos descuidado, sólo por eso”. Pero no es válida la respuesta. La falta de debate en los medios refleja toda una concepción política.

El periodista guarda silencio ante lo que cree que es complejo. Y el público guarda silencio ante quien cree que es un periodista. En un reciente taller de periodismo de opinión con radialistas cubanos se armó una práctica que a ellos mismos les resultó reveladora. Grabadora en mano, salieron por parejas a algunas calles de La Habana a recoger opiniones de la gente sobre lo que estaba ocurriendo aquellos días de junio, con la ocupación de la embajada de Bélgica por más de 200 cubanos que querían salir del país. La información oficial sobre los hechos no había sido más que un escueto comunicado en el periódico *Granma*, condenando la actitud del “grupúsculo de antisociales” que habían tomado la sede.

Salieron. Iban temerosos. Nunca, en años de profesión, habían hecho algo así. Las *cosechas* que trajeron de regreso fueron de tres tipos:

- Advertencias de la policía. Los siguieron y los mandaron retirarse; lo que hacían era prohibido. (En Cuba, el periodista no tiene nunca la iniciativa de *buscar* la noticia en la calle o de cubrir lo que está ocurriendo fuera de su oficina. Va a la calle, o autorizado por su director en busca de una información ya determinada, o va a cubrir un evento oficial. A veces, informa de los hechos sin siquiera cubrirlos: ya *se sabe* lo que va a pasar).

- Datos precisos sobre los sucesos de la embajada, que los entrevistados habían escuchado en la amplia cobertura que ofrecía esos días *Radio Martí* y otras radios de Miami. (Ávida de una información que no encuentra en los medios cubanos, la gente sintoniza cada vez más estas emisoras. Así, el silencio informativo de Cuba le regala la versión de los hechos a la contrarrevolución).

- Silencio. Ante una grabadora, mucha gente desconfió y no quiso hablar absolutamente nada.

¿Por qué hay silencio?

Hay silencio en Cuba. ¿Miedo? ¿A qué? ¿Represión? Algunos hablan de sutiles mecanismos de opresión. Otras mencionan la compulsión, la presión social. Parece, también, el silencio de una desconfianza que refleja el mismo modelo de comunicación. Los periodistas desconfían de su palabra: si son sinceros, eso les traerá problemas con los directores. Los medios desconfían de la palabra de la gente: no la

recogen, no dan participación, no han sabido crear una cultura de debate. La gente desconfía de la palabra de los medios: la sienten divorciada de la realidad. Y lo que es más grave; la gente desconfía del valor de su propia palabra como herramienta eficaz para cambiar las cosas, para influir en una realidad que le es adversa.

En un número de la revista *Bohemia* del mes de agosto un periodista define así a los cubanos que, como él, apoyan la Revolución: “Los que protestamos y discutimos, los que cambiamos de palabra en cada esquina a figuras del Gobierno, y hablamos alto para decir que muchas cosas andan mal”. ¿Por qué los medios de comunicación cubanos no multiplican en sus micrófonos esas protestas y propuestas de cada esquina, por qué no recogen la frescura de ese debate callejero?.

El humor en crisis

Ausente de los medios cubanos el debate. Y ausente también el humor. En un pueblo que siempre se ha caracterizado por su alegría y su capacidad de risa y de choteo, exportador de cómicos y humoristas, los medios de comunicación revolucionarios han tenido una permanente tendencia a ponerse serios y rígidos. Lenguaje medido, frío, correctísimo, totalmente idealista —en una sociedad materialista!—, con palabras leídas —no habladas— que no tienen olor ni sabor ni peso ni medida, donde el tabaco es siempre “la aromática hoja” y la caña “la dulce gramínea”. Todo muy formalmente formal. Está ausente la exhuberancia tropical y ha sido cercenada la tradicional locuacidad del cubano. El lenguaje es chato y el guión escrito manda. En esta hora de crisis los medios son aún más siberianos, adustos y severos.

Más tensión en la vida, más risa en la antena: así aconseja el sentido común. Y el sentido político. Ha sido al revés en Cuba. Sobreviven en la TV el programa *Sabadazo* y en Radio Progreso, de alcance nacional, *Alegrías de sobremesa* con un humor válido, pero genérico e intemporal, que sólo en contadas ocasiones se refiere a las mil y una aventuras y desventuras que exige hoy el sobrevivir y el *resolver* en el “período especial”. Los géneros dramáticos —en los que la radio y la televisión cubanas fueron pioneras y maestras en América Latina— se han ido reduciendo a radionovelas o telenovelas estrictamente sentimentales o de temas históricos. Dramáticos de más actualidad, más problematizadores, vienen alguna vez a la TV desde Brasil o han ido desapareciendo. Y es que todo formato dramático —incluido el *sketch* de humor— necesita de un conflicto para tener agilidad y ser creíble. Y como el modelo rehuye la polémica, la producción nacional de este género va en decadencia.

Radio Martí —la emisora que financia el Gobierno de Estados Unidos contra la Revolución— tiene un programa que muchos cubanos oyen y con el que se ríen: *Teté Comité*. *Teté*, la protagonista, es la presidenta del comité de barrio y en su casa como sus vecinos de cuadra, se viven día a día los conflictos medianos y pequeños del “período especial”: funcionarios que dicen una cosa y hacen otra, aparatos reparados por milagro, compras y ventas en el mercado negro, “inventos” para comer y sobrevivir, “bolas” que recorren La Habana... Los guiones están muy bien armados y hacen sonreír y reír. Son plenamente cubanos por su choteo y su bacilación y en ellos hay más humor de enredos, sorpresas y malentendidos que mensajes cargados

ideológicamente. Cualquier cubano se identifica con las situaciones que ahí se plantean y con los personajes que por ahí desfilan. No hay en Radio Martí, naturalmente, ni neutralidad ni ingenuidad. Saben lo que quieren. Y lo saben hacer.

¿No sabe Cuba lo que quiere?, ¿por qué la radio y la televisión cubanas no pueden hacer buenos programas de humor, con la sal y la pimienta del momento? Se hacen, sí, congresos y debates para abordar el tema de la crisis del humor en Cuba, que ya es un lugar común: todos reconocen que existe y todos la lamentan. En estos eventos se han presentado ponencias exhortando a superar la crisis del humor. Pero en los medios las caras siguen serias y el lenguaje severo.

Un ser humano capaz de reírse de sí mismo, da con su risa una señal inequívoca de su madurez. También una sociedad. Y aunque es evidente que la sociedad cubana es madura por muchas razones que tienen que ver con los valores contruidos en estos 30 años, y aunque es cierto que en sus casas los cubanos desconectan y bromean sobre las contradicciones nacionales y personales en esta hora de prueba, los medios no reflejan ni al cubano real ni buscan aligerar con risas su dura carga diaria. Son un lago inmóvil, impenetrable, no se alteran. Dan así una señal inequívoca de su debilidad y de su inmadurez.

Los jóvenes merecen participar.

“Hace 35 años me dijeron que esta Revolución, que he querido tanto, era para nuestros hijos. Ya tengo nietos y no veo ninguna luz al final del túnel”, me dice una cubana de 60 años, con un rostro de infinito cansancio, mientras hace cola para que le den el único mínimo pan que le corresponde al día por la libreta.

Un chófer de 40 años, que gana 153 pesos al mes (un dólar y medio al cambio real) expresa así su frustración: “Llego todos los días a mi casa y no hay agua, no hay luz, no hay nada que comer, no hay nada que hacer. Entonces, me voy al Malecón a tirarle piedras al mar”. En las calles de La Habana se escucha un chiste cruel: “Le preguntan a un niño: ¿y tú, muchacho, que quieres ser cuando seas grande? ¿Yo? ¡Extranjero!”.

Y una joven balsa, en una playa cercana a La Habana, responde así a un periodista que le pregunta por qué se va: “Me ahogo aquí. Yo quiero llevarme el mundo por delante, ¡o que el mundo me lleve a mí! ¡Pero quiero probar!”. Es médica.

La realidad de Cuba —la de las cubanas y los cubanos— es crítica. La Cuba de hoy es fundamentalmente distinta a la de hace 5 años. El pasado está en cuestión, el presente es insostenible, el futuro es un túnel de incertidumbres. La vida diaria sólo se aguanta con una conciencia política extraordinariamente sólida y aún así se flaquea. “Aún así te desesperas”, confiesa un sólido militante comunista. Cuba no es sólo una “ciudad sitiada” por enemigos exteriores. Es también una ciudad perdida en el laberinto kafkiano de un centralismo cada vez más ineficiente, en el que vive un pueblo lleno de potencialidades, con muy paucadas formas de expresión y de realización. “Este es un pueblo muy adulto, pero lo tienen vestido con faldita corta, pantaloncitos y botitas de bebé”, me dice amargado un periodista.

Los medios de comunicación viven en otro mundo, hablan de otro pueblo. “Las dificultades y las escaseces sólo amedrentan a los débiles y éste —ya lo ha demostrado muchas veces— es un pueblo de gigantes”, afirma un comentarista-

estrella del *Gramma* en plena crisis de los balseros. Todos los comentarios de esos días repiten que “por un indigno hay cien dignos”. Los “indignos” son los balseros. “Tienen identidad de cartón y renuncian el culto a la pacotilla”: así los describe otra comentarista, de *Juventud Rebelde*, que afirma estar aportando al “debate ideológico” sobre la crisis.

Y el editorial de *Bohemia*, después de la manifestación contrarrevolucionaria del 5 de agosto en el Malecón, tras conocer que fue la primera en 35 años “a la luz del día y sin el temor a esconder el rostro”, afirma: “Hay que aceptar que en los disturbios alguna persona decente pudo lanzar a la calle desde su ventana o su balcón el esputo del descontento o la desafección. Pero los protagonistas pertenecen a un sustrato marginal para el cual la aventura o el desafío a la autoridad puede ser un modo de matar el tiempo o cambiar impensadamente su vida”.

En medio de esta retórica y este triunfalismo, ambos medios no brindaban al lector ni el número de balseros ni el número de personas que habían participado en los disturbios del Malecón. Ni entraron a un debate en serio ni tampoco dieron los datos básicos que requiere cualquier información.

Mientras, el mundo entero miraba las imágenes de cientos de balseros: técnicos, muchos profesionales, jóvenes la mayoría, altos y desarrollados, pero delgadísimos por la escasez de estos años. Una imagen parcial pero real de la Cuba de hoy. “También son reales los que se quedan. ¡Y son más”, argumentan muchos. Es cierto. Tal vez ha llegado la hora de que los cubanos que viven y sufren en Cuba analicen estas dos Cubas e inicien un debate sobre estas dos realidades.

Los jóvenes: una incógnita.

En la Cuba real de hoy, el conflicto generacional explica muchas cosas que el discurso oficial de la Revolución no parece estar midiendo con una vara adecuada. Los jóvenes cubanos nacidos en los 70 y 80 –más de la tercera parte de la población cubana– no conocieron el antes de la Revolución ni saborearon los heroicos inicios de este proyecto. No participaron en ellos. Ya adolescentes o jóvenes, su única participación ha sido recibir y recibir increíbles oportunidades de estudiar, hacer deportes, vivir la vida sin mayores preocupaciones. Mientras, la juventud latinoamericana de esa misma edad aguantaba hambre, conspiraba en movimientos clandestinos, se quedaba analfabeta, aprendía a golpes en la escuela de la calle, emigraba, participaba en proyectos educativos basados en el debate... Probaba, se probaba a sí misma.

Hoy son muchos los jóvenes cubanos perplejos ante la nueva situación que vive la Isla, pasivos, desmotivados, inexpertos ante los sacrificios, que buscan, sin encontrarlo, un sentido y un quehacer en el ocio, vacío de alicientes, de cada día. La sociedad cubana en la que crecieron, tan pautada, tan segura y asegurada, tan aburrida, tenía pocos estímulos para los deseos de aventura y de riesgo que tienen las jóvenes energía de cualquier joven. Hoy, muchos ven cerrado el horizonte y su sueño es salir del país a “buscar mundo”.

Esta generación de cubanos y cubanas merece participar en un debate sobre un proyecto que sea viable para su patria. Está preparada para ese debate. Pero el único estímulo que se les ofrece es resistir heroicamente para vencer no se sabe

cuándo, sin que ese llamado a la resistencia heroica incluya un debate real sobre lo que se gana o se pierde con la resistencia. El proyecto del que les hablan está en la cabeza de otros. Muchos desertan. En su corazón y en su conciencia, sobre todo. O por otras vías. La mayoría de los balseros está en la franja de los 20-30 años. La balsa, el mar y sus tiburones, lo desconocido, son tal vez la primera decisión arriesgada en toda la vida de muchos de ellos.

¿Cuál es el riesgo?

Un cambio en los medios de comunicación hacia el debate, hacia la participación, hacia la realidad, hacia la pluriopinión, tocaría evidentemente al poder. Podría poner en juego el poder. Pero, ¿no debe el poder revolucionario ponerse en juego hacia dentro de la Revolución? ¿No es posible? ¿Tarde o temprano no habrá que ponerlo en juego? ¿No pueden hacerse cambios hacia la pluriopinión que no signifiquen claudicar ante Estados Unidos?

Siendo tan compleja la realidad cubana actual, ¿cómo va a existir una sola interpretación de los hechos, una sola voz para interpretarlos? El silencio de los medios ante la realidad, ¿a quién beneficia? El triunfalismo de los medios, que niega la perplejidad y la desesperanza de tantos cubanos, ¿a quién representa?

“La peor opinión es el silencio”, dice el lema de una emisora radial uruguaya. “Peor que los peligros del error son los peligros del silencio”, dijo Fidel a los periodistas hace unos años, cuando celebraban su V Congreso. ¿Hay conciencia de los riesgos de este silencio en los medios?

Mientras la dirigencia revolucionaria decide sobre esto, el silencio sigue sustituyendo al debate. Y el triunfalismo voluntarista sigue camuflando una realidad que está atravesada de preguntas y ansiedades. Los medios de comunicación, que podrían ser una herramienta extraordinaria para acompañar creativamente al pueblo en esta crisis, aparecen empolvados, jurásicos. Los medios, que podrían ser cauce para una consulta-sondeo-toma de temperatura masiva para saber cómo el pueblo de Cuba -y no sólo sus cuadros dirigentes- imagina y prefigura la salida de esta crisis siguen parqueados, estáticos.

No es posible que el pueblo más educado de América Latina, con tantos recursos intelectuales, con miles y miles de profesionales y técnicos, con una experiencia histórica tan extraordinaria, perezca para el hombre, languidezca con las alas de sus iniciativas recortadas y guarde silencio. No es posible que una revolución ya adulta tema tanto el debate.

Con voz propia

Últimamente, a raíz de los sucesos del 5 de agosto en el Malecón y de la crisis de los balseros, la dirigencia cubana ha dado públicamente algunos signos de que es consciente de las dimensiones subjetivas de la crisis actual.

Armando Hart, Ministro de Cultura, escribió el 16 de agosto en *Gramma* un editorial que resaltaron muchos los medios cubanos como un “eje temático” del momento. Afirma Hart: “Parto del criterio de que por muy grandes que sean -y lo son- las dificultades económicas y, es más, precisamente en virtud de su magnitud, esta-

mos más obligados que nunca a hacer una reflexión política e ideológica en profundidad y a elaborar un programa de acción en este sentido que, para resultar eficaz, tiene que estar actualizado con lo sucedido en el mundo en los últimos años”.

El 3 de agosto, Raúl Castro, en la Asamblea Nacional, tuvo una intervención que fue después muy destacada y reiterada en los medios cubanos. Era una exhortación, desde “el sabor amargo” que le habían dejado las rutinarias participaciones de los diputados, a que los cuadros del Partido reconocieran y enfrentaran problemas subjetivos que enrarecen aún más la realidad cubana: burocratismo, oportunismo, desidia, falta de sinceridad. Fue central en su mensaje este llamado: “Hay también que estimular -dijo- a que todos los revolucionarios -y reitero, los revolucionarios- expongan abiertamente su criterio en lugar, tiempo y forma. O sea: en el lugar adecuado, en el momento oportuno y con formas correctas”.

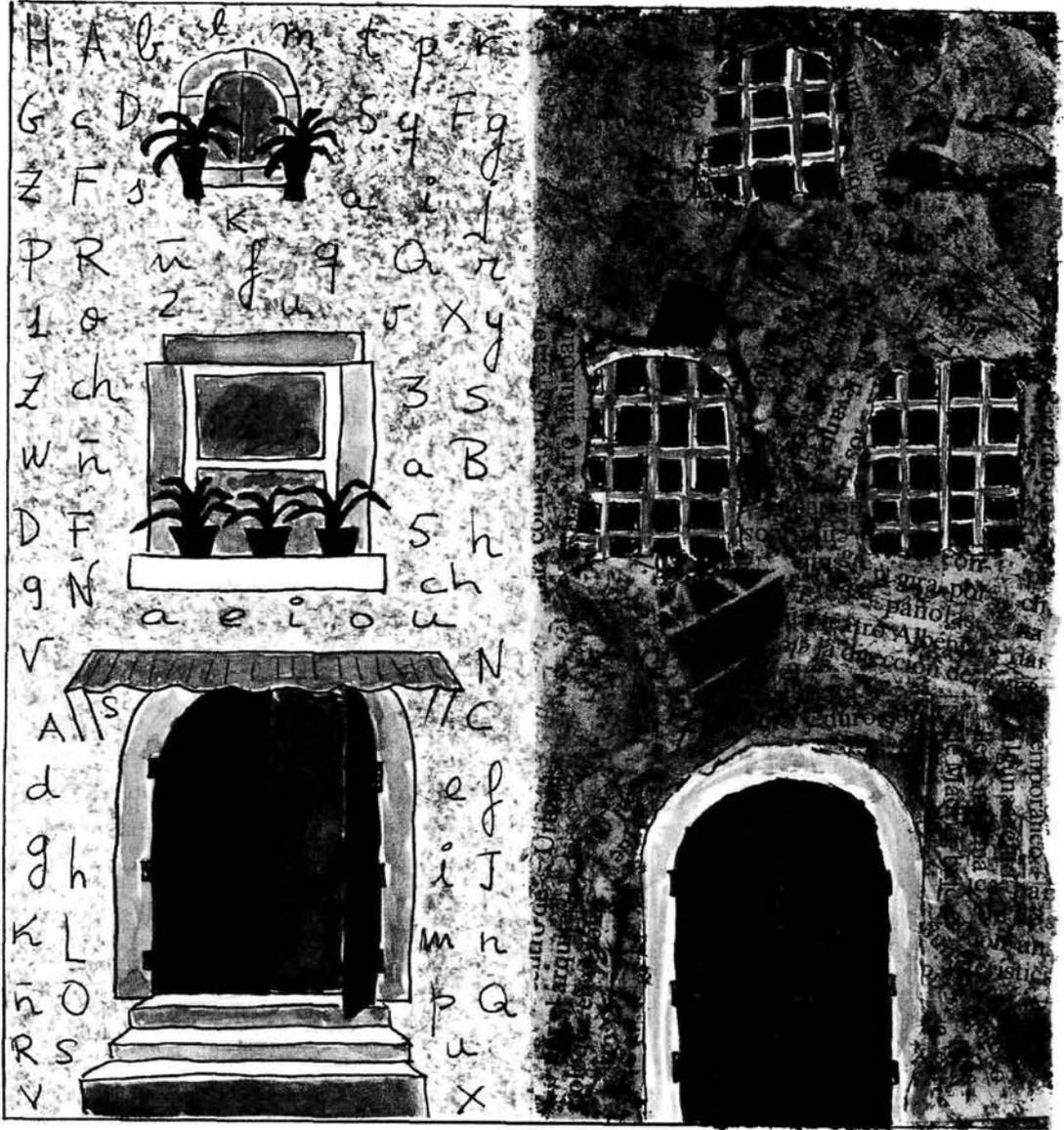
La Revolución Cubana tiene ante sí el desafío de elaborar una creíble y creativa imagen de su actual realidad. Y sobre todo, tiene el desafío de salir del hoyo que es esa realidad. El desafío es de todos. La “reflexión en profundidad” a la que Cuba está obligada deben hacerla todos los cubanos que sufren hoy en Cuba y no sólo los revolucionarios. Y el “Programa de acción” que surja de esa reflexión exige, para que sea “eficaz”, que se entienda que los problemas de la Cuba de hoy no sólo deben resolverlos los “cuadros”, sino toda la sociedad. En el ejército solo piensan y deciden los oficiales. En la sociedad no puede ser así. El proceso debe ser participativo. De todos. La meta es lograr una nación que conserve sus conquistas y que siendo justa sea también atractiva, estimulante, donde se pueda soñar y realizar los sueños. Los sueños de todos.

La sociedad cubana tiene ante sí el desafío de debatir sobre su propia identidad y sobre la viabilidad de su proyecto en estos momentos tan complejos. Debatir dentro de Cuba y dentro de la Revolución. Y debatir en los medios. Pero hay que debatir. Esto supone dar espacio a preguntas abiertas, vacilaciones, miedos, esperanzas y fantasías, a ideas disparatadas o acertadas, a sugerencias, propuestas y ensayos. Supone expresar los criterios en momentos oportunos e inoportunos, en lugares más adecuados y menos adecuados, con formas correctas o incorrectas. Porque la vida no es una unidad militar. Y porque tanto tiempo de silencios y de triunfalismos no podrán evitar esta maraña, hasta que de ella salga el hilo de oro, trenzado por todos, con el que Cuba coserá su vestido nuevo.

Defendiendo la Revolución cubana en España, en este pasado septiembre, cuando los balseros iban y venían, el Canciller cubano Roberto Robaina se refirió varias veces a lo que era, en Cuba “innegociable”. E insistió varias veces en que lo era su derecho “a hablar con voz propia”. No es poco. En este mundo dominado por unos cuantos grandes, que pretenden hablar en nombre de todos y tratan de imponer una sola fórmula política y económica, arrasando así con la biodiversidad cultural de tres cuartas partes de la humanidad, no es poco que un país tan pequeño diga que no negociará su voz. Su voz propia.

El mundo entero saldrá ganando si Cuba conserva la firme voz solidaria con la que ha hablado en todos estos años. Su voz propia. Y Cuba también ganará si incorpora a la búsqueda de salidas a su crisis la propia voz de todos los cubanos.

ENVIO n° 153/Octubre de 1994/Managua (Nicaragua)



“Abasso Italia”. Reflexiones sobre una nación desorientada

Enzo Traverso

“Paseo mi mirada por esta multitud innumerable compuesta de seres parejos, donde nada se destaca. El espectáculo de esta uniformidad me hiela, y estoy tentado de añorar una sociedad que ya no existe”.

Alexis de Tocqueville,
La democracia en América.

Acusada de no amar a su propio pueblo, Hannah Arendt respondía que no amaba más que a sus amigos, y añadía que las injusticias cometidas por otros pueblos no la molestaban tanto como las cometidas por el suyo. Es exactamente lo que tendría ganas de responder hoy a todos los que, en Italia, reprochan a la izquierda su derrotismo y su “antipatriotismo”. Éramos muchos, tras las elecciones, los que nos decíamos: “Me da vergüenza mi país”. No es que anteriormente estuvieran orgullosos de él, pero estar preservados contra el virus del nacionalismo no nos hace insensibles ante la estupidez. Siendo la identidad nacional un sentimiento –positivo o negativo, según las circunstancias– de pertenencia a una entidad colectiva –por nacimiento, por elección o por cultura–, lo que me une a la nación en cuyo seno tuve el azar de nacer es sobre todo, en este momento, un sentimiento de vergüenza.

Patriotismo de la vergüenza

Vergüenza de un país que, en su gran mayoría, a veces con resignación, más a menudo con entusiasmo, se identifica con la derecha más grosera, despreciable y cínica que Europa haya conocido desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Una derecha de una espantosa pobreza cultural y política, cuyos únicos valores compartidos y explícitamente proclamados se resumen en algunas palabras: demagogia, xenofobia, populismo, manipulación mediática, nostalgia del fascismo y arrogancia del dinero. Vergüenza porque ese pueblo es el mío, porque soy italiano, lo quiera o no, y porque me basta subir al metro para reconocer inmediatamente a otro italiano entre treinta personas, incluso si no habla en alto, si no lee *La Repubblica* o *Tuttosport*, o si no mira ostentosamente a la chica de enfrente. No se trata en absoluto de un problema de biología racial, ni de antropometría lombrosiana; es, sencillamente, una cuestión de estilo, de conformismo en la vestimenta, los gestos, las posturas...

Los forofos entusiastas de Berlusconi eran muy reconocibles desde hacía tiempo. No era siquiera necesario ir a darse una vuelta por la Galleria Vittorio Emanuele, en

Milán, para encontrarse con ellos; me los cruzaba a menudo, por la mañana, en el RER (suburbano de París), no sin experimentar un cierto alivio cuando se bajaban en La Defense, destino privilegiado de su misión en el extranjero. Pequeños dirigentes de empresas disfrazados de brillantes yuppies, mezcla singular de elegancia y de vulgaridad en los cuadros superiores, expansividad mediterránea menos controlada en los subjesos, maquillaje pronunciado y abrigos de pieles hasta comienzos de mayo en las mujeres, reemplazados de junio a octubre por ropas más ligeras que pueden resaltar el moreno y las joyas. Si se les mira de cerca, sus rostros son los mismos que los de los emigrantes sicilianos y calabreses, venecianos o piamonteses, que desembarcaban en Ellis Island, hace ya un siglo, donde fueron inmortalizados por las fotos de Lewis Hine. Es el caparazón lo que ha cambiado, por una especie de disfraz que evoca menos la elegancia de los célebres estilistas de la península que el conformismo de las series televisivas americanas.

Por lo que se refiere a la clase obrera, parece haber desaparecido desde hace tiempo del paisaje italiano. Hay que ir a buscarla a la salida de las fábricas o a los locales de Refundación Comunista, pues en los centros de las ciudades apenas aparece, salvo con ocasión de algunas raras huelgas generales. Esta falta de visibilidad refleja ciertamente las transformaciones sociales y urbanas de los años ochenta, pero tiene que ver también con un retroceso social y político. Los ganadores han ocupado el espacio, la publicidad ha invadido los muros antes reservados a los graffiti, los nuevos ricos se han apropiado de los bulevares, el capital decora el paisaje con sus símbolos. Los que no aceptan este nuevo orden prefieren ocultarse; es quizá la vergüenza de esta realidad lo que les empuja, como escribía Hannah Arendt, hacia la "invisibilidad" y hace de ellos unos excluidos.

El tercer mundo italiano, al contrario, sigue siendo bien visible, en Nápoles o en Palermo, pero la desaparición del movimiento obrero del paisaje social y la supresión de las utopías anticapitalistas del paisaje mental le han neutralizado en el terreno político. Los abandonados de las favelas meridionales ya ni saben si los sindicatos existen, pues la izquierda les ha abandonado. Miran sin embargo las televisiones de Berlusconi, no pueden sustraerse al encuadramiento social de la Mafia o de la Camorra y, finalmente, se dejan seducir por el populismo de un neofascista como Fini.

La vergüenza es un sentimiento humano, a veces inevitable incluso si normalmente se tiene tendencia a ocultarlo. Si la política no es concebida como una actividad fríamente racional y calculada, puede también alimentarse de tal sentimiento. Para hacer de él un buen uso, habría que evitar tanto la resignación como el aislamiento sectario: la resignación de los que piensan que, vista la situación, luchar no sirve para nada, y el aislamiento de los que, sin querer llegar a compromisos, no reservan ya a la izquierda, durante un largo período, más que un papel testimonial. Tener vergüenza de este país debería en primer lugar, estimular un esfuerzo de reflexión. Hay que interrogarse sobre la naturaleza de este terremoto, hay que intentar comprender...

Crepúsculo

Todo el mundo sabía que las pasadas elecciones legislativas iban a alterar de forma radical el sistema político. Mucha gente anunciaba incluso un giro institucional, bajo la forma de una "Segunda República" (nordista, presidencial, televisiva

o de otro tipo). La certidumbre que habitaba a todos los italianos la víspera del voto, era la de asistir al hundimiento del Antiguo Régimen demócrata-cristiano y socialista, ya en una crisis sin salida, engullido por la corrupción, los escándalos y una ineficacia institucional que superaba todos los límites. La corrupción no era ciertamente un fenómeno nuevo, era una práctica admitida y conocida desde hacía mucho, pero durante los años ochenta –cuando Italia conocía un nuevo auge económico y se mecía en la ilusión de haber superado a Francia y Gran Bretaña en la jerarquía de los países más ricos– había adquirido proporciones gigantescas, que suponían un riesgo de parálisis completa del aparato del Estado. Nuevos ricos de las finanzas y viejos tiburones del régimen devastaban la península. Esta mentalidad de nuevos ricos había contaminado también a amplias capas de asalariados. El país, que desde hace un siglo no hacía más que lamentarse de su atraso y envidiar la modernidad de los demás, se percibía repentinamente como la encarnación misma de la “posmodernidad”. Nada de ascetismo protestante; el capitalismo italiano proclamaba una alegría completamente latina y mediterránea. Leyendo *La Repubblica*, no hace mucho, se hubiera podido pensar que un italiano de cada tres era un brillante jefe de empresa, y los otros dos un arquitecto y un estilista. En la base de este estado de euforia, estaba la ilusión de que las riquezas de este país –principalmente el dinero público– eran inagotables.

La corrupción se convirtió así en endémica. No se trataba sólo de la montaña de miles de millones de liras descubierta por los jueces milaneses del proceso “Manos Limpias”, que ha acabado en el arresto de decenas de hombres de negocios, de centenas, incluso miles de dirigentes políticos, alcaldes, consejeros municipales, así como en la inculpación de dos de cada tres diputados del antiguo parlamento y el suicidio de algunos empresarios. Se trataba de un fenómeno mucho más extendido, de un poder difuso e invasor, que hacía que la corrupción de los funcionarios de alto o bajo nivel tendiera a convertirse en una condición indispensable tanto para la supervivencia del sistema político como para el funcionamiento de la propia sociedad. Con algunas excepciones, sin pagar sobornos era imposible obtener un empleo o entrar en la función pública, comprar una licencia para abrir un comercio, obtener una plaza para los niños en una guardería o incluso, a veces, la instalación de una línea de teléfono ^{1/}. Las grandes obras públicas eran pozos sin fondo en donde se vaciaban las arcas del Estado y que cavaban el agujero de su deuda. Los servicios sociales no han funcionado nunca, sino como lugares encargados del reparto del dinero público entre los diferentes partidos gubernamentales. Las fotos de los pabellones de ciertos hospitales del Sur nos muestran un espectáculo de sobrepoblación, abandono e improvisación que no tiene nada que envidiar a Calcuta (se puede morir, en el mayor hospital de Nápoles, por falta de hilo de sutura...); ciertas líneas ferroviarias me han recordado siempre las maravillosas fotos de los trenes mexicanos de la revolución zapatista (la de 1910) realizadas por Tina Modotti; correos puede sin duda alguna enorgullecerse de su primacía europea: diez días

^{1/} Para obtener una perspectiva histórica, cf. Sergio Turone, *Politica ladra. Storia della corruzione in Italia, 1861-1992*. Laterza, Bari, Roma 1992. Sobre la «partitocracia» italiana y sus mecanismos, ver el clarificador ensayo de Giovanni Berlinguer, *Duplicanti. Politiche in Italia*. Laterza. Bari-Roma 1991.

como media para enviar una carta de París a Roma; el patrimonio artístico de la Península es, como todo el mundo sabe, de una riqueza y de un valor tan inestimables como invisibles, pues se pudre en sus dos terceras partes en depósitos y el tercio restante está expuesto en museos a horarios inaccesibles; las universidades, al contrario, siguen siendo a menudo lugares de una rara belleza arquitectónica, sobre todo porque desde su creación, en la Edad Media o durante el Renacimiento, no han sido dotadas de ninguna nueva infraestructura.

Los ejemplos podrían multiplicarse. Ello no ha impedido nunca a los diferentes ministerios *lottizzati* (repartidos según criterios más o menos proporcionales entre los partidos gubernamentales) llenar las páginas de los periódicos con publicidad sobre las tecnologías punta en la industria del Estado, mostrando robots dedicados al reparto automático del correo y trenes proyectados como misiles hacia un futuro radiante. Mucha gente ha tomado este tipo de anuncios publicitarios como una de las bromas habituales en este país de una tradición satírica consolidada.

En Venecia, en Roma y en el Mezzogiorno, este sistema de poder estaba anclado en los notables demócratacristianos, personajes que uno tiene dificultades de imaginarse fuera de las fronteras italianas. Encarnaban un poder de fuente casi feudal, consagrado por la Iglesia y sostenido por el dinero público. En ciertas ciudades de provincias, reinaban de forma indiscutible sobre una amplia clientela y podían decidir todo, desde la concesión de una jubilación anticipada a la contratación en una empresa, hasta la creación de un banco, de una escuela, de un hospital o de un centro deportivo. Ni que decir tiene que colocaban a la cabeza de cada una de esas instituciones a sus hijos, primos, cuñados y sobrinos (las mujeres normalmente se quedaban en casa). Para comprender a estos personajes el concepto weberiano de *beruf* apenas es operativo; es mejor leer ciertas novelas de Verga, Pirandello o Sciascia.

En el Norte rico e industrializado, tal sistema de poder no podía seguir funcionando. Allí, el Partido Socialista de Bettino Craxi, heraldo de la eficacia, de la productividad y de la modernidad, había creado su feudo. Más pequeño y menos enraizado en la sociedad que la Democracia Cristiana, cortado de su pasado de partido obrero, este pequeño partido de verdaderos tiburones suplía sus debilidades aumentando sus exigencias en términos de corrupción. Era un elemento indispensable para la formación de cualquier gobierno de pentapartito, lo que le permitía atribuirse los puestos decisivos en la presidencia de los bancos y las empresas del Estado, y ocupar los puestos clave en todas las administraciones locales, en las que participaba de oficio en todo tipo de coaliciones, a veces con el centro, a veces con la izquierda. Evidentemente, no buscaba su legitimidad en la Iglesia, sino más bien haciéndose el ideólogo de un liberalismo económico y de una modernidad perfectamente ilustrados por la vulgaridad de los shows televisivos de Berlusconi. El rasgo más importante de los dirigentes socialistas era su extrema desenvoltura: nada más natural para esos personajes, que pasar la tarde en reunión con Willy Brandt y la noche en compañía de un jefe de la Camorra.

La "Primera República", se ha consumido lentamente, roída desde el interior por esos dos parásitos -DC y PSI- cada vez más hambrientos y siempre insatisfechos, rodeados de satélites más o menos patéticos (el Partido Liberal), grotescos (el Partido Socialdemócrata) o increíblemente arrogantes (el Partido Republicano).

Era ya corriente, en la prensa italiana, leer análisis sobre “la ética de la corrupción y el espíritu de la partitocracia”.

Puesto que Italia no es Panamá o Haití sino un país industrializado de casi sesenta millones de habitantes, tal sistema no podía mantenerse eternamente. Más pronto o más tarde esto debía detenerse, en el propio interés del Estado y de la clase dominante, a pesar de sus muy amplios compromisos con el “sistema de los partidos”.

“Sua emittenza” en auxilio de la patria

Parasitada por una burocracia política, administrativa y gubernamental mucho más bizantina que habsburguesa, preocupada por su autopreservación más que del funcionamiento del aparato del Estado, la sociedad se asfixiaba. Era inevitable un giro. Desde el comienzo de la investigación “Manos Limpias”, se vivía en Italia en un clima de fin de reino, marcado por conspiraciones de palacio dignas de los últimos años de la corte de los Romanov. El régimen bicéfalo DC-PSI expiraba. Pero si el fin del Antiguo Régimen, anunciado desde hacía mucho, era muy previsible, eran también numerosos los que consideraban una victoria electoral de la izquierda como su consecuencia inevitable, sobre todo desde las elecciones locales del pasado diciembre, que habían permitido a los “progresistas” conquistar la mayor parte de las grandes ciudades del país. Hace algunos meses, a comienzos de año, Occhetto hablaba ya como un jefe de Estado, estudiaba la formación de su gobierno y deseaba el nacimiento de un nuevo “polo conservador” a fin de no dejar sin interlocutor al bloque progresista constituido alrededor del PDS.

Se equivocaba completamente. El agujero abierto por el hundimiento del viejo sistema de poder no iba a ser rellenado por la izquierda. La previsible afirmación de las Ligas en el Norte y el ascenso de un polo neofascista en el Centro/Sur podían fácilmente ser tenidos en cuenta. El elemento nuevo y desconcertante era la entrada en juego de Berlusconi, capaz en menos de tres meses de crear un movimiento, Forza Italia, que se ha impuesto en las elecciones políticas como la principal fuerza política del país.

Berlusconi no tiene nada de jefe carismático: ni guapo, ni inteligente, ni cultivado, ni simpático, lamentable orador, totalmente desprovisto de encanto, incapaz de formular un proyecto político más allá de reafirmación de un anticomunismo primario aprendido en la escuela de Craxi y de una apología de la familia digna del más arcaico de los notables democristianos. Su demagogia populista parece muy eficaz en las cadenas de televisión, pero, en la campaña electoral, ha llegado a negarse a una confrontación directa con Achille Occhetto, personalidad insípida donde las haya, secretario del que fue el mayor partido comunista del mundo occidental y que ahora es el partido más inofensivo del mundo en general.

¿Cómo explicar el éxito espectacular de tal nulidad, de un neoliberal sin el estilo de Margaret Thatcher, de un demagogo sin la combatividad de Jean Marie Le Pen, de un hombre de Estado paternalista y conservador mucho menos brillante y simpático que Ronald Reagan, de un populista quizá menos grosero pero ciertamente más gris que Bernard Tapie? Berlusconi no ha conquistado realmente el poder, ha sido más bien llevado a él. Ha tenido la intuición de que se abría un inmenso espacio a su derecha y que había que ocuparlo de cualquier forma. Mario

Segni, el dirigente de los renovadores de la Democracia Cristiana –por otra parte, una personalidad política mucho más presentable que el animador de Forza Italia– no ha tenido esa intuición y ha derrochado, en algunos meses, toda la influencia ganada en el referéndum a favor de la reforma del sistema electoral, hasta sufrir un fracaso humillante en la votación.

Berlusconi ha podido emerger como figura salvadora en un país desorientado. Bajo un orden político más estable, habría conocido la misma parábola que Ross Perot en Estados Unidos. El hundimiento de la Democracia Cristiana ha creado un vacío y abierto un enorme espacio político a la derecha. Considerado como un enemigo por el movimiento obrero, mirado con sospecha y desconfianza (al menos hasta las grandes elecciones) por la gran burguesía, despreciado por el mundo intelectual, Berlusconi aparecía sencillamente como un personaje inaceptable para todos los que piensan en el seno de la sociedad italiana. Ha sido plebiscitado por un pueblo, la mayoría de los italianos, que no quiere ya pensar, que prefiere mirar la televisión, que no tiene ya ninguna confianza en la izquierda y que ha abandonado toda esperanza de transformación de la sociedad. En el fondo, no es portador de ningún verdadero nuevo proyecto de sociedad. Sus reformas tienen más bien el aire de restauración, como, por ejemplo, su obsesión por redescubrir la familia, enterrar el feminismo y devolver las mujeres al hogar. Por lo demás, no hace sino defender y proclamar en alta voz los valores que dominan ya la sociedad italiana, en primer lugar el poder del dinero, o más bien, la arrogancia del dinero. Se presenta como un ardiente europeo y defiende encarnizadamente –más que con convicción, con una fe inquebrantable– el liberalismo económico. Lo que le diferencia de muchos otros jefes de Estado europeos es, en cambio, su defensa explícita y abierta, sin apuro o moderación, de todos los corolarios de la ideología neoliberal. Hace la apología del conformismo de masas, ese mismo conformismo que cultiva y mantiene desde hace años gracias a sus cadenas de televisión; reivindica un cierto darwinismo social, considerando las divisiones de clase, las jerarquías y las desigualdades sociales como fenómenos naturales; idealiza el mercado y querría reducir el Estado a su función última y esencial, que señala –en esto, perfectamente de acuerdo con Marx– en el mantenimiento de una fuerza de represión.

Por lo demás, querría claramente suprimir el Estado. Es probablemente consciente de la imposibilidad de hacerlo, pues su poder ha heredado clientelas socialistas y democristianas, el único rostro del Estado en el sur de Italia, y también porque, una vez suprimida toda ayuda del Estado, Nápoles y Palermo no se parecerían a Liverpool, sino a El Cairo o Bogotá.

Su sueño sería transformar la sociedad italiana en una empresa tan racionalizada, jerarquizada, disciplinada y triunfadora como las diferentes filiales de Fininvest, su imperio industrial y financiero. Una verdadera utopía: en absoluto, según la terminología de Ernst Bloch, una utopía concreta, necesaria y posible, sino una utopía fría, una utopía del orden. Una utopía ingenua, podríamos añadir con alivio, como parece evidente a todos los que han hecho ya la experiencia de una tarde en coche en la circulación de Roma, Nápoles o Génova.

Paul Virilio ha caracterizado la victoria electoral de Berlusconi como un “putsch mediático”, mientras que otros comentaristas no han dudado en hablar de “totalitarismo mediático”. Ahora bien, el movimiento de Forza Italia presenta

varios rasgos típicos del populismo reaccionario, que saca sus metáforas políticas del lenguaje deportivo de los *tifosi*, con toda su carga de agresividad, de intolerancia y de racismo. Movimiento creado artificialmente por un poder financiero y mediático, está totalmente desprovisto de estructuras democráticas, no posee ninguna raíz en la sociedad civil, sino la de la manipulación de la opinión pública por los medios sobre los que ésta no puede ejercer ningún control. El sector del parlamento ocupado por los diputados de Forza Italia ha recibido ya el apelativo de "fondo sur", en homenaje a la tribuna del campo de fútbol de Milán reservado a los batallones más bulliciosos y agresivos de los forofos del Milán.

Totalitarismo mediático

A decir verdad, Forza Italia no tiene nada que ver con los movimientos fascistas tradicionales, pues no está apoyado por un movimiento social pequeñoburgués ². Es una corriente de opinión organizada alrededor del culto de un jefe, no un jefe revolucionario, como fueron Mussolini o Hitler antes de tomar el poder, sino más bien un jefe sobrio y discreto que encarna un poder mediático, es decir, una corriente de opinión creada por este poder y fundada en el culto de ese poder.

No, Berlusconi no quiere imponer a su desgraciado país una dictadura, no tiene ninguna intención de poner en cuestión las instituciones liberal-democráticas. Acaricia quizá el sueño de construir una "segunda república" de tipo presidencial, de coloración vagamente bonapartista, pero su proyecto social y político no tiene nada de subversivo. Dicho esto, habría que estar completamente ciego para subestimar el peligro que encarna hoy para la sociedad italiana, y a largo plazo quizá también para Europa. Sencillamente, ese peligro es el de las tendencias sociales totalitarias contenidas en las democracias neoliberales de este fin de siglo. Berlusconi no quiere suprimir la democracia, pero prefiere una democracia fundada en un consenso plebiscitario, preparado y construido por los medios de comunicación de masas, más que una democracia fundada en la participación de los ciudadanos, el debate de ideas, la contradicción. A sus ojos, una sociedad sana funcionaría como una empresa y no conocería conflictos. Paradójicamente, es en Italia, en el corazón del Viejo Mundo, donde parecen consumarse las tendencias totalitarias analizadas por Herbert Marcuse hace treinta años en la sociedad de consumo del neocapitalismo americano. En efecto, el modelo de democracia liberal propuesto por Berlusconi presupone una sociedad de hombres «unidimensionales», alienados en un universo de mercancías, cuyas necesidades y aspiraciones son engendrados por el capital, cuya forma de pensar ha sido determinada por los medios de comunicación de masas ³. Günter Anders había comprendido perfectamente esta tendencia, ya en 1956, cuando daba a conocer sus reflexiones sobre la televisión en el capitalismo tardío, un mundo en el que la tecnología ha hecho al hombre "obsoleto": "La estrategia de masas en el estilo hitleriano ya no es necesaria: si se quiere reducir al hombre a un cero (incluso hacerle orgulloso de ser un cero) no hay ya que ahogarle en mareas de masas, no hay

² La última tentativa de este género, aislada y sin continuación, remonta a 1972, cuando el MSI hegemonizó la revuelta de Reggio di Calabria.

³ Herbert Marcuse, *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología postindustrial avanzada*, Ariel, Barcelona, 1984.

que soldarle en una masa compacta. La mejor forma de quitar al hombre su personalidad, su fuerza de ser humano, consiste en preservar una apariencia de libertad de la personalidad y de derecho a la individualidad. El proceso de conditioning será tanto más eficaz si se produce para cada uno separadamente, en una habitación privada, en la soledad, en millones de soledades" /4. Tal fenómeno no había conocido aún traducción política tan explícita como en la Italia de Berlusconi. Una vez más, Italia aparece como una especie de laboratorio en el que existe el riesgo de que se experimente sobre el futuro de Europa.

Sin duda, un recuerdo sintético del poderío material de Berlusconi no es inútil. Hasta ahora, era el propietario de tres cadenas de televisión que difunden sus emisiones a escala nacional, así como de numerosas cadenas locales; ahora que es presidente del Consejo de Ministros, podrá colocar bajo su control al menos dos de las tres cadenas del Estado, en la perspectiva quizá de privatizarlas con el pretexto de su déficit. Produce o controla la mayor parte de la publicidad que invade diariamente los hogares italianos. Es el propietario de varios periódicos y sobre todo de algunos de los semanarios y revistas más difundidas. Posee las principales sociedades de producción y de distribución de cine, creadas para ocupar el espacio residual dejado a la pantalla grande tras la obra de anulación llevada a cabo por sus televisiones privadas desde hace quince años. Posee algunas cadenas de supermercados y grandes almacenes, para ayudar a sus compatriotas a comprar más fácilmente las mercancías que produce o de las que hace la publicidad en sus televisiones. Posee, en fin, la más importante editorial de la península, Mondadori, así como la más prestigiosa, Einaudi, cuyo fundador había estado siempre cercano al Partido Comunista. Para coronar sus múltiples actividades y dar un aura de popularidad a su poder, preside una sociedad deportiva, el Milán, cuyo equipo reina de forma soberana en los estadios de fútbol. Si no ha sido provisto del carisma de Mussolini, ha creado un imperio mediático en comparación con el cual el Ministerio de la Propaganda de Joseph Goebbels parece cosa de aficionados.

Berlusconi insiste en reafirmar su fidelidad a las instituciones liberal-democráticas. En efecto, lo que pone en cuestión no es el respeto a las instituciones, sino los fundamentos sociales de la democracia. Se asiste aquí a un fenómeno singular, inédito e imprevisto, en el que se reconoce, sin embargo, al menos uno de los trazos que Hannah Arendt atribuía a los regímenes totalitarios del mundo moderno: la tendencia a transformar al pueblo y las clases en una masa amorfa, pasiva, atomizada, en la que se intenta matar la libertad de pensar, se pulverizan "los criterios mismos del juicio moral" /5.

"Post-fascismo"

Por el momento, se trata sólo de tendencias, extremadamente inquietantes pero aún embrionarias. La sociedad italiana no ha sido "normalizada". En el voto proporcional previsto para el nuevo sistema electoral (25% de las dos cámaras), la formación berlusconiana se ha afirmado como el primer partido, pero no ha obtenido

4/ Günther Anders, *Die antiquiertheit des Menschen*, C.H.Beck, München, 1980 (1956)

5/ Hanna Arendt, *La naturaleza del totalitarismo*.

más que el 21% de los votos. Ha superado ampliamente esta marca en las europeas, rozando el 32% de los votos, obtenidos sobre todo a costa de sus aliados, lo que constituye un enorme éxito, pero no un plebiscito susceptible de suprimir la pluralidad del cuerpo social. Además, debe compartir el poder con otros dos componentes de la derecha, los neofascistas de Alianza nacional, y los populistas de las Ligas, a menudo muy alejados uno del otro. No está excluido que, a la cabeza de una coalición desgarrada entre los partidarios de una federación italiana dominada por las "repúblicas del Norte" y los de un Estado fuerte centralizado, Berlusconi se vea reducido a jugar un papel de mediador, más ocupado en apaciguar las peleas de sus aliados que en poner en marcha grandes proyectos sociales. Un pequeño Bonaparte ambicioso pero débil, constantemente atascado en querellas políticas. Lo cierto, por el momento, es el interés de las tres componentes de la coalición de derechas en encontrar un compromiso, en el que Berlusconi es el pivote.

Europa se inquieta, con razón, por el éxito de los neofascistas y su entrada en el Gobierno, pero la naturaleza de este giro político es a menudo mal comprendida. No estamos en vísperas de una nueva Marcha sobre Roma e incluso las reformas institucionales, que se pueden prever, no perfilan ningún giro hacia un régimen autoritario de tipo clásico. La principal preocupación de Fini, el joven secretario de la Alianza Nacional, consiste en legitimar su partido como una formación respetable de la derecha neoliberal y conservadora. Sus diputados no provocan broncas en el Parlamento; sus cinco ministros no quieren paralizar las actividades de su Gobierno. Un alma auténticamente fascista, nostálgica de Mussolini y radicalmente opuesta a la democracia, continúa habitando en el MSI, la principal componente de la Alianza Nacional, pero es hoy minoritaria y la afirmación electoral de este movimiento tiene que ver, precisamente, con esta marginación. Fini se dice posfascista y es consciente de tener un brillante futuro en el seno del sistema político actual; no tiene ningún interés en improvisarse como líder de una improbable revolución conservadora. Pragmático, está mucho más fascinado por Charles Pasqua que por Ernst Jünger, Carl Schmitt o Julius Evola. Sus declaraciones públicas son un modelo de ambigüedad: un día celebra a Mussolini como uno de los mayores hombres de Estado del siglo XX, y el siguiente afirma que las leyes raciales de 1938 fueron una de las páginas más sombrías de la historia de Italia. Por un lado, hace concesiones a la corriente más abiertamente neofascista de la Alianza Nacional concediéndole puestos importantes (incluso a nivel gubernamental); por otra, se niega a pertenecer al mismo grupo que Le Pen y Schnuber en el Parlamento de Estrasburgo. Ello no impide que, entre los tres líderes de la coalición gubernamental, aparece ciertamente como el menos demagogo ⁶. Además, dirige un partido muy implantado en Roma y en la Italia meridional, donde ha heredado en gran medida las antiguas clientelas de la Democracia Cristiana. Es evidente que, para guardar su influencia en las regiones más pobres, está obligado a poner límites al liberalismo salvaje de Forza Italia y de las Ligas. Reclama una república presidencial, pero se opone al desmantelamiento de la escuela pública y a la supresión de la seguridad social.

⁶/ Para tener una idea del personaje, de su orientación así como de su capacidad de dar diferentes interpretaciones de sus palabras según sus interlocutores, ver la entrevista aparecida en *Le Monde* del 18-6-94.

El elemento nuevo y realmente inquietante no es ciertamente la amenaza que llevaría el posfascismo en su seno, sino más bien la pérdida de memoria histórica que su éxito ha revelado. Si los herederos de la República social italiana aparecen hoy como una fuerza conservadora respetable, es debido a la anulación de toda conciencia antifascista en el seno de amplias capas de la sociedad, a una degradación de las bases éticas y políticas de la democracia, al hundimiento de un sistema de valores fundamentales llevado por la Resistencia y alrededor del cual se había construido la República en 1946. La entrada en el Gobierno de los que eran hasta ayer personajes inpresentables marca el primer jalón de una amplia campaña de rehabilitación del fascismo, una campaña llevada a cabo encarnizadamente desde hace diez años por el conjunto de los medios (de la televisión pública a los principales diarios) y apoyada, cuando no abiertamente inspirada, por una corriente revisionista bien enraizada en la historiografía. En 1987, el biógrafo de Mussolini, Renzo De Felice, suscitaba el escándalo declarando que el antifascismo no tenía ya razón de ser y que había ya que estudiar la historia del fascismo con métodos científicos, es decir abandonando un planteamiento historiográfico de tipo antifascista. Hoy se puede tranquilamente ver, en las cadenas estatales, emisiones en las que el fascismo y el antifascismo son constantemente colocados en el mismo plano, que terminan en un abrazo emocionante, subrayado por los aplausos de una multitud de jóvenes figurantes, entre dos viejos, un antiguo militante de Salò y un ex-partisano.

La Resistencia es banalizada, el fascismo rehabilitado **77**. Habrán sido necesarios algunos decenios para que el proceso esté acabado, pero estamos ya al final del camino: la "República antifascista nacida de la Resistencia, según la fórmula canónica que todos los niños aprendían desde la escuela primaria, ha dejado su lugar a una "república posfascista". El nuevo fascismo que toma forma ante nuestros ojos se quiere respetuoso de las instituciones liberales; no reniega del fascismo clásico, pero no tiene ninguna necesidad de imitarle; no se opone a la democracia, la corroe por dentro; no intenta restablecer la alianza infernal entre el capital y la multitud, que engendró el fascismo y el nazismo, prefiere fundar el reino del capital sobre una masa adormecida y amorfa, deseosa de consumir y distraerse, de no pensar.

Lombardos "erectos"

La otra componente de la coalición de derechas, la Liga del Norte, parece que está perdiendo empuje. Berlusconi le ha arrancado muchos de sus electores, principalmente en Milán, su feudo, donde ha bajado de un 40 a un 16% de los votos. Tras un ascenso espectacular, entre 1990 y 1993, en las elecciones legislativas de marzo obtuvo 8,4% de los votos, para caer, en las europeas al 7%. La Liga no forma un verdadero partido, sino más bien una corriente de opinión bastante difusa y desarticulada que alía un neoliberalismo salvaje con los estereotipos más enraizados y duraderos del qualunquismo italiano, a los que

77 Para una síntesis de este debate histórico, cf. ver la compilación dirigida por Jader Jacobelli, *Il fascismo e gli storici oggi*, Laterza, Bari-Roma, 1988, que se abre con la entrevista de De Felice citada anteriormente.

se ha añadido una xenofobia pronunciada (contra los africanos, los árabes, los italianos del sur, etc.). Quizá aburrída de un líder, Umberto Bossi, que "lo tiene duro" (*ce l'ho duro*), como se grita en sus mítines y con el que un tory británico no aceptaría tomar una taza de té, desconcertada por los proyectos de política-ficción de un profesor de derecho, Gianfranco Miglio, que querría separar la Lombardía del resto de la península para crear una confederación con Suiza y Baviera, la base social de las Ligas comienza a orientarse hacia políticos de apariencia más respetable. Permanece el núcleo duro de este movimiento populista: los nuevos ricos que han aprovechado el auge económico de los años ochenta, los pequeños patrones lombardos que no quieren pagar impuestos, que consideran normal fijar a su gusto los salarios y no toleran la presencia de un sindicato en su empresa, que califican a los parados de holgazanes, tienen a los servicios sociales por una forma de derroche del dinero público y miran a la Italia de más abajo de Florencia con el mismo desprecio que un nacionalista *afrikaneer* puede reservar para sus compatriotas negros de Soweto. El único proyecto que inspira a las Ligas consiste en preservar los intereses de los ricos; su identidad nacional se funda en valores muy concretos —el espejismo de una Padania unida a la Europa del franco suizo y del deutsche mark— que pasan tranquilamente de cualquier consideración de orden geográfico, histórico o cultural.

Sus tentativas de teorizar una etnia lombarda tienen evidentemente un carácter demasiado instrumental para ser tomadas en serio. Lo que más llama la atención en este tipo de movimiento es su miseria intelectual. Ha obtenido la presidencia del Parlamento, pero la única persona que ha encontrado para ocupar ese puesto es Irene Pivetti, una integrista católica que ha participado ya en todas las cruzadas contra el derecho al aborto, que detesta a los judíos, culpables a sus ojos de haber matado a Cristo, y que no duda en calificar a los musulmanes de "infieles". Después de todo, las Ligas no serían más que un fenómeno folklórico, si un espantoso vacío cultural y político no les hubiera proyectado al primer plano de la escena. Una vez más, su éxito es sobre todo revelador de una crisis social profunda, de una caída de valores, de un desgarramiento del tejido democrático de la sociedad. Revelador también de la fragilidad de una nación cuya historia atormentada, la terminación tardía de su unificación política y su diversidad cultural —todos los factores que han hecho hasta ahora su riqueza— pueden convertirse en una fuente de intolerancia, de segmentación y finalmente de estallido de la nación **/8**. El rostro de este país tras tal conmoción es difícil de imaginar pero, ciertamente, no tendría gran cosa que ver con el antiguo fascismo, que se reclamaba de una Italia fuerte y unida. Queda la constatación de que si se mira la evolución de la península con gafas braudelianas, en la perspectiva de la larga duración, la mutación es enorme: cuna del cosmopolitismo europeo, Italia abriga hoy una nueva forma de etnocentrismo, una de las más grotescas y repugnantes del mundo occidental.

8/ Sobre este tema, ver las consideraciones interesantes aunque a menudo discutibles, de Gian Enrico Rusconi, *Ce cessiamo di essere una nazione. Tra etnocrazie regionali e cittadinanza europea*. Il Mulino, Bologna 1993. Sobre el origen y el desarrollo de las Ligas, cf. Ivo Diamanti, *La Lega. Geografia, storia e sociologia di un nuovo soggetto politico*. Donzelli, Roma 1993.

Italia está pues presa de una derecha ni presentable ni frecuentable, una derecha que siembra la preocupación y provoca el malestar entre sus aliados europeos, forzosamente avergonzados cuando deben recibir a ministros posfascistas o dialogar con ilustres colegas de las Ligas perfectamente analfabetos y orgullosos de serlo.

El masoquismo: enfermedad senil e incurable del poscomunismo

Hay que repetirlo: esta derecha no ha conquistado nada, ha sido llevada al poder por una onda larga que, desde hace quince años, trabaja y transforma en profundidad la sociedad italiana. Es la conclusión de un proceso iniciado por las derrotas sociales del movimiento obrero, a partir del otoño de 1980, cuando la clase obrera de la Fiat de Turín fue rota al final de una feroz lucha, dislocada por los despidos y decapitada por la expulsión de las fábricas de su vanguardia sindical y política. Esta derrota ha sido profundizada por la supresión de la escala móvil de los salarios, sancionada por un referéndum que ha revelado a la luz del día el aislamiento del movimiento obrero, sus debilidades y el fin de sus ambiciones hegemónicas en el seno de la sociedad italiana. La nueva derecha ha salido del cúmulo de estas derrotas. Su pobreza intelectual se debe al hecho de que no posee ni cultura ni tradición, pues su cultura había sido barrida y sus expresiones políticas privadas del derecho de ciudadanía tras el fin de la guerra. La cultura de derechas estaba muerta en Italia con Ugo Spirito y Giovanni Gentile, mientras que el debate de estos últimos años sobre figuras como Martin Heidegger o Carl Schmitt ha sido introducido y animado por intelectuales de izquierda (la única revista con un mínimo de audiencia que se proponía, no sólo discutir, sino rehabilitar la cultura de derechas era *Mondoperaio*, ligada al PSI). Nacida de los retrocesos del movimiento obrero, la nueva derecha italiana se ha dejado llevar por la ola neoliberal que bate Europa desde la caída del imperio soviético.

Pero el cuadro está incompleto, pues el ascenso de Berlusconi, Fini y Bossi sería incomprensible si se hiciera abstracción de las responsabilidades de la izquierda, paralizada desde hace veinte años por un partido –en primer lugar el PCI y luego el PDS– cuya principal preocupación ha parecido ser la de trabajar en su propio hundimiento: un partido que ha hecho del compromiso su filosofía, que ha preparado la victoria de la derecha persiguiendo el espejismo de una improbable y desastrosa alianza con el centro, que se ha desembarazado de su identidad y de su pasado –con todo lo que representaban, para lo mejor y para lo peor– a fin de unirse a los dogmas de una ideología liberal y moderna, desorientando a sus militantes y favoreciendo el viento conservador que atravesaba la sociedad ⁹. En fin, un partido cuya vida interna tiene ya por eje una multitud de burócratas, funcionarios, administradores y pequeños tecnócratas, una partido cortado de su base militante que ha constituido durante decenios uno de los pilares sociales de la democracia italiana y del que una parte –el núcleo duro– se reúne hoy en Refundación Comunista.

⁹/ Sobre esta mutación, ver Livio Maitan, “Du PCI au PDS. La longue marche du Parti Communiste italien”. *Cahiers d'études et de recherche* n° 15, 1991.

Esta victoria de la derecha es una bofetada áspera a un partido roído desde siempre por su ambición de convertirse en una “fuerza de gobierno” pero que no ha querido nunca encarnar una alternativa política y social al sistema dominante. Cuando Berlusconi predicaba el anticomunismo con un lenguaje digno del senador McCarthy, Occhetto juraba haber renegado de Gramsci y de Togliatti y tener plena confianza en la OTAN; cuando Fini celebraba la grandeza del fascismo y reivindicaba la alcaldía de Roma, Occhetto afirmaba que no había que exacerbar los conflictos; cuando Bossi proponía dividir Italia en tres trozos, Occhetto se apresuraba a precisar que su partido no tenía ningún a priori contra el federalismo, etc. Durante la campaña electoral, el secretario del PDS ha recorrido la península para afirmar alto y claro que su partido estaba a favor del mercado y contra el Estado, a favor de privatizar los servicios sociales deficitarios y por favorecer los despidos en las empresas en crisis. Las fiestas de *La Unità* se parecen cada vez más a grandes supermercados, donde los puestos de los “países socialistas” han sido reemplazados por pabellones que exponen coches y electrodomésticos, a fin de que los visitantes, que han renunciado a una tarde ante las pantallas berlusconianas, no se sientan extraños.

Esta derecha tan poco presentable y tan poco frecuentable ha ganado por falta de una alternativa. Si hay que vivir bajo el capitalismo, aceptar sus valores e identificarse con los modelos de sociedad neoliberales, entonces un self made man multimillonario será siempre más creíble que un excomunista convertido a las virtudes del mercado. Refundación Comunista ha intentado limitar los destrozos, pero sus fuerzas, por sí solas, son insuficientes. También se ha estancado en las elecciones.

“Lo nuevo que avanza”, según una fórmula hoy de moda en Italia, es peor que lo antiguo. Hay que frenar a esta derecha, antes de que devaste completamente este país desorientado, y hay que cambiar a esta izquierda, antes de que sea demasiado tarde. Si no se hace ahora, habrá que prepararse para una larga travesía del desierto.

CRITIQUE COMUNISTE n° 138/Verano 1994/París

Traducción: Alberto Nadal



My Name is Gingrich and I'm Frankenstein

G. Buster

A mitad de mandato de la Administración Clinton, la derrota del Partido Demócrata en las elecciones legislativas de noviembre de 1994 sólo es comparable a la del Partido Republicano en 1992, bajo el liderazgo de Bush. La pérdida de su mayoría en la Cámara de Representantes (después de 40 años) y en el Senado (tras 8) vuelve a plantear el enfrentamiento entre el Ejecutivo y el Legislativo, con el consiguiente bloqueo político, que fue uno de los principales temas que ayudaron a ganar a Clinton la campaña presidencial de 1992 ¹. Después de tres años y medio de recuperación económica, todo parece apuntar a que son sus propias consecuencias -el incremento de la desigualdad de rentas y la flexibilización del mercado de trabajo-, junto con la creciente desconfianza ante la ineficacia y la corrupción de la Administración Federal lo que está detrás de la derrota demócrata. Una derrota cuyas señales más alarmantes son la baja participación electoral (39%) y el creciente apoyo social de sectores de la población blanca asalariada, que ve amenazado su nivel de consumo y su status social, a la derecha populista ultra-liberal que representa el nuevo portavoz de la Cámara de Representantes, Newt Gingrich.

El alcance de la derrota demócrata

Todas las encuestas previas a las elecciones anunciaban un fuerte retroceso de los demócratas. Pero ninguna fue capaz de prever semejante descalabro: la pérdida de 55 de los 427 escaños de la Cámara y 9 de los 100 del Senado (incluyendo el transfuguismo del conservador demócrata de Alabama, Richard Shelby). Y a nivel estatal, 8 gobernadores demócratas fueron derrotados, entre ellos figuras tan representativas como Mario Cuomo en Nueva York y Ann Richards en Texas.

El responsable directo de esta derrota es Clinton. Una encuesta poselectoral de Time/CNN atribuía la victoria republicana en un 50% al voto de castigo contra Clinton, un 24% a la oposición al programa demócrata, y sólo un 12% al apoyo obtenido por el programa republicano. Preguntados los encuestados si la nueva composición del Congreso abriría una nueva etapa, el 63% respondió que todo seguiría igual y sólo un 32% esperaba cambios políticos importantes.

El voto de protesta que acabó en 1992 con la "revolución Reagan-Bush" se ha mantenido contra la nueva Administración Demócrata. La renovación generacional de la élite política alcanza ya al 25% del Senado y al 52% de la Cámara, a pesar de lo cual la abstención sigue creciendo en cada nueva convocatoria electoral, hasta alcanzar 61%. El desprestigio de la Presidencia ha

¹ Sobre las razones de la victoria de Clinton y el programa demócrata de 1992, ver G. Buster, "My Name is Clinton, and I'm Funky", *VIENTO SUR* nº6, diciembre de 1992.

alcanzado con Clinton cotas sólo comparables a las de Nixon tras el escándalo de Watergate, pero tampoco el Congreso es más popular: en 1992, el 49% de los encuestados no aprobaba su tarea legislativa, y en 1994 esa cifra ha subido al 73%. De hecho, las elecciones en EE UU se ganan o se pierden desde los años 70 por la capacidad de movilizar temporalmente a distintos sectores abstencionistas de asalariados para sumarlos a los núcleos minoritarios de votantes fieles de ambos partidos. Pero en las dos últimas convocatorias, ninguno de los partidos ha sido capaz de conservar a estos nuevos votantes.

La detallada encuesta publicada por el New York Times (13 de noviembre de 1994) permite identificar a estos sectores perdidos ahora por los demócratas. Se trata de varones de raza blanca, de entre 30 y 40 años (y un segundo grupo, los mayores de 60), con educación básica, protestantes, en los dos niveles salariales más bajos (menos de 15.000 y 29.000 dólares anuales), del Medio-Oeste y el Sur del país. A pesar de su pleno empleo en los últimos años sus expectativas de recuperar los niveles de consumo anteriores a la recesión se han visto frustrados. Frente a este sector, hay que destacar la fidelidad de las minorías negra e hispana a los demócratas, a pesar de que su situación socio-económica es bastante peor.

La victoria de Clinton en 1992 tuvo lugar sobre bases muy débiles, a pesar de las esperanzas que despertó. Su 43% de votos sólo representaba al 24% del electorado, y en las encuestas sólo un 28% creía que lo haría mejor que Bush. Pero igual análisis podemos hacer ahora de la debilidad de la victoria republicana en el Congreso. La realidad de esta crisis de credibilidad del conjunto del sistema político norteamericano, que anuncia el fin de todo el ciclo iniciado con la salida de la Guerra de Vietnam, es que ninguno de los partidos es capaz de mantener un bloque electoral multisectorial y pluricultural y que se está creando un inmenso vacío de representatividad en un momento clave de la reestructuración económica y social del país y de redefinición de su hegemonía internacional.

Las consecuencias de la recuperación económica

Desde el segundo semestre de 1991, la economía de EE UU ha creado 5,5 millones de puestos de trabajo, a un ritmo de crecimiento anual del PNB que supera el 3% de media y que en 1994 fue del 4,4%, lo que le ha permitido, después de ocho años, recuperar su lugar como la economía más competitiva del mundo.

Sin embargo, en una encuesta de Time/CNN de octubre de 1994, aunque el 38% de los encuestados creían que EE UU había salido de la recesión (frente a sólo un 9% que no), un 54% afirmaba que en su zona aun no había acabado. La contradicción era aún más patente cuando se preguntaba por su situación familiar. El 81% afirmaba que ésta había mejorado, pero que él no, personalmente, en un 58%.

Este rompecabezas refleja la crisis social que está provocando la recuperación económica. En primer lugar, los 5,5 millones de puestos de trabajo creados deberían haber sido 8 si se hubiera mantenido la tasa de expansión del empleo de mediados de los años 80, antes de la recesión. La tasa de paro aún está por encima del 5%, a pesar de la caída en casi un 50% del número de personas que se

incorporan al mercado de trabajo, como consecuencia del declive demográfico. En segundo lugar, los salarios reales no están creciendo en absoluto: la renta media por hogar ha caído en 312\$ en 1994 y un millón más de personas han caído por debajo del índice de pobreza, que ha pasado del 14,8% al 15,1% en el cuarto año de la recuperación económica. En tercer lugar, aunque se han incorporado nuevos grupos al mercado laboral, como las mujeres (cuyos salarios han aumentado en un 16%), el grueso de la clase obrera, con educación básica, ha visto sus ingresos caer en un 14%.

El impresionante aumento de productividad por hora de los últimos cuatro años se ha logrado no mediante la introducción masiva de nuevas tecnologías productivas, sino gracias a un aumento sin precedentes en esta generación de la explotación absoluta de los trabajadores mediante la extensión de la jornada de trabajo, los "contratos basura" y la flexibilización del trabajo. La media semanal de horas trabajadas es ya de 42 horas (con más de 5 horas extras) y en los Tres Grandes de la industria automovilista el número de horas extras semanales es de 10, incluidos seis sábados al año. A pesar de la recuperación, 713 empresas encuestadas por la American Management Association preveían reducir sus plantillas en 1995 en un 25%.

Esta anorexia empresarial tiene consecuencias desastrosas en la salud física y mental de los trabajadores. En la planta de Buick City de General Motors, a finales de septiembre de 1994, 1.000 de los 11.500 trabajadores llegaron a estar de baja por enfermedad en un mismo día, siendo sustituidos por sólo 200 trabajadores temporales, con sueldos inferiores en un 50%. La presión en los ritmos de trabajo acabó provocando una huelga del sindicato por la contratación de nuevos trabajadores fijos, que fue seguida entusiásticamente, hasta conseguir 779 nuevos empleos ².

Los empleos que ha creado la recuperación son en su inmensa mayoría del sector servicios, donde los "contratos basura" temporales, a 5 dólares la hora, no permiten a muchas familias uniparentales pagar alquiler ni salir de la pobreza, en una crisis sin precedentes del sueño americano, que se convirtió en insomnio durante la recesión de 1989-1991 y se está convirtiendo en una pesadilla para muchos asalariados durante la recuperación.

Gingrich versus Clinton

"¡Es la economía, estúpidos!" fue el grito de guerra de la campaña de 1992. De 1990 a 1991, Bush forcejeó con la Reserva Federal para bajar la tasa de interés cinco veces, hasta el 4,5%, sin conseguir rentabilizar los primeros indicios de la recuperación. Clinton tampoco ha conseguido evitar la política antiinflacionista de la Reserva Federal en cuanto han aparecido los primeros síntomas de un ligero repunte de la inflación, que ha elevado la tasa de interés cinco veces en 1994, hasta el 5,44% (pero con un interbancario del 8,5%). Como lo resumió Clinton a Panneta, su jefe de gabinete, tras su visita a Minnesota en noviembre, tras oír las

²/ Sobre la situación sindical en EE UU en los últimos dos años, ver Jane Slaughter, "Sobreviviendo al Toyotismo", *VIENTO SUR* nº17, octubre de 1994.

quejas de los electores demócratas: "cada vez que creamos más puestos de trabajo, los intereses suben y yo pierdo votos".

El programa demócrata de 1992, el Nuevo Pacto Social, era una combinación de las ideas de Robert B. Reich, el actual Secretario de Trabajo, y de las recetas de los economistas de la escuela de Paul Krugman. Inversiones públicas en infraestructuras e investigación pre-competitiva, para subvencionar el incremento de la productividad, y la extensión de servicios sociales universales al conjunto de los asalariados, conteniendo al mismo tiempo los salarios. Todo ello para atraer a los volátiles capitales de la economía global, a costa de aumentar en un primer momento el déficit presupuestario para racionalizarlo y equilibrarlo más tarde. El símbolo de esta ofensiva era la reforma de la Sanidad, bajo la dirección de Hillary Clinton.

Dos años más tarde, Clinton ha obtenido algunos éxitos importantes en su diplomacia económica internacional: firma del GATT, acuerdos con la APEC... Pero la firma del Tratado de Libre Comercio, con la consiguiente crisis en barrena de México, tras el plan de ajuste de Salinas de Gortari, ha exigido una intervención inmediata de Washington de 6.000 millones de dólares para mantener el peso. Los continuos recortes en el borrador del nuevo sistema sanitario, por las presiones de la industria farmacéutica, la sanidad privada y los colegios médicos, acabó por vaciar de contenido el plan de Hillary Clinton, que no pudo ni ser discutido formalmente en el Congreso. La lucha contra la influencia de los "grupos de intereses especiales" y la corrupción en Washington ha terminado con el reconocimiento del absoluto dominio de los primeros, sobre todo los más conservadores, y la apertura de diligencias contra Clinton y su esposa, acusados de especulación inmobiliaria en el caso Whitewater, con el suicidio incluido de uno de sus más próximos colaboradores y amigos.

Esta cadena de fracasos ha acabado por reforzar la sospecha de que la Administración Federal es incapaz de redistribuir hacia los sectores más débiles de la sociedad americana y que cualquier subida de impuestos, que recaen mayoritariamente sobre los sectores asalariados con empleo estable, sólo sirve para alimentar su corrupción. Todo el discurso de la campaña legislativa de 1994 ha estado dominado por la promesa de una reducción de impuestos para la "clase media".

Este ha sido el terreno que ha permitido a Newt Gingrich, el dirigente de los nuevos ultra-liberales conservadores, unificar la campaña del Partido Republicano entorno a su Contrato con América, una plataforma electoral a la que se han adherido 300 candidatos de su partido, y que ha supuesto un auténtico referéndum contra Clinton y su programa de 1992, con el objetivo declarado de acabar con los restos del Estado del Bienestar en EE UU.

La reducción de impuestos para la "clase media" de los republicanos, con un coste total de 147.000 millones de dólares en cinco años, exigiría una reducción paralela de 176.000 millones en programas sociales, desde subsidios a la agricultura (2.500 millones) hasta la sanidad (9.000 millones). Como se puede ver en el recuadro, se trata de un ataque directo brutal contra los sectores más desprotegidos de la población. A pesar de estos recortes, el déficit presupuestario seguiría siendo en el año 2.000 de 365.000 millones de dólares, lo que obligaría a una nueva ola de recortes para alcanzar el equilibrio presupuestario que promete el Contrato con América para el año 2.002. Pero el propio responsable republicano de la oficina presupuestaria del

Congreso en los años 80, Rudolph Penner, cree que es "irrealista", porque "todos los sectores del Gobierno tendrían que ser reducidos a su mínima expresión".

Como Clinton en 1992, Gingrich ha prometido cambiar la situación política en 100 días, con un paquete de medidas urgentes. De su capacidad para hacerlo antes de las elecciones presidenciales de 1996 dependerá en gran medida la campaña electoral y una paz social que se mantiene, después del estallido de Los Angeles, a duras penas y al coste de un aumento de la criminalidad sin precedentes desde los años 30. Gingrich se contenta con ser el Presidente de la Cámara, pero condicionará decisivamente la designación del candidato republicano.

Mientras tanto, la llegada del ultraderechista Jesse Helms a la Comisión de Asuntos Exteriores del Senado, del neoliberal D'Amato a la de Banca, de Hatfield a la de Apropiaciones o de Dominici en la de Presupuestos de la Cámara, suponen un bloqueo completo de cualquier medida demócrata, en la línea del programa de 1992, durante los próximos dos años.

¿Qué puede hacer Clinton?

Tras las elecciones de noviembre, el 58% de los encuestados considera que el Partido Demócrata debe presentar a las elecciones de 1996 un candidato distinto a Clinton. Hace dos años no era difícil prever que los "nuevos demócratas" del Democratic Leadership Council serían incapaces de llevar a cabo un programa cargado de incoherencias. Ahora, un sector acusa a Clinton de haber traicionado

Contrato con América

Nosotros, miembros republicanos de la Cámara de Representantes y ciudadanos que aspiran a ser elegidos a ella, queremos no sólo cambiar su actual política sino, lo que es más importante, restaurar los lazos de confianza entre el pueblo y sus representantes elegidos.

Por ello, en esta época de ambigüedad oficial y falsas promesas, queremos ofrecer un programa detallado para la renovación nacional, un compromiso escrito ineludible. Las elecciones de este año ofrecen la oportunidad, después de cuatro décadas de control por un solo partido, de llevar a la Cámara una nueva mayoría que cambie la manera en que funciona el Congreso. Este cambio histórico será el fin de un gobierno que es demasiado grande, que se inmiscuye demasiado en nuestras vidas y que gasta con demasiada facilidad el dinero público. Puede ser el comienzo de un Congreso que respete los valores y comparta la fe de la familia americana.

Como Lincoln, nuestro primer presidente republicano, queremos actuar "con la firmeza del derecho, tal y como Dios nos lo muestra". Devolver al Congreso su auténtico carácter representativo. Acabar con un período de escándalos y vergüenza. Que nos permita recuperar el orgullo de ser un pueblo libre que se auto-gobierna.

El primer día de la legislatura 104 del Congreso, la nueva mayoría republicana aprobará inmediatamente las siguientes reformas fundamentales, que buscan restaurar la fe y la confianza del pueblo americano en su gobierno:

Primero, exigir que todas las leyes que se aplican al resto del país también se apliquen por igual al Congreso.

Segundo, escoger una firma independiente y conocida para que audite las malversaciones, fraudes y abusos del Congreso.

Tercero, reducir el número de comités de la Cámara, y su personal contratado en 1/3.

Cuarto, limitar el mandato de todos los presidentes de comités.

Quinto, prohibir el voto por delegación en los comités.

Sexto, exigir que las reuniones de los comités sean públicas.

Séptimo, exigir una mayoría de 3/5 para aprobar cualquier aumento de impuestos.

Octavo, garantizar una contabilidad honesta de nuestro presupuesto federal implementando el equilibrio cero del mismo.

Por lo tanto, en los primeros 100 días del 104 Congreso presentaremos los siguientes proyectos de ley, para que sean debatidos públicamente, votados clara y limpiamente y cuyo texto será disponible para que la opinión pública pueda estudiarlos y analizarlos.

1. *La Ley de Responsabilidad Fiscal*: una enmienda constitucional sobre el equilibrio presupuestario y la limitación de impuestos y la posibilidad de veto presidencial sobre aspectos concretos de las propuestas legislativas que restaure la responsabilidad fiscal en el Congreso, obligándole a vivir bajo los mismos límites presupuestarios que sufren las familias y las empresas.

2. *La Ley de recuperación de nuestras calles*: un paquete legislativo anticrimen que aumente las penas, elimine los eximentes por "buena fe", aplique efectivamente la pena de muerte y desvíe parte de fondos sociales previstos en la ley anticrimen aprobada en verano para la construcción de cárceles y otras medidas penales que aseguren que la gente pueda vivir sin peligro en sus barrios y los niños estudiar en sus colegios.

3. *La Ley de Responsabilidad Personal*: desalentar los embarazos ilegítimos y de adolescentes reduciendo las ayudas sociales y aplicando un duro programa que limite a dos años las ayudas, exigiendo la búsqueda de trabajo, para promover la responsabilidad personal.

esta orientación poniéndose en manos de una supuesta izquierda demócrata, representada por Hillary Clinton. Su receta es buscar la iniciativa política en aquellos campos en los que la Presidencia puede actuar sin el acuerdo del Congreso, como la política exterior, y desmontar el programa de política interna republicano adoptándolo y obligando al Congreso a llegar a acuerdos bipartidistas a los que no se puedan negar. El primer efecto de esta orientación ha sido la propuesta de Clinton de una reducción demócrata de impuestos para la "clase media" (500\$ por hijo, incentivos para las pensiones privadas y para la educación universitaria), por valor de 60.000 millones de dólares en cinco años.

Para los sectores más liberales del Partido Demócrata, es inútil intentar competir en este campo con los republicanos ni hacer concesiones en el recorte de los programas sociales, porque simplemente les empujara a la derecha, en una presión creciente sobre la Casa Blanca. Pero también es inútil volver a intentar poner en marcha el programa de 1992, por el bloqueo del Congreso y el ambiente político

4. *La Ley de Reforzamiento de la Familia*: asegurar el pago de pensiones a los hijos de familias divorciadas; incentivos fiscales a la adopción; defensa de los derechos de los padres en la educación de sus hijos; duras leyes contra la pornografía infantil; y subvenciones fiscales para el cuidado de los ancianos dependientes que permitan reforzar el papel central de las familias en la sociedad americana.

5. *La Ley de Restauración del Sueño Americano*: 500\$ de subvención fiscal por hijo; acabar con la penalización fiscal en la declaración conjunta de matrimonios; y creación de las cartillas de ahorro para el Sueño Americano, que permitan exenciones fiscales a la clase media.

6. *La Ley de Restablecimiento de la Seguridad Nacional*: No al despliegue de tropas de EE UU bajo mando de NN UU y restablecimiento de las partes fundamentales del presupuesto de seguridad nacional para reforzar nuestra defensa nacional y mantener nuestra credibilidad en el mundo.

7. *La Ley para la Equidad de los Ciudadanos de la Tercera Edad*: aumentar el límite de ingresos extras compatibles con el derecho al cobro de pensiones, para evitar que sean excluidos del mercado de trabajo; derogar el incremento impositivo de 1993 sobre beneficios de la seguridad Social; y aprobar incentivos fiscales para promover los seguros de cuidados privados a largo plazo, para que las personas mayores puedan conservar una mayor parte de sus ahorros.

8. *La Ley para el impulso del empleo y la mejora de los salarios*: incentivos fiscales para los pequeños negocios; recorte de los impuestos sobre beneficios del capital; reforzamiento de la Ley de Regulación Flexible; y reforma, sin presupuesto adicional, del mercado de trabajo.

9. *Ley de reforma del sistema legal*: leyes de costas a cargo de los culpables; imposición de límites de las reclamaciones en relación al daño causado; reforma de la ley de defensa del consumidor para acabar con la judicialización de la sociedad.

10. *La Ley para una legislatura de los ciudadanos*: voto, por primera vez, para establecer límites en el mandato de los políticos, para sustituir a los políticos profesionales por ciudadanos.

creado por la victoria republicana. Su estrategia es responsabilizar al nuevo Congreso republicano de la creciente polarización social, bloquear y vetar sus iniciativas legislativas. El nuevo presidente del Partido Demócrata, Christopher Dodd, ha sido designado recientemente para contentar a este sector.

Las conclusiones no son difíciles de sacar, como desgraciadamente tampoco lo fueron hace dos años. El bloqueo político será constante en medio de una creciente polarización social, y las expectativas de una gran reforma y regeneración internas despertadas en 1992 seguirán hundiéndose, mientras Clinton busca en la política exterior una iniciativa política que le está vedada en el frente interno por el Congreso. Pero la presión de la nueva derecha republicana puede empujarle continuamente, también en ese terreno, a contradicciones. Y las elecciones de 1996 tendrán lugar en medio de una frustración aún mayor que las de 1992.

Hasta para la clase dirigente de la única superpotencia mundial empieza a ser difícil adaptarse al nuevo desorden mundial.



3 miradas

Voces

“Cementerio clandestino” en Río Negro (Guatemala)



Rito



Memoria



Búsqueda

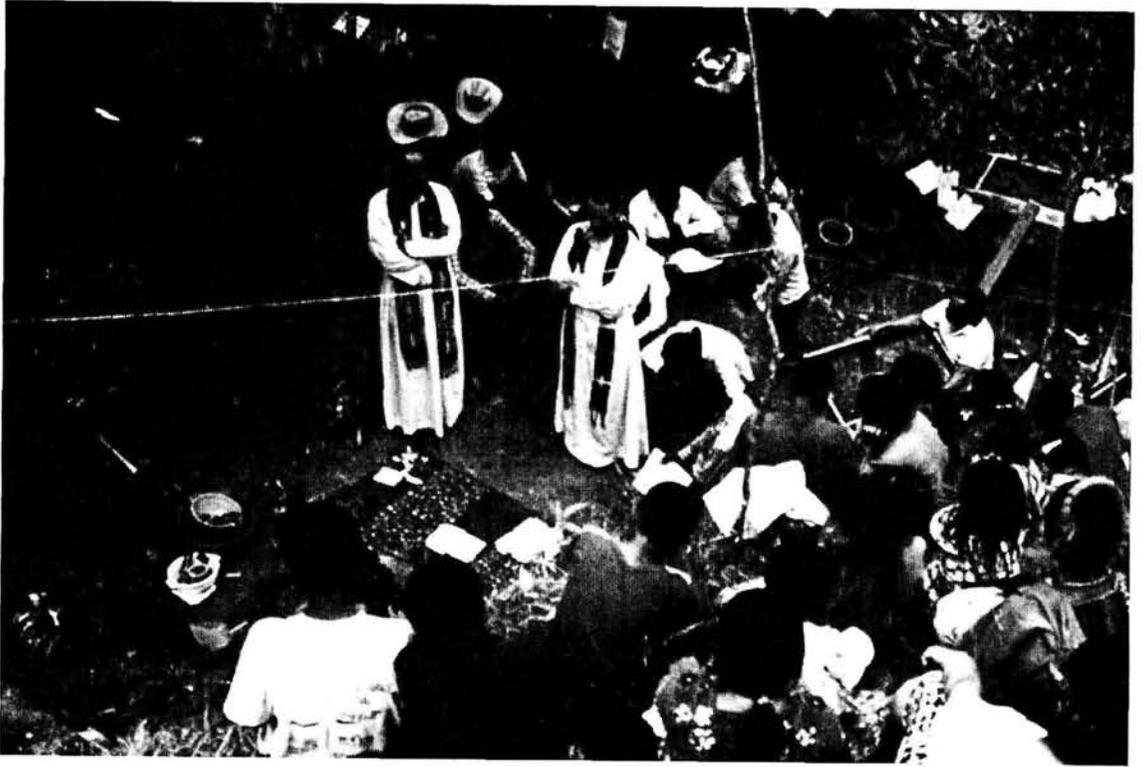


Vida



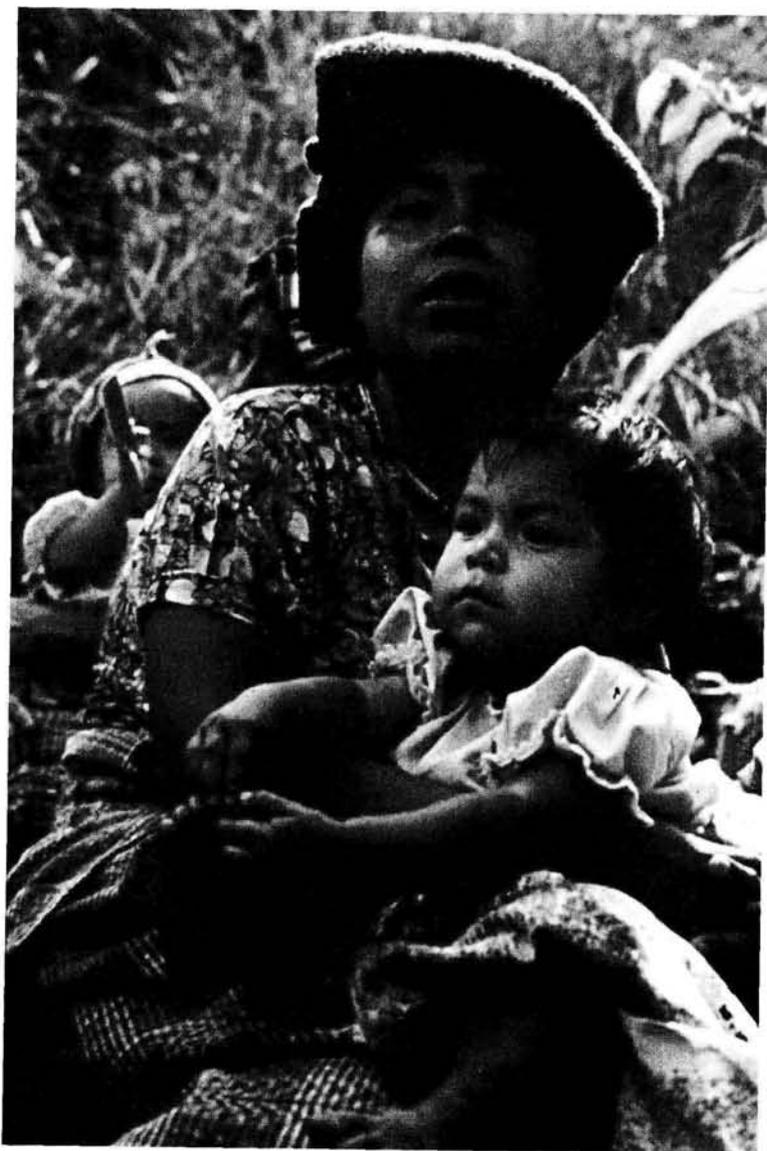
Muerte

Fotos de Gilmar Samoes











1 Repensar la violencia

Violencia y poder

Robert F. Litke

La violencia es intrigante. Se la condena universalmente pero se la encuentra por doquier. La mayoría de nosotros esta fascinado por ella y a la vez la detesta. Es un ingrediente esencial en nuestro ocio (en los cuentos para niños, la literatura o el cine) y una característica de muchas de nuestras instituciones. En muchas partes del mundo es algo común en nuestra vida familiar, la religión o la historia política. Espero poder explicar algunas de las características de este fenómeno examinando las relaciones que existen entre violencia y poder.

I

El primer aspecto a considerar es el significado del término "violencia". Etimológicamente, "violencia" significa "ejercer la fuerza" sobre algo. Pero hay multitud de medios para ello. De hecho, toda acción humana puede ser descrita así. El concepto solo nos será útil si podemos definirlo de una manera más concreta.

Empezaré por pasar revista a algunos intentos en este sentido. Las primeras dos acepciones del *Random House Dictionary of the English Language* revelan tres elementos: 1) la idea de intensidad (como en una tormenta); 2) la idea de daño (como una muerte por accidente); 3) la idea de fuerza física. Es significativo que este diccionario no defienda la idea de que el daño debe ser siempre el resultado de una fuerza física si se quiere utilizar correctamente la palabra "violencia". La sexta acepción trata de daños producidos por una distorsión del significado o de un hecho (como en "la traducción violentó el original"). Estos elementos permiten una visión filosófica distinta de lo que es la violencia.

Robert Audi, por ejemplo, utiliza los dos primeros elementos y propone que la

violencia es un ataque vigoroso contra, o el abuso de, una persona por medios físicos o psicológicos. Defiende su argumento enumerando toda una serie de maneras, tanto físicas como psicológicas, en las que es posible ejercer la violencia contra la gente. Más común es encontrar en la literatura filosófica una concepción reduccionista de la violencia que implica los tres elementos: la violencia causa daño mediante la utilización de una gran fuerza física. Y, en algunos casos, se añade un cuarto elemento: que el daño sea intencionado o premeditado.

Sin embargo, nos situamos en otra perspectiva filosófica si se amplía, como Garver y Holmes, el significado de violencia tomando en consideración a las personas dañadas. Dado que las personas pueden ser gravemente dañadas, tanto física como psicológicamente, se podría confundir su punto de vista, en un primer momento, con el de Audi. Pero el dañar a una persona puede ser algo muy sutil y no sólo el resultado de un ataque masivo, así que los casos que se puedan proponer son diferentes a los que se desprenden de la definición de Audi. Ello es así porque el ejercer la violencia esencialmente en función del daño que se quiere causar a una persona requiere un cambio sustancial de perspectiva. En vez de pensar sobre la violencia haciendo hincapié en la naturaleza de la fuerza que se aplica y en el agente que la ejerce, se subraya ahora los efectos que puede tener en la persona que la sufre. En definitiva, requiere enfocar la atención no en el verdugo sino en la víctima.

Garver sugiere que tratemos la violencia no como el resultado de la fuerza física si no como el acto de dañar a una persona. Demuestra como las personas pueden ser dañadas tanto corporalmente (violencia física) como en su capacidad para tomar sus propias decisiones (violencia psicológica), y también como cada tipo de violencia adquiere formas tanto personales como institucionalizadas. He aquí algunos ejemplos de acuerdo con estos esquemas, aunque en la vida real las cosas no pueden categorizarse de una manera tan simple. La violación no es solamente un ataque a la integridad física y corporal de alguien, sino que también suele tener efectos devastadores con posterioridad en la capacidad de las personas para tomar decisiones correctas sobre su vida sexual. Y tanto en el terrorismo como en la guerra tan importante es coercer la capacidad de decisión del adversario como ejecutar con éxito el ataque físico. Lo fundamental en todos los ejemplos de Garver es que implican la vulneración, al menos, de dos derechos humanos básicos:

1. el derecho a la libre determinación sobre nuestro propio cuerpo y sobre lo que se hace a nuestro cuerpo;
2. el derecho a tomar nuestras propias decisiones y responsabilizarnos de las consecuencias de nuestros propios actos.

Garver fundamenta su análisis de la violencia en una práctica moral específica: la evaluación de la conducta en términos de derechos humanos fundamentales. Podemos tener una idea más ajustada de la diversidad si nos centramos en el problema de que hay de común en estas dos formas de violencia básicas.

Mucho de lo que somos depende de nuestra capacidad para actuar cooperativamente con otros. De ello depende nuestra supervivencia física. Esta interdependencia es también fundamental en nuestra vida cultural. Nuestras estructuras sociales, y mucho de nuestra propia concepción del "yo" son el resultado de nuestra capacidad de interacción. Creo que se puede decir que lo que nos resulta

más valioso en esta vida es el resultado creativo de nuestra capacidad de interacción sistemática, compleja, diversa y sostenida.

Sin embargo, nuestra capacidad de interacción con los otros depende de nuestra capacidad previa como individuos para actuar. Y en el corazón mismo de nuestra capacidad para actuar residen las dos clases de capacidad sobre las que se basa el análisis de Garver: nuestras habilidades corporales y nuestra capacidad de tomar de decisiones. Sin éstas, las diferentes matrices de interacción de las que nos beneficiamos no podrían existir claramente, el hecho de incrementar o reducir la capacidad de alguien para interactuar así se proyectará durante toda la vida del individuo sobre su propia cultura. Por lo tanto, es esencial que esta capacidad sea protegida especialmente.

Así lo hacemos al definir el concepto de violencia. Utilizamos el término para censurar que la capacidad de una persona para actuar e interrelacionarse corporal y psicológicamente, sea reducida o destruida por otra persona. Lo esencial en la violencia es que incapacita a las personas de una manera tan fundamental que tiene un efecto cascada en muchas direcciones y durante mucho tiempo. Lo peor de la violencia es que debilitamos con ella la trama sobre la que se construye lo que somos como individuos, comunidades y cultura. Me asombra, por lo tanto, que elijamos con tanta frecuencia dañar a las personas de una manera tan fundamental y profunda cuando finalmente terminará por afectarnos de una manera autodestructiva.

II

En su sentido más general la palabra poder significa simplemente "capacidad para actuar". Esta es, por ejemplo, la primera acepción de la voz "poder" en el *Random House Dictionary of The English Language*. Y esta es más o menos la definición que ofrece Thomas Hobbes de poder en su *Leviatán*: poder es simplemente la capacidad de satisfacer nuestros propios deseos. Dado que hay innumerables maneras de actuar, debe haber también un sinnúmero de formas de poder. Tan general es este significado inicial de poder que raramente tenemos la oportunidad de utilizarlo. Más frecuente es el segundo significado, que exige que tengamos alguna capacidad específica como, por ejemplo, "poder para hablar". Me aproximaba a esta noción de poder cuando sugerí, en la primera parte de este artículo, que la violencia podía ser considerada como la incapacitación de las personas en dos aspectos generales: sus capacidades corporales y su capacidad para tomar decisiones. Me referiré a estos dos significados como *poder-1* y *poder-2*.

Pero es a un tercer significado de poder al que debemos recurrir si queremos comprender por qué la violencia es un fenómeno generalizado: el poder como dominación, es decir, el poder como la capacidad para controlar o ejercer poder (*poder-3*). No solamente merece este significado una acepción específica en el diccionario si no que además es la noción más común de poder en el contexto político desde hace tres siglos. C.B. Macpherson resume así este aspecto de nuestra historia intelectual occidental: "La literatura política moderna, desde sus inicios con Maquiavelo y Hobbes hasta los empiristas en el siglo XX, trata fundamentalmente del problema del poder, entendido de una manera amplia como

la capacidad de los hombres para obtener lo que desean a través del control de otros. Hobbes lo resumió sucintamente en 1640... La interpretación reductiva del poder como poder sobre otros, se hizo más explícita en el siglo XIX. El momento culminante fue su definición por James Mill en 1820... Cuando nos adentramos en el siglo XX, con sus teorías políticas empíricas, nos volvemos a topar con la misma asunción de que el único poder realmente importante, desde cualquier punto de vista político, es el que ejerce un hombre o un grupo sobre otros”.

Un ejemplo representativo del pensamiento del siglo XX es la obra de H.J. Morgenthau, el padre del “realismo político”. En las primeras páginas de *The Politics of Nations* encontramos la siguiente declaración: “El poder puede afectar a todo aquello que establece y mantiene el control de un hombre sobre otro”. Por lo tanto, el poder se refiere a cualquier relación social que sirva a este fin, desde la violencia física a la más sutil presión psicológica por la que una mente controla a otra. El poder es la dominación del hombre por el hombre tanto cuando está disciplinado por fines morales y controlado por salvaguardias constitucionales, como en las democracias occidentales, como cuando es ilimitado y bárbaro, sin otra ley que su propia fuerza y sin otra justificación que acumular más poder.

La hipótesis inicial de trabajo de los políticos realistas es que la actividad política a cualquier nivel es una forma de la lucha universal y permanente para dominar y no ser dominado. No intento cuestionar semejante postura. Creo que esta lectura de la historia política es valiosa. Por tanto, acepto que el poder como dominación seguirá siendo un hecho central en nuestra vida social y política en un futuro previsible. Lo más destacado de la definición de Morgenthau del poder como dominación es que le sitúa al borde de aceptar que cualquier actividad política es inevitablemente violenta (de acuerdo con la definición de violencia de Gaver). Estamos entonces ante una paradoja: una finalidad esencial de la actividad política es la de incrementar nuestra capacidad de interacción para mejorar nuestras vidas; pero la violencia (tal y como la he definido), reduce y limita claramente esta capacidad. El desafío, por lo tanto, es descubrir formas de actividad política que eviten o por lo menos disminuyan la posibilidad de perjudicarnos a nosotros mismos mediante la violencia. Este era el problema al que se enfrentó Hobbes en el Leviatán. A continuación haré un breve resumen de su brillante exposición.

El punto de partida es que continuamente nos enfrentamos a deseos insatisfechos. Por tres razones fundamentales. En primer lugar, muchos deseos son recurrentes, como el deseo de comida o sexo. En segundo lugar, no existen límites imaginables a lo que los seres humanos pueden desear. Los lujos de hoy son las necesidades básicas de mañana en la medida en que nuevas necesidades emergen en el horizonte de nuestros deseos. En tercer lugar, algunos deseos son, en principio, insatiados. Como por ejemplo, nuestro deseo de lealtad, fidelidad y seguridad. En la medida en que deseamos este tipo de cosas, queremos aquello que no estamos seguros de llegar a tener, es decir, que el futuro podrá o no proporcionarnos. La conclusión general de Hobbes es que mientras estamos vivos nunca llegamos a estar satisfechos del todo. Lo resume de esta manera: “No existe cosa parecida a una tranquilidad perpetua de la mente mientras vivimos en este mundo; porque la vida no es sino cambio y no puede existir sin el deseo”.

El segundo punto es el siguiente: dado que nuestros deseos no tienen fin,

tampoco existen límites a nuestra necesidad de medios para satisfacerlos. En otras palabras, nuestros deseos sin límite genera en nosotros un deseo insaciable de *poder-1*. Hobbes se refiere explícitamente a este segundo punto en el capítulo XI del Leviatán: "Considero una inclinación general de todo el género humano el deseo perpetuo y permanente de poder por el poder, que sólo cesa con la muerte". Sólo cuando termina el deseo llega al fin nuestra necesidad de *poder-1*.

El tercer punto es que en la competencia que se produce naturalmente en cualquier sociedad, nuestro ilimitado deseo de *poder-1* inevitablemente genera en nosotros el deseo de dominar (*poder-3*). De acuerdo con Hobbes, la sustancia de nuestro poder reside en nuestras capacidades corporales y mentales y en los poderes que adquirimos posteriormente gracias a ellas en forma de riquezas, reputación, amigos, etc. Estos son los medios por lo que podemos controlar nuestra situación, ahora y en el futuro, para poder satisfacer así nuestros deseos. Sin embargo, la eficacia de la capacidad para satisfacer nuestros deseos (*poder-1*), está determinada, no solamente por la sustancia, sino también de acuerdo con el grado en el que nuestro control de la situación (para que sirva a nuestros fines) pueda sobreponerse al control que tienen otros (para que sirva a sus propios fines). Hobbes comprendió que nuestros deseos pueden chocar con los de otros. El *poder-1*, en estos casos, es la capacidad para prevalecer. En otras palabras, el *poder-1* debe incluir la habilidad para dominar (*poder-3*). Si no, no es poder. Se deduce, por lo tanto, que nuestra necesidad ilimitada de *poder-1* genera en nosotros un insaciable deseo de *poder-3* bajo condiciones de competencia real o posible.

Una de las conclusiones que se desprende, que es totalmente hobbesiana aunque Hobbes nunca la hiciera explícita, es la siguiente: la dominación es un juego suma-cero; mi ganancia en la habilidad para imponerme al control de otros en esta situación creada por nuestra competencia de deseos, equivale a una pérdida en su habilidad para escapar a mi control de la situación. Por lo tanto, competimos no solamente al nivel de nuestros deseos iniciales si no también a un segundo nivel, el de nuestro deseo de ser dominantes. Como hemos descubierto recientemente en relación con la carrera nuclear de las superpotencias, cuando dos partes compiten por la dominación, su necesidad de *poder-3* debe crecer si no quieren ser derrotados. Esta es una causa independiente de porque es insaciable nuestra necesidad de *poder-3*.

El cuarto punto, que es una elaboración propia que se desprende de la posición de Hobbes, es que la búsqueda y el ejercicio del poder de dominación tiende a cegarnos ante los efectos auto-perjudiciales que algunas veces se asocian a la dominación. Nuestros actos siempre tienen efectos colaterales. En el supuesto de Hobbes, el de la interacción social, el deseo de segundo nivel de dominar tiende a centrarnos en nuestra capacidad para controlar a otros para satisfacer nuestros deseos más relevantes de primer nivel. Pero precisamente esta prioridad tenderá a excluir de nuestro enfoque, tanto los efectos inmediatos como los que tienen lugar a largo plazo en aquellos a quienes dominamos, así como los efectos inmediatos y a largo plazo causados en el contexto más amplio en el que tiene lugar nuestra actividad. Podemos asumir con cierta seguridad que estos efectos colaterales sobre otros y sobre el contexto se producen, pero sólo los consideraremos importantes en la medida que percibamos que tienen, a su vez, efectos en nuestra capacidad real

para dominar. Tendemos a no considerar todo lo demás. Y con frecuencia suele ocurrir que estos efectos colaterales imprevistos tienen consecuencias devastadoras en nuestros proyectos de futuro para la satisfacción de nuestras necesidades.

Esta es precisamente la preocupación de Hobbes en el Leviatán. Comprendió que priorizar exclusivamente el ser capaces de hacer lo que uno quiere y de ser capaces de dominar a los otros cuando intentan evitar que hagamos lo que queremos, puede conducir a la quiebra general de la sociedad civil y al estado que él llama guerra: "La competencia por la riqueza, el honor, el mando, u otro tipo de poder, llevan al desprecio, la enemistad y la guerra. Porque el camino de nuestros competidores para alcanzar sus deseos es el asesinato, la subyugación, el suplantamiento o la marginación de los otros".

Y con la pérdida de la sociabilidad, perdemos el acceso a la mayoría de los beneficios de la vida civilizada que, de acuerdo con Hobbes, incluyen la agricultura, el transporte, la manufactura, el conocimiento, las artes y la literatura. Paradójicamente, perdemos la capacidad para satisfacer el grueso de nuestros deseos porque enfocamos de manera demasiado estrecha los medios para su satisfacción hasta el punto de excluir los efectos colaterales que puede sufrir el contexto social en su conjunto. Sin duda, Hobbes está en lo cierto. Una sociedad sólo puede absorber una cantidad limitada de actividad competitiva. Hobbes argumenta que sólo podemos evitar semejante desastre si podemos diseñar medios adecuados para la preservación de los fundamentos sociales más generales que hacen posible la vida civilizada y la búsqueda de la satisfacción de nuestros propios deseos. De hecho, su posición es que somos tan poco de confiar al respecto que debemos someternos a una autoridad soberana que nos dicte de forma autocrática cuáles deben ser las normas sociales que nos coordinen.

Sea o no mi posición correcta, o la del propio Hobbes, en su escasa estimación de nuestra capacidad para crear y mantener las bases sociales más elementales, su conclusión final es indiscutible. Hay un desarrollo inevitable y natural de poder a partir de la inocua capacidad de satisfacer nuestros deseos más simples (*poder-1*) que empuja hacia una tendencia competitiva para dominar a los demás (*poder-3*) y ésta última búsqueda de poder, es una fuerza socialmente destructiva que debemos controlar si queremos evitar la ironía y la frustración de una autoderrota completa en el intento de satisfacer nuestros deseos. Lo que nos queda por analizar es la conexión que existe entre violencia y dominación.

Desde un punto de vista estrictamente conceptual, el *poder-3* de dominación es neutral en relación a la violencia (en el sentido de Garver). Su objetivo es el control de otros no si los efectos de dicho control constituyen una violación de sus derechos. Pero es evidente, a partir de las citas a las que me he referido, que tanto Hobbes como Morgenthau asumen de manera prácticamente natural que en el campo de los asuntos humanos prácticos toda dominación tiende a ser violenta. Y no hacen de ello misterio alguno, porque una forma muy efectiva de controlar a la gente es reducirla, despojarla de su libre arbitrio a través del uso de la fuerza física o de la manipulación psicológica. Podemos señalar, por lo tanto, que no toda dominación es necesariamente violenta pero que, con frecuencia, así ocurre.

Hobbes es especialmente interesante al respecto. No solamente concibe el

problema en términos esencialmente violentos –la pulsión competitiva por dominar puede acarrear la completa destrucción de la sociedad en una guerra del hombre contra el hombre– si no que su propia solución es inherentemente violenta. Su prescripción para prevenir la guerra civil es la instauración de una autoridad soberana que tenga un poder absoluto de dominación en dos aspectos: el poder dictar a las personas cómo deben interactuar y el poder para asegurarse de que la gente así lo hará, bajo pena de muerte. Hobbes defiende, en concreto, que no podemos confiar que la gente tenga la suficiente inteligencia social como para coordinarse o que actúe con la suficiente motivación para evitar el caos social que la tendencia a dominar precipitaría en otro caso. Su solución, por lo tanto, es instaurar un régimen de violencia psicológica (en el sentido de Garver), en el que una autoridad central asuma toda la responsabilidad de decidir como deben interrelacionarse los miembros de la sociedad y por qué deben hacerlo. Pero ello solo puede debilitar la trama sobre la que se habrá tejido lo que quede de orden social. Lo mejor que podemos lograr por esta vía es un grupo bien regulado de individuos psicológicamente disminuidos, que deben comprender todos ellos que son incapaces de organizar su vida política y social para mejorar su suerte. Lo peor, es un grupo mal regulado de individuos incapacitados, porque ninguna autoridad central puede abordar de manera competente más que una fracción de la enorme complejidad que supone cualquier orden social humano. ¿No es ésta la lección que una y otra vez deben aprender todos los regímenes autoritarios?

Creo que el Leviatán de Hobbes, tanto en su planteamiento del problema como por la solución que propone, es un ejemplo paradigmático de por qué los seres humanos se derrotan así mismos cuando ejercen la violencia sobre otros.

No tengo más remedio que admitir que la argumentación de Hobbes de por qué no podemos evitar la búsqueda y el ejercicio del poder de dominar en la esfera política y social, me convence. También comprendo que la dominación tiende a ser violenta y que su preocupación por controlar tiende a oscurecer precisamente sus efectos colaterales violentos. Pero como no quiero admitir la idea de que la raza humana esté condenada para siempre a una lucha destructiva y autodestructiva, insisto en buscar formas de prevenir que la dominación se haga violenta y, por lo tanto, suponga nuestra propia derrota.

III

Hobbes estaba seguramente en lo cierto al creer que el poder de dominación debía limitarse si queremos evitar vernos arrastrados por la violencia a la auto-destrucción. Sin embargo, como hemos visto, se equivocaba al creer que ello sería posible simplemente dotando a una autoridad política del suficiente poder de dominación para dominar a todos sus súbditos políticos. Lo que, al parecer, no comprendió es que todo poder de dominación debe ser, por su propia naturaleza, limitado y que debe restringirse utilizando otros tipos de poder. Mi posición es que estos tipos de poder diferentes, para ser efectivos en su acción restrictiva, tienen que actuar de manera efectiva al nivel de la interacción social para tener una impronta en nuestras vidas (como lo tiene la dominación) y que nuestro deseo de que esos poderes actúen debe ser tan natural, inevitable y urgente como nuestro

deseo de dominar. Creo que poderes de este tipo podrían actuar como contrapeso a nuestra tendencia, insaciable y competitiva, a dominarnos los unos a los otros. Serían la parte esencial de lo que creo que debería ser una teoría general de los límites del poder, parte importantísima de cualquier esquema de organización general de la sociedad.

No soy capaz en este momento de ofrecer esta teoría. Pero confío que, en cualquier caso, ocuparán en ella un lugar destacado dos tipos de poder que abordaré inmediatamente: el poder concertado y el poder evolutivo. Cada uno de ellos pueden ser una barrera natural al poder de dominación.

En su interesante libro *Sobre la Violencia*, Hannah Arendt nos ofrece la siguiente definición: "El poder es el resultado de la capacidad humana de actuar, pero de actuar de común acuerdo. El poder no es nunca el atributo de un individuo; siempre pertenece a un grupo y existe en tanto el grupo se mantiene unido...Lo que hace que el hombre sea un ser político es su facultad de actuar; le permite llegar a un acuerdo con sus semejantes, actuar de común acuerdo, y proponerse metas y objetivos que de otra forma nunca hubiera podido imaginar, por no decir desear, si no se le hubiera otorgado este don: emprender algo nuevo".

No tenemos que admitir la sorprendente afirmación de Arendt de que los individuos no tienen poder. Nos basta con estar de acuerdo con la parte principal de su argumentación: que grupos de individuos pueden tener formas de poder, deseos y objetivos que no tendrían como individuos. Llamaré a este peculiar tipo de poder, señalado por Arendt, poder concertado.

Como señalé en la primera parte de este artículo, esta capacidad tiene un valor inestimable. No sólo nuestra supervivencia física sino también todo aquello que más valoramos en nuestra vida depende de nuestra capacidad de actuar de común acuerdo con los otros. Sin nuestra capacidad para interrelacionarnos de una manera compleja, diversa, sostenida y sistemática, el entramado global de las instituciones sociales y culturales que hacen posible la vida civilizada sencillamente no existiría. El conjunto de estos fenómenos existe gracias a nuestra capacidad para coordinarnos sistemáticamente aplicando códigos de conducta complejos que autolimitan nuestra conducta. Mas aún, parece que somos capaces de aprender creativamente cómo hacerlo de múltiples maneras. ¿Quién se atrevería a defender que es imposible ya encontrar nuevas formas de organizarnos en áreas como la estética, la política, la agricultura, la ciencia... que hemos agotado todas nuestras posibilidades?.

Como hemos señalado antes, un objetivo fundamental de la actividad política es aumentar nuestra capacidad de interacción para mejorar nuestras vidas. Enriquece nuestras vidas al incrementar nuestra capacidad para satisfacer nuestros deseos, nuestro *poder-1*, a través de la acción común. Parece obvio que si se disminuye la capacidad de los individuos de participar en esta forma de interacción, todos salimos perjudicados, algunas veces de manera violenta.

Si la reducción de la capacidad de interacción de las personas es o no un caso de violencia (en el sentido de Garver) dependerá de las consecuencias que tenga en la vida del individuo. Consideremos el sexismo y el racismo. Para ser violenta, la conducta racista y sexista debe de tener consecuencias de una cierta profundidad e intensidad. Por ejemplo, prohibir a una persona ingresar en un club de atletismo o

participar en una tertulia por su raza o su sexo puede ser injusto, pero probablemente no implique violencia. Sin embargo, hacer creer a alguien que carece de la inteligencia necesaria, debido a su raza o su sexo, para aprender los rudimentos básicos para ganarse la vida, haciéndole dependiente de otros de manera significativa, implica un ataque a su derecho a tomar sus propias decisiones (violencia psicológica) y puede, en ciertas situaciones, ser considerado también una violación de su derecho a decidir sobre su propio cuerpo (violencia física).

La calidad de vida de las personas, las comunidades y de toda una civilización disminuye en la misma medida que lo hace nuestra capacidad de interacción. Por lo tanto, podemos ver que, en general, no es deseable dominar a otros de manera que disminuya de forma gratuita su capacidad futura, y la nuestra, de interacción. Mi conclusión general es que nuestro deseo, natural y razonable, de dominar a los demás debe ser contrapesado con un deseo, también natural y razonable, de no disminuir (e incluso aumentar) la capacidad de los otros de interrelacionarse. El poder de dominación debe ser contrarrestado mediante un poder concertado, si queremos evitar un escenario en el que nosotros mismos salgamos perdiendo. Me ocuparé ahora del poder evolutivo.

Es evidente que la creación y el mantenimiento de estas distintas formas de acción común presuponen en nosotros capacidades corporales, intelectuales, emocionales, perceptuales e imaginativas muy importantes. Y aunque estas capacidades puedan surgir sólo en la propia interrelación social, siguen siendo atributos del individuo; son de hecho ejemplos paradigmáticos de *poder-2*. Considero estas capacidades el substrato físico y psicológico de varias formas de interacción antes mencionadas. Consecuentemente, si queremos disfrutar de los beneficios de esa interrelación, es decir de las ventajas de la vida civilizada, debemos proteger este substrato que la hace posible.

C. B. Macpherson se refiere a ello con su concepto de poder evolutivo: la capacidad de la gente de usar y desarrollar sus capacidades humanas esenciales. Su objetivo es desarrollar una teoría de la democracia y sugiere que las siguientes capacidades configurarían el poder evolutivo: "la capacidad de comprensión racional, de juicio y acción moral, de creación estética o contemplación, de las actividades emocionales de amor y amistad, y, algunas veces, de experiencia religiosa... la capacidad de una actividad controlada física, mental o estética, como por ejemplo la desplegada en la composición de música o en los juegos de habilidad".

La función primordial de esta noción de poder evolutivo es que se centra en los impedimentos que limitan el uso y el desarrollo de las capacidades humanas esenciales, que las ciencias sociales pueden ayudarnos a prever y superar. Para el asunto que nos concierne —como prevenir que la dominación nos acabe auto-perjudicando—, desearía que el concepto de poder evolutivo implicase todas aquellas capacidades humanas (tanto físicas como psicológicas) que son esenciales para nuestra participación en las distintas formas de interrelación a las que me he referido. Ello incluirá, obviamente, muchas de las capacidades de la lista de Macpherson. Podemos ver de manera inmediata, sin necesidad de entrar en detalles, que no es deseable el dominarnos los unos a los otros de manera que se limite gratuitamente nuestra capacidad de interrelación. Porque si yo domino a

otro de manera que sea imposible que este pueda interrelacionarse conmigo en el futuro (al destruir las capacidades que lo permitirían), pierdo la posibilidad de disfrutar de todos aquellos beneficios que podrían surgir de una interacción futura, incluyendo nuevas posibilidades de dominación.

Merece la pena señalar que es exactamente esto lo que hace que la violencia (en el sentido de Garver) sea una alternativa tan tentadora en ciertas situaciones. El incentivo es que si puedo limitar e incapacitar a otro a nivel corporal o de capacidad de toma de decisiones tendré un efecto sobre el que, como he dicho, se multiplicará en muchas direcciones y durante mucho tiempo. El incentivo es que puedo hacer frente a una situación de una vez por todas. Este es el atractivo del homicidio y la seducción del terror como solución de problemas. Mi conclusión sobre la violencia no es que nunca debamos recurrir a ella, sino que es un medio muy, muy caro de responder a los problemas humanos. Con frecuencia, sus desventajas superan a sus beneficios.

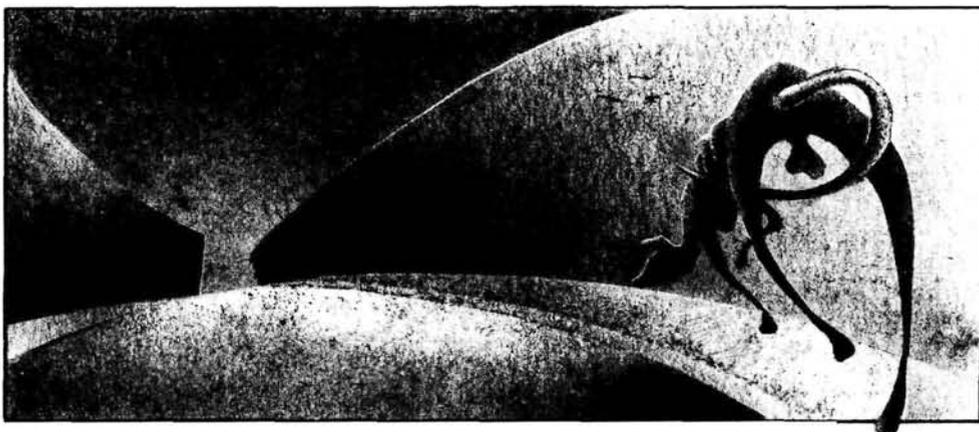
Mi segunda conclusión general es: nuestro deseo natural y razonable de dominar a los demás debe ser contrapesado por un deseo igualmente razonable y natural de no disminuir (sino quizás incrementar) el poder evolutivo de los demás. El poder de dominación debe ser limitado mediante el poder evolutivo, si queremos evitar la frustración del auto-perjuicio.

IV

Dominar significa controlar a otros, desplegar poder sobre ellos. Ésta es esencialmente su naturaleza; esta es la razón que lo hace a veces necesario. Algunas veces logramos ese poder incapacitando a otros. Si tiene o no carácter violento o si es o no conveniente, dependerá de tres condiciones: el tipo de poder del que se trate; nuestro concepto de la violencia; y nuestro criterio de lo que es conveniente. En este artículo he defendido la siguiente posición: es indeseablemente gratuito incapacitar a otros en su ejercicio del poder concertado y del poder evolutivo. He señalado que en algunos casos ello implica violencia (en el sentido de Garver). Sin embargo, mi intención ha sido considerar la posibilidad de que, dadas todas las circunstancias, pueda ser deseable en algunos casos limitar la capacidad de algunas personas precisamente de esa manera. He querido defender tan solo que, *prima facie*, es una imprudencia hacerlo así. Lo he hecho empujado por mi convicción de que mucha de la violencia de este mundo nace de la inconsciencia, falta de conocimiento y el error humano, o cosas parecidas, mas que de una maldad innata. Por ello he abordado este tema en términos de prudencia mas que desde el punto de vista de la moral. Estoy convencido que evitaríamos mucha violencia y nuestro propio perjuicio si fuéramos capaces de contrapesar nuestro deseo natural de dominar con dos otros deseos igualmente naturales: nuestro deseo de desarrollar y expresar capacidades esencialmente humanas y el deseo de actuar de común acuerdo.

INTERNATIONAL SOCIAL SCIENCE JOURNAL n° 132/1992

Traducción: G. Buster (versión extractada)



2 Repensar la violencia

Los medios de la emancipación

Imanol Zubero

Ralph Miliband ha escrito que por muy claro que sea el objetivo marxista cien años de debate han hecho que la cuestión de la estrategia para su realización sea el contencioso mayor de todos los temas dentro de la izquierda, plasmada en la confrontación de las vías “reformista” y “revolucionaria”, si bien él prefiere los términos “constitucional” e “insurreccional” /1. En opinión de Miliband, la discusión sobre los métodos de acción política que subyace a esta confrontación (participación parlamentaria o violencia) tiene menos que ver con los planteamientos teóricos que con la práctica histórica de la izquierda anticapitalista, llamando la atención sobre el hecho de que Lenin, autor que, junto a Mao, más veces es citado para justificar la necesidad de la violencia revolucionaria, no fue hostil a la participación parlamentaria en el marco de una estrategia revolucionaria hasta 1917: “lo que Lenin hizo como resultado de la guerra fue poner la política insurreccional a la orden del día, primero para Rusia y después, con el inmenso prestigio que la conquista del poder le confirió a él y a los bolcheviques, para el movimiento revolucionario internacional”.

¿Hacer de la necesidad virtud?

¿Podiera ser, entonces, que muchas teorizaciones sobre la violencia en la práctica emancipatoria sean en realidad teorizaciones *ex post facto*, que intentan universalizar experiencias históricas muy determinadas? En la temprana fecha de 1918, Rosa Luxemburgo ya advirtió de esta posibilidad al analizar el desarrollo del proceso revolucionario en Rusia /2. Tras justificar por las circunstancias en

1/ R. Miliband, *Marxismo y política*, Siglo XXI, Madrid 1978.

2/ R. Luxenburgo, *Obras escogidas*/Vol II, Ayuso, Madrid 1978.

que se produjo la revolución algunos de sus contenidos más negativos, como la constitución de una vanguardia dirigente o la aplicación intensa del terror por parte del gobierno de consejos –terror que no puede despacharse sin más recurriendo a la “perogrullada” (sic) de que “la revolución no es un baño de agua de rosas”–, señaló el peligro de pretender “hacer de la necesidad virtud y de consolidar teóricamente y proponer al proletariado internacional como modelo de táctica socialista, digna de imitación, esa táctica que a ellos les fue impuesta bajo condiciones tan desdichadas (...) en especial cuando tratan de acumular, como si fueran conocimientos nuevos, todos los disparates cometidos en Rusia bajo la necesidad y la presión y que, por otro lado, únicamente son reflejo de la bancarrota del socialismo internacional en esta guerra mundial”.

¿Todo vale en política?

Es probable, de todas formas, que el debate actual sobre los métodos de acción política en la izquierda no se mueva ya entre los parámetros señalados por Miliband. En las recientes elecciones autonómicas Herri Batasuna ha reivindicado el recurso a “todos los medios necesarios”, y desde mediados de 1990 se viene defendiendo la complementariedad de la lucha armada y la acción política, e incluso de aquella y la lucha de los movimientos sociales. El propio Gandhi, junto a algún Papa, ha pasado sorprendentemente a formar parte de la iconografía del MLNV. Si se trata de objetivos políticos, parece que todo vale. Los fines justifican los medios.

“21-VI-93, Madrid 8'15: Siete militares desperdigados. ¡Tomad dispersión! ETA”. Esto se podía leer en la puerta de uno de los retretes de la Universidad de Leioa durante todo el curso pasado. Al verlo, me volvió a asaltar la tentación de renunciar a cualquier intento de interpretar en términos políticos lo que ocurre en el interior del MLNV. Se trata de expresiones de pura maldad, que nada tienen que ver con la política: no denotan problemas políticos, sino problemas psicológicos. Pero la razón me impide quedarme en el estadio de la interpretación psicológica e individual. Ciertamente, el atentado de Madrid, la violencia de ETA en general, se relaciona objetivamente con un problema político. Pero no de la manera en que se acostumbra a hacer desde el entorno de la organización armada.

Los portavoces de las distintas organizaciones que se alinean con el MLNV sólo se refieren al Pacto de Ajuria-Enea para proclamar a los cuatro vientos su fracaso o, últimamente, para recordar que en el texto del Acuerdo se hace referencia a la existencia de un “profundo contencioso vasco” que asimilan inmediatamente a contencioso político entre Euskal Herria y el Estado español. Acordemos que hay un problema político principal, y que éste consiste en la diferente interpretación que sobre el modelo de relación Euskal Herria-Estado español existe entre las distintas fuerzas políticas y sectores sociales. Convengamos incluso en que tal problema político encuentra su plasmación más evidente en la reivindicación del derecho a la autodeterminación, no recogido en la Constitución. Pero la falacia consiste en vincular, necesaria y universalmente, tal problema con el recurso a la violencia. Hay violencia, se dice, porque hay un problema político; demos pasos hacia la resolución del problema político y veremos cómo la violencia va

desapareciendo. Mientras tanto, la permanencia del problema político justifica el recurso a todos los medios.

Se trata de una interesada apropiación indebida del problema político. La violencia de ETA no puede legítimamente ponerse en relación (necesaria) con ningún problema político de los vascos, pues entre los ciudadanos y ciudadanas de éste país existen posturas distintas ante la relación con el conjunto del Estado. Ni puede ponerse en relación (necesaria) con ninguna reivindicación abertzale, pues son mayoría los y las abertzales que rechazan explícitamente el recurso a la violencia como estrategia política. Ni puede relacionarse (necesariamente) la violencia de ETA con ninguna reivindicación de izquierda, pues son mayoría las personas de izquierda que rechazan la estrategia violenta. Cuando desde el MLNV destacan lo del "contencioso", parecen ignorar que en el mismo Acuerdo se dice expresamente que cualquier referencia que en él se haga a problemas políticos del Pueblo Vasco "no puede entenderse en ningún caso ni como justificación del terrorismo ni como condición, contrapartida o moneda de cambio para el cese de la violencia terrorista, que no tiene ningún tipo de justificación en esta sociedad".

El "contencioso vasco" continuará vigente cuando ETA abandone las armas, claro que sí. Y su solución no será sencilla, pues el reconocimiento constitucional del derecho de autodeterminación es una cuestión de Estado, que exigirá el acuerdo de fuerzas políticas que no comparten, e incluso rechazan, los planteamientos de la autodeterminación. Pero que no siga el MLNV reduciendo su responsabilidad en los atentados amparados bajo el falso consuelo de que son "tristes consecuencias" de un problema de todo el Pueblo Vasco. Los atentados de ETA tienen que ver, exclusivamente, con la particular intelección que del contencioso político existente entre Euskal Herria y el Estado español hace el MLNV, porque sólo el MLNV relaciona necesariamente problema político y estrategia violenta. Generalizar las cosas no es sino pretender ocultar su responsabilidad. Responsabilidad política, si quieren, aunque no sólo. Son ellos los únicos que deben explicar por qué establecen dicha relación, del mismo modo que son ellos los únicos que deben enfrentarse a sus consecuencias.

A los movimientos sociales, espacios privilegiados para la auto/organización ciudadana, nos corresponde también denunciar con absoluta claridad el culto a la eficacia que se ha ido instalando en nuestra sociedad, contaminando incluso a organizaciones y personas que dicen trabajar por transformar las situaciones de injusticia.

La emancipación, víctima de la violencia

En raras ocasiones se analizan las dificultades a las que se enfrentan los proyectos emancipatorios desde el reconocimiento de la debilidad de los propios proyectos. Porque el recurso a la violencia descansa, en el fondo, en el desconocimiento de los procesos más profundos que configuran la realidad social. En la obra citada escribió también Rosa Luxemburgo: "La práctica del socialismo exige una completa transformación espiritual en las masas degradadas por siglos de dominación burguesas. Instintos sociales en lugar de instintos egoístas, iniciativa de las masas en lugar de inercia, idealismo capaz de pasar por encima de cualquier

sufrimiento, etc. Nadie lo sabe mejor que Lenin. Sólo se engaña completamente sobre los medios: decretos, poderes dictatoriales de los directores de fábrica, penas draconianas, reinado del terror, todo esto no es, en definitiva, sino métodos que frenan ese renacer. El único camino que a él conduce, es la escuela misma de la vida pública, la más ilimitada y amplia democracia de la opinión pública. Es justamente el terror lo que desmoraliza". Y con extraordinaria ceguera, se recurre a la violencia para "ensanchar" el espacio social de una debilitada práctica emancipatoria, sin reparar en que la violencia no hace sino desmoralizar (en el doble sentido de retraer y de truncar la relación medios-fines) cualquier propuesta emancipatoria.

Se forja así un círculo vicioso como resultado del cual la izquierda es la gran perdedora: la persistencia de la violencia debilita a la izquierda, esta debilidad hace inviables a medio plazo las transformaciones profundas, y esta imposibilidad se utiliza para argumentar la necesidad de la violencia para lograr transformaciones profundas.

En *Los justos* construye Camus la siguiente conversación entre dos terroristas en la Rusia zarista: (Dora) "Nos hemos hecho cargo de la desgracia del mundo... ¡Qué valor! Pero a veces me digo que es un orgullo que será castigado". (Annenkov) "Es un orgullo que pagamos con nuestra vida. Nadie puede ir más lejos. Es un orgullo al que tenemos derecho". (Dora) "¿Estamos seguros de que nadie irá más lejos? A veces, cuando escucho a Stepan, siento miedo. Quizá lleguen otros que fundarán su autoridad en nosotros para matar y que no pagarán con sus vidas". Hamás ha ido más lejos que la OLP... ¿Habrá todavía quien vaya más lejos que Hamás? ¿Y por qué no va a haberlo, si siempre tendremos fines que justifiquen el recurso a *todos los medios necesarios*?"



3 Repensar la violencia

La asignatura pendiente de la izquierda

Jonan Fernández Erdozia

Dice el sociólogo José Ignacio Ruiz de Olabuenaga, que la acción de ETA se puede enmarcar en el vigilantismo social, una intervención armada que surge en momentos de vacío de justicia. Dice también que como muchas otras organizaciones vigilantistas del mundo, ETA atraviesa un proceso de tres etapas: la etapa de admiración social, la etapa anodina y la etapa de oposición social.

El mismo sociólogo viene haciendo, desde 1975, una media de dos sondeos al año en Euskal Herria, sobre el fenómeno de la violencia. Desde los tiempos de Franco hasta nuestros días, el apoyo directo y abierto a la lucha armada siempre ha oscilado en una banda entre el 3 y el 6%. Sin embargo, los que no apoyando la lucha armada, la comprenden, representan un porcentaje entre el 12 y el 20%. Pudiéndose incluir en este grupo a sectores de la izquierda radical, de IU, de EA, de PNV y, en mucha mayor proporción, de HB

El apoyo real a ETA es similar ahora y en tiempos del *Generalísimo*. Probablemente, lo que ha variado es la actitud de oposición a este fenómeno. Ahora mucho más activa y organizada que hace 20 años.

La primera pregunta que, en mi opinión, debe plantearse la izquierda del Estado es ¿desde qué punto de vista debe analizar el fenómeno del uso de la lucha armada? Desde los principios éticos y morales, desde el sentimiento, desde la justicia de los objetivos que persigue, desde el análisis de las razones de fondo que dan lugar a esta práctica, o desde un punto de vista fáctico sobre su eficacia y utilidad en el momento actual.

Los principios éticos y morales representan una buena motivación íntima, personal y colectiva, son una buena guía y una inmejorable referencia, pero soportan muy mal un contraste con la realidad. El derecho a la vida es un derecho fundamental y prioritario, no cabe duda.

No obstante, en la práctica y a diario, los Estados y los particulares hacen prevalecer sobre el derecho a la vida y otros derechos fundamentales, principios como la defensa propia, la seguridad ciudadana, la propiedad privada o la defensa y unidad territorial de los Estados.

El Estado español ha utilizado secularmente diversas expresiones de violencia, coacción y amenaza contra Euskal Herria. En este mundo, se muere y se mata por un mendrugo de pan, por un pozo de petróleo, o por un territorio, sin el más mínimo cuestionamiento ético o moral.

Por mis propios principios éticos y morales, yo no puedo compartir esta realidad que acabo de describir, pero, honestamente, debe reconocer que los argumentos éticos y morales son poco persuasivos y convincentes.

El sentimiento tampoco creo que sea un argumento poderoso. En este conflicto cada parte se siente víctima de una violencia más grave y cruel que la que ejerce. Este es un fenómeno perfectamente constatado y en el que nadie se siente a falta de argumentos o pruebas de este sentimiento de acumulación de dolor y sufrimiento.

A algunos, tal vez, les resulte difícil entender esto. Téngase en cuenta, que en este conflicto hay una violencia, la de ETA, con un gran impacto audiovisual, que se

retransmite y se magnifica, y una violencia soterrada, la del Estado, sin cámaras, sin fotografías y sin testigos. Es muy distinta nuestra percepción ante la paliza a un Ertzaina que se puede ver 1.000 veces por televisión y la paliza a un preso o a un detenido en un furgón policial de la que ni siquiera tenemos el dato de su existencia.

El análisis de las razones de fondo que dan lugar a la lucha armada o la justicia de sus objetivos tampoco tiene una fuerza suficiente ante el uso de la violencia. La autodeterminación es un objetivo democrático y legítimo con un reconocimiento en el derecho internacional (los Pactos de derechos humanos de la ONU). La autodeterminación es un derecho democrático para el que en el marco jurídico-político actual no existen vías democráticas.

Objetivamente, la Constitución española presenta un déficit democrático. Incumple pactos internacionales de derechos fundamentales ratificados por el Estado. Por si esto fuera poco, el Título VIII de la Constitución designa al Ejército como el garante de la indivisible unidad de la patria española.

¿Dónde se debe poner el listón de justificación de la lucha armada o del uso de la fuerza? ¿En qué situaciones de injusticia y de déficit democrático sí y en cuáles no? Un terreno muy resbaladizo y ajustado a criterios muy relativos.

En mi opinión y sin desmerecer la importancia real que tienen todos los elementos de análisis anteriores, el punto de partida del análisis sobre el uso de la violencia en Euskadi se debe situar en un análisis fáctico, de eficacia y utilidad.

La norma de los hechos

La justificación del uso de la violencia se basa en un poder normativo de los hechos. Esto es así, aquí y en el polo opuesto del planeta. Si hacemos un análisis retrospectivo de la historia, comprobaremos cuantas situaciones consumadas se han asentado en el uso de la fuerza o de la violencia. Lo que importa de ellas no es cómo se han conseguido sino su poder normativo, su capacidad de transformar la historia.

La violencia de ETA se justifica por su poder normativo, por su capacidad de condicionar la situación actual y de transformar una injusticia histórica. Este es, en mi opinión, el punto de partida del análisis. ¿Hasta dónde llega esa capacidad? ¿Cuál es la predicción de evolución de esa capacidad normativa, condicionadora y transformadora?

Raimundo Panniker dijo que "las tensiones letales deben transformarse en polaridades creativas". Desde luego, no se trata de ir contra los conflictos y las crisis. Los conflictos deben ser reivindicados, son catalizadores y aceleradores de transformaciones en la historia.

Pero ¿qué ocurre cuando una confrontación violenta ya no libera energía positiva y constructiva, cuando lejos de acumular fuerzas sociales la perspectiva es la contraria? ¿Qué ocurre si como dice Panniker estamos en una tensión de perspectiva letal o si como dice el sociólogo Ruiz de Olabuenaga se han agotado las etapas de admiración y anodinas y el vigilantismo ha llegado a una fase de oposición?

¿Existen, en esta coyuntura, otros medios que tengan un poder normativo, condicionador y transformador mayor que la acción armada? ¿Existe la posibilidad de avanzar hacia un estadio más positivo y creativo para una posición nacionalista y de izquierda por otras vías?

Yo creo que sí. La estrategia del diálogo y la negociación es, en este momento, el instrumento normativo, condicionador y transformador menos malo. No se trata de concebir el diálogo o la negociación como la resultante de la relación de fuerzas de sus principales actores.

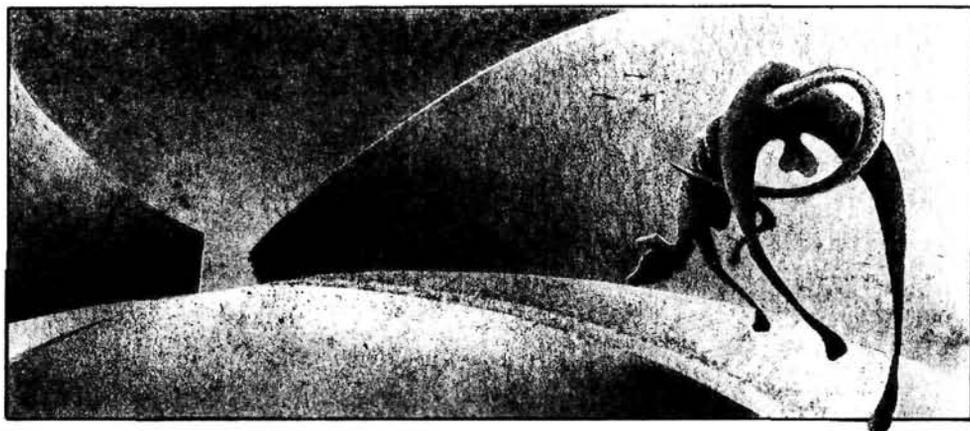
El diálogo debe concebirse como una estrategia superadora de las relaciones de fuerza. Para ello es necesario garantizar una participación activa y democrática de la sociedad. Este es, concretamente, el papel de Elkarri. La mesa de diálogo no sólo es el reflejo de la acumulación de fuerzas, el diálogo, si cuenta con una sociedad activa y comprometida con el mismo, redistribuye las fuerzas en sentido democrático.

El argumento más persuasivo y convincente frente al fenómeno del uso de la lucha armada se encuentra en este punto. En la demostración práctica de que la vía del diálogo tiene, en este contexto, una virtualidad transformadora mayor que la violencia. Algo de esto nos está enseñando el proceso irlandés. Hoy, el Sinn Féin, el IRA o el SDLP tiene una fuerza y una legitimidad social, política e internacional mucho mayor que hace unos cuantos meses. La estrategia del diálogo está redistribuyendo las fuerzas en sentido democrático.

En este punto es, también, en el que cabe mostrarse sumamente crítico con la izquierda española. En la transición actuó como mamporrero del Estado frente al problema vasco. Un error histórico de la izquierda, por haber permitido un cierre en falso de uno de los problemas claves que arrastraba el franquismo y que luego ha traído consecuencias dramáticas.

En los últimos 17 años, la aportación de la izquierda no ha ido más allá de sumarse al coro de las condenas y del testimonio ético contra la violencia. No ha presentado alternativas efectivas y no ha hecho aportaciones, ni ha tomado iniciativas para racionalizar este contencioso. Desde el más absoluto desacuerdo con el uso de la violencia de ETA, hubiera sido posible, por parte de la izquierda, una política alternativa, constructiva y singular que no se ha dado. La cuestión merece, sin duda, una profunda reflexión.

La izquierda española debería hacer una apuesta clara y rotunda por una estrategia de diálogo con todas las consecuencias. No basta con tímidas declaraciones de intenciones en documentos perdidos que van al archivo. La izquierda española corre el riesgo de ser más papista que el Papa, y no sólo eso, corre el riesgo de quedarse a la derecha del PSOE en este terreno.



4 Repensar la violencia

Lucha armada y desobediencia civil en los valores de la izquierda vasca

José Ramón Castaños

Para nadie es un secreto que la relativa legitimación social obtenida por ETA en el curso de sus 30 largos años de andadura histórica está vinculada a su reivindicación de los derechos nacionales del pueblo vasco. Ello explica ciertamente el enraizamiento social de ETA. Algo que no lograron las Brigadas Rojas en Italia, ni las FAR en Alemania, ni los Comandos Autónomos Anticapitalistas en Euskadi, ni tantos otros, como Iraultza por ejemplo, que ensayaron incluso métodos de acción armada menos violentos que los de ETA (exclusión del atentado mortal contra personas físicas). Pero ese solo hecho no convierte la acción de ETA en una estrategia válida, sino en un problema añadido, pues la reproducción de la cultura de la violencia a través del discurso abertzale en que se apoya, dificulta la expansión de otras formas de acción política necesarias para recomponer una mayoría social de izquierda en la sociedad vasca.

El debate sobre la violencia se desenvuelve hoy en un clima de incertidumbre producido por el agotamiento de una experiencia de la que no se han obtenido resultados prácticos, y el carácter hasta cierto punto agónico que en razón de ello está tomando la discusión, no parece ser el más adecuado para que podamos esperar de él otra cosa que no sea la penúltima fuga hacia adelante en un método de acción que se aleja cada vez más de lo racional para acercarse peligrosamente hacia el delirio.

De la violencia como derecho a la violencia como valor

ETA codifica su teoría de la lucha armada en una época histórica muy diferente de la actual. Eso es historia conocida, y no por quedar muy lejos en el tiempo hay que considerarla en desuso, pues entre las primeras formulaciones de la lucha armada realizadas por Krutwig y el equipo de Julen Madariaga en los años 1962-64; las tesis y los documentos del período comprendido entre la Vª Asamblea y el atentado contra Carrero Blanco (67-73), o la estrategia actual enfocada a presionar al Estado por medio de atentados mortales para que negocie la cesión de la autodeterminación nacional, sólo existen pequeñas modificaciones discursivas de adaptación a la época. El cuerpo central del discurso se mantiene inalterable pese al cambio de época histórica que se ha producido desde entonces. Esa fidelidad a un método de acción política: el atentado mortal contra personas físicas; a veces indiscriminado, que en las tradiciones culturales de la izquierda ha sido caracterizado siempre como "método terrorista", pero que aquí, en Euskadi, recibe el nombre eufemístico de "lucha armada para la liberación nacional", se presenta incluso como ejemplo de firmeza revolucionaria frente a otras izquierdas que han claudicado ante los cantos de sirena de la democracia parlamentaria.

Esa estrategia política se ha construido por referencia a todas las revoluciones y movimientos revolucionarios que han ido emergiendo en la historia, aunque tomando

únicamente de ellos los ingredientes que apoyan en apariencia la experiencia propia, o para establecer incluso un paralelismo mimético entre ellos y Euskadi. Se han ido sucediendo así las referencias a la "guerra revolucionaria" en China, Argelia y Cuba; a los movimientos guerrilleros de América Latina, y a los procesos de negociación en El Salvador, Palestina o Irlanda en nuestros días. De todos ellos y de la dilatada experiencia práctica acumulada por la propia ETA, el MLNV ha ido construyendo una cultura de la violencia revolucionaria que se reconoce a sí misma en una amplia gama de mitos cuya función mediática es innegable en el modo a como ella se reproduce entre un importante segmento de la juventud abertzale.

La cuestión nacional sigue formulándose hoy en los mismos términos mesiánicos a como se formuló ayer; no por referencia a la voluntad real del pueblo real, sino por referencia a un pueblo mitológico en lucha permanente contra la ocupación militar extranjera. A partir de ahí, se le atribuyen a todos los movimientos sociales, políticos y culturales que luchan en Euskadi por la transformación de la sociedad, el carácter de movimientos de "autodefensa nacional", aún cuando ellos mismos no se reconozcan como tales, y se asigna arbitrariamente a la propia ETA la función de "vanguardia armada" de un todo definido así mismo como Movimiento de Liberación Nacional Vasco.

Todas las referencias discursivas sobre el derecho a la violencia de autodefensa de los pueblos cumplen una importante función legitimadora de la lucha armada en el imaginario simbólico de la "cultura abertzale", pero no servirían por sí mismas para legitimarse socialmente si no fuesen acompañadas de una elevación de la lucha armada a la categoría de un valor ideológico. Se recurre para ello a una teoría de la acción política que intenta apoyarse en una de las principales ideas-fuerza sobre las que construyó su identidad diferenciada la extrema izquierda formada en el ciclo abierto por el mayo francés del 68.

Si el movimiento regeneracionista de aquella nueva izquierda fijó las líneas de ruptura con las tradiciones reformistas de los PSs y PCs en su oposición radical al Estado y en la percepción del mismo como un instrumento irreformable de dominación de clase, la política de ruptura revolucionaria con él fué llevada por ETA al terreno de la acción armada. Esa traslación de planos llega a identificar la idea de revolución con la práctica de la violencia ejercida más allá del tiempo, de la conciencia social o del estado de necesidad en que se encuentre una sociedad dada, atribuyéndole así una serie de virtudes míticas que por sí misma no tiene. De ella se dice, por ejemplo, que "cuestiona al Estado el monopolio de la violencia"; que "introduce conciencia revolucionaria allí donde los movimientos sociales sólo son capaces de construir conciencia reformista"; o que ella, virtuosa como ninguna, "arranca del Estado reivindicaciones sociales y políticas que los movimientos de masas son incapaces de lograr por sí mismos".

Para demostrar su "utilidad práctica" no se duda en reescribir la historia hasta adaptarla al mensaje ideológico que se quiere transmitir. Se presenta así el asesinato de Carrero Blanco y no la sucesión encadenada de manifestaciones y huelgas por toda la geografía española, como el punto de inflexión en la crisis de la dictadura franquista. La serie de atentados mortales contra los técnicos y las instalaciones de Lemoniz, y no los cientos de miles de personas que se manifestaron contra ella, son quienes consiguieron el cierre de aquel proyecto de

central nuclear, y lo que resulta más falaz aún, se atribuye a la acción armada de ETA el carácter de una lucha antimilitarista que lleva hasta sus últimas consecuencias la brecha abierta por los movimientos de insumisión y desobediencia civil contra el Ejército.

La violencia de ETA se nos presenta así no sólo como un derecho, sino también como un valor.

Una nueva época y unos nuevos valores

No cabe duda que ese discurso sigue ejerciendo un cierto poder de fascinación en importantes segmentos de la juventud abertzale, pero en su contraste con la realidad pueden observarse unos resultados prácticos opuestos a las virtudes que se les suponen.

Los problemas de identidad que atraviesan todas las izquierdas en todos los países a partir de la crisis simultánea de la economía capitalista y de los movimientos revolucionarios en los que fundamos las perspectivas de un cambio de civilización, han ensanchado la vieja contradicción en que se ha movido siempre la acción armada de ETA y la percepción que sobre ella tiene la mayoría de la sociedad vasca. En la Euskadi de hoy es constatable que esa mayoría identifica a ETA como un símbolo de muerte y rechaza los atentados como un método de acción política que no se justifica por referencia al derecho de autodeterminación. Un derecho que, dicho sea de paso, esa misma mayoría considera como propio pero por el que no está dispuesta a luchar hasta sus últimas consecuencias.

No hay en ese rechazo una traslación al Estado de la legitimidad para hacer uso indiscriminado de la violencia que concentra en su poder, lo que demuestra a su vez que la oposición social a ETA no está fundada en ideologías reaccionarias. Eso es algo que no se lo debemos precisamente al MLNV ni a las “instituciones democráticas”, sino a esa otra izquierda social en la que ha germinado una nueva cultura política que transmite a la sociedad unos valores confrontados simultáneamente al discurso ideológico del Estado y a la cultura de la violencia revolucionaria tal y como ha sido codificada por ETA.

Sus portadores son los nuevos movimientos sociales que desde la ekología, el feminismo, la desobediencia civil y el antimilitarismo, están renovando el ideario de las izquierdas alternativas. Ellos han hecho del pacifismo radical un nuevo valor, introduciendo en la sociedad vasca un rasgo de racionalidad como no había tenido hasta entonces.

Esos nuevos valores reclaman coherencia entre fines y métodos; algo que no existe precisamente en ETA, y promueven una nueva forma de acción política que disputa el poder al Estado desde la desobediencia civil ejercida por los propios ciudadanos. Es precisamente en ese ejercicio de desobediencia, fácilmente extensible y generalizable a la participación de la mayoría social, y no en el “poder alternativo” de las armas de ETA, donde se está cuestionando socialmente el “monopolio de la violencia que el Estado se reserva para sí mismo”. Este sólo ejemplo debiera servir para entender que la cualidad de los métodos de lucha deriva únicamente de su validez para incorporar a la acción política al mayor número de ciudadanos posibles. El grado de violencia que puedan adquirir unos

métodos de lucha impulsados sobre la base de ese criterio, es imponderable "a priori", en la medida en que depende de factores contingentes al desarrollo de la lucha de que se trate. La dinámica de los piquetes de huelga, de las ocupaciones de tierras, del bloqueo de instalaciones militares o nucleares, por ejemplo, es ilustrativa de esa dialéctica, recuperada hoy para la izquierda por esos nuevos movimientos sociales.

Tiene razón la dirección de ETA cuando afirma que abandonar las armas sin obtener a cambio la autodeterminación nacional equivale a una derrota de su proyecto político, pero se olvida de considerar que esa derrota se ha producido ya tiempo atrás, desde el momento en que fué reconocible el rechazo de la mayoría social a sus métodos de acción política. Nos satisface comprobar que el vacío dejado por esa derrota no ha sido llenado por una expansión adicional de ideologías de derecha sobre la sociedad, sino por el despegue de unos nuevos valores que incorporados al discurso de la izquierda pueden rescatar la idea olvidada de revolución, reconciliándola con la razón y con la ética de sus aspiraciones de emancipación. En ellos depositamos la esperanza.



5 Repensar la violencia

Violencia, género y cambio social

Christine Alder

La discusión en nuestras sociedades sobre la violencia suele centrarse en los crímenes violentos que recogen las estadísticas judiciales: asaltos, robos y homicidios. La mayor parte de estos crímenes son, con frecuencia, interraciales e interclasistas: los inculpados y sus víctimas suelen pertenecer a los sectores económicamente oprimidos de nuestra sociedad. Estos crímenes son causa de gran sufrimiento humano y desgracias personales y, por lo tanto, suelen provocar una cuidadosa investigación. Sin embargo, hay muchas formas de violencia en nuestra

sociedad, algunas de las cuáles se dan por asumidas: en casa, los padres pegan a sus hijos; en el campo de juego, los deportistas se agreden. Otras formas de violencia interesan cada vez más a la opinión pública, pero no se las considera delitos penales: en el trabajo ocurren "accidentes" laborales; nuestros barrios sufren graves contaminaciones medio-ambientales; nuestros gobiernos hacen la vista gorda ante ciertas prácticas policiales; por no hablar de la violencia desatada por las guerras. El objetivo de este artículo es pasar revista, brevemente, a las implicaciones de ciertos cambios sociales en las causas de la violencia y su posible reducción.

La liberación de la mujer

La emancipación o liberación de la mujer ha sido uno de los temas mas populares en las recientes discusiones sobre las implicaciones del cambio social en las causas de los crímenes violentos (Smart 1976). La obra de Freda Adler (1975), *Hermanas en el Crimen*, es un ejemplo de la siguiente tesis: las mujeres están cometiendo mas crímenes violentos; la violencia criminal es masculina; las mujeres se están masculinizando como consecuencia de la liberación de la mujer.

Naffine (1987) ha resumido la amplia literatura escrita en respuesta a Adler. Un análisis mas detallado de las estadísticas revela que las mujeres no han estado envueltas de manera significativa en mas crímenes violentos que antes. Los crímenes femeninos siguen siendo predominantemente delitos contra la propiedad que concuerdan con las expectativas generadas por los roles tradicionalmente femeninos (hurtos, robos en tiendas, fraudes...). Más aún, las inculpadas no suelen ser mujeres de clase media, que constituyen el grueso del movimiento feminista. De hecho, un estudio sobre mujeres jóvenes ha demostrado que existe una correlación negativa entre opiniones liberales y tendencia al crimen. Naffine concluye que, mas que la liberación de la mujer, el cambio social que parece haber influido en el incremento de la criminalidad femenina es la "feminización de la pobreza".

Masculinidad

En todas las culturas y épocas, los crímenes violentos son perpetrados de manera predominante por varones relativamente jóvenes y económicamente marginales (Wolfgang y Ferracuti 1976, Daly y Wilson 1988). Usualmente, como ponen de manifiesto los informes de homicidios, la violencia tiene lugar entre varones (Polk y Ranson 1991, Daly y Wilson 1988, Wallace 1986). Investigaciones en Australia y Estados Unidos indican que mas de 3/4 de todos los inculpados en homicidios, y 3/3 de todas sus victimas, son hombres (Wallace 1986, Wolfgang y Ferracuti 1967).

En los últimos años, las investigaciones feministas han prestado especial atención a la violencia ejercida por los hombres sobre las mujeres. Estas formas de violencia suelen tener lugar en "privado", en casa, y la policía y las instituciones judiciales suelen ser reacias a definir las como "criminales" o a intervenir en lo que consideran "asuntos de familia". Por lo tanto, gran numero de actos de violencia contra las mujeres nunca son recogidos en las estadísticas oficiales (Hanmer, Redford y Stanko 1989). Investigaciones en varios países han puesto de manifiesto que existe un grave problema de violencia doméstica y que las autoridades no

quieren actuar al respecto (Dobasch 1992). A pesar del éxito en muchos países de los centros de acogida y su labor para impulsar el cambio social, la violencia de los hombres contra las mujeres sigue estando infravalorada.

Aunque la violencia se considera un fenómeno esencialmente masculino, el machismo implícito no ha sido objeto de estudio. A pesar de que se han analizado un amplio abanico de características sociales de los acusados (edad, clase, religión, raza...), se ha ignorado virtualmente su sexo (Allen 1988).

Las investigadoras feministas, al reconocer el machismo implícito en la violencia criminal, han defendido que la violencia de los hombres contra las mujeres es expresión del poder patriarcal y es utilizada por los hombres para reproducir y mantener su status superior y su autoridad sobre las mujeres. Pruebas a favor de esta tesis abundan en los análisis sobre las principales causas de conflicto que provocan la violencia de los hombres contra las mujeres: celos y actitudes posesivas, expectativas sobre el trabajo femenino en la casa, la creencia en el derecho a castigar a "sus" mujeres por sus errores y la importancia de mantener y ejercer la autoridad (Dobasch 1992).

Los análisis de la violencia masculina señalan que la construcción social de la masculinidad implica asumir poder, y que tanto la masculinidad como el poder van unidos a agresión y violencia como un medio de probar y establecer poder en relación con otros hombres (Messerschmidt 1986, Daly y Wilson 1988).

Morgan (1987) advierte, sin embargo, del peligro de sacar estereotipos de la masculinidad sobre la base de los que se suponen propios de clase obrera. Señala que la construcción social tanto de la masculinidad como de la violencia es variable y difusa: hay diferentes tipos de masculinidad y algunas formas de violencia son aceptables mientras que otras no. Por ejemplo, señala que, incluso en el seno de grupos que valoran positivamente la violencia, en algunos casos se otorga mayor prestigio a aquellos varones que pueden controlar su violencia que a quienes la ejercen indiscriminadamente. Morgan defiende que un estudio más detallado de las diferentes formas de construcción social de la masculinidad y su relación con actitudes violentas puede ayudar a identificar maneras de evitar procesos violentos.

Actualmente se investiga muy poco esta problemática y es imposible discutir en detalle cambios o variaciones en la construcción de la masculinidad en relación con la violencia y su relación espacio-temporal. Pero en muchas culturas masculinidad y poder están ligados a la capacidad de proteger y sostener una familia. La identidad masculina se relaciona estrechamente con el trabajo del hombre y sus tareas ocupacionales fuera del hogar (Messerschmidt 1986). La relación entre status económico y violencia ha sido objeto de profundas investigaciones y es en este campo en el que son más evidentes las causas sociales, en particular de los cambios económicos, que afectan al crimen violento.

Desigualdad y cambio económico

En su estudio sobre el crimen en América, Currie (1985) afirma que: "hay una acumulación de estudios de gran sofisticación que relacionan seriamente crimen y desigualdad económica y social". Mientras que algunos estudios han encontrado

una relación entre pobreza y crimen, otros indican que la desigualdad de ingresos (el grado de pobreza relativa) es un indicador más exacto de tendencia al crimen que la pobreza absoluta (Belknap 1989). Braithwaite (1980) llegó a la conclusión, en su estudio comparativo de los índices de homicidio en 31 países, que las tasas más altas estaban en relación con los índices de desigualdad económica, incluyendo la diferencia entre los ricos y los asalariados medios, las diferencias salariales entre trabajadores de diferentes sectores y el porcentaje del PNB dedicado a seguridad social.

La violencia criminal está estrechamente relacionada con las diferencias económicas, en especial cuando éstas tienen una base racial. En su investigación sobre este tema en Estados Unidos, Blau (1982) usó las siguientes variables independientes: porcentaje de negros, porcentaje de pobres, desigualdad de renta y desigualdad racial socio-económica. Al analizar sus resultados, Blau concluyó que “los actos agresivos de violencia parecen ser el resultado, no tanto de la falta absoluta de oportunidades como de una pobreza relativa”.

Estos resultados sugieren que los cambios económicos que implican una creciente desigualdad económica acarrearán unas tasas crecientes de criminalidad, incluidos crímenes violentos. Braithwaite (1979) defiende que “existe una base teórica y evidencias empíricas indiscutibles” que sugieren que una redistribución de riqueza y poder significaría una disminución del número de crímenes.

Los escépticos sobre la relación existente entre status socioeconómico y crimen, que se desprende de las estadísticas oficiales, alegan que es una consecuencia del sesgo clasista y racista de la práctica judicial. Pero la fuerza de semejante relación parece ir más allá de la propia capacidad explicativa de un sesgo que, por otra parte, no se puede negar (Braithwaite 1979, Currie 1985).

Las variaciones en los índices de paro son especialmente iluminadoras cuando se considera la situación de los jóvenes. Los índices de paro se emplean muy frecuentemente en los estudios sobre la influencia que tiene la economía en la criminalidad. En Estados Unidos se ha demostrado que los índices de paro tienen una relación directa en las tasas de crimen violento (Kau y Rubin 1975). En un estudio comparativo de 63 monografías sobre este tema, Chiricos (1987) llegó a la conclusión de que había evidencias suficientes de la relación existente entre paro y crimen como para acabar con el “consenso de la duda” al respecto en criminología.

Al afinar el análisis de la relación entre empleo y crimen se ha defendido que el desarrollo de una conciencia cívica exige algo más que la mera disposición de un “trabajo”. La importancia y el valor de un empleo no reside solo en que proporciona beneficios materiales, sino que también permite la integración social y la sensación de participación. Un trabajo que no permita a las personas experimentar este sentido de hacer algo valioso tampoco permitirá que surja la conciencia cívica que protege a las personas de la tentación del crimen. Las sensaciones de “frustración” o de “alienación” pueden ser provocadas tanto por la falta de trabajo como por “contratos basura”, sin futuro o valor social, que minan la autoestima. Los jóvenes en esta situación marginada tienden, más que otros, a la comisión de delitos y crímenes violentos.

Los recientes cambios en la estructura del mercado de trabajo, como la especialización económica y la introducción de nuevas tecnologías, han supuesto

una importante reducción del número de trabajos disponibles para los jóvenes. Hay dos aspectos importantes que influyen en el tema que tratamos. En primer lugar, la pérdida de trabajos se concentran en la escala mas baja de la estructura social. Se trata de jóvenes sin cualificación o experiencia. En segundo lugar, el resultado no es el paro temporal, sino su expulsión del mercado de trabajo (Polk 1984, Duster 1987).

En muchos de los países tecnológicamente desarrollados crece el número de "nuevos jóvenes marginados" (Polk 1984) o nuevas "subclases urbanas" (Duster 1987). En países como Estados Unidos o Gran Bretaña, a causa del racismo, muchos de estos jóvenes son negros, En otras naciones de Europa Occidental se trata de los hijos de los emigrantes. Estos jóvenes sin perspectiva de encontrar un trabajo en el presente o en el futuro, tienen pocos incentivos para respetar las leyes de una sociedad que les ha abandonado. Se ha sugerido que el desarrollo de esta subclase tiene implicaciones en la creciente participación de los jóvenes en la violencia callejera. Y se hace mas evidente cuando analizamos con detenimiento la naturaleza de la violencia criminal.

Un reciente estudio sobre el homicidio ha identificado cuatro escenarios de violencia masculina mortal (Polk y Ranson 1991). El primero, se trata de homicidios en situación de intimidad sexual en el que la violencia masculina es un intento extremo de controlar la conducta de la pareja femenina. En el segundo, el homicidio es el resultado de una confrontación entre hombres (lucha por el status); una lucha que acaba en violencia asesina. En el tercero, el homicidio es la consecuencia de otro crimen, como un robo. En el cuarto, el homicidio tiene lugar entre amigos, utilizando la violencia como la salida a un conflicto entre hombres cuya extrema marginación les ha desprovisto de otras formas de solución. Los tres últimos escenarios suponen el 50% de todos los homicidios (Wallace 1986). Estas formas de violencia son típicas de varones de la clase obrera o de subclases urbanas (Polk y Ranson 1991).

Los cambios económicos que fomentan la marginación tienen un efecto multiplicador sobre los distintos tipos de violencia masculina. Los datos sugieren que aunque los índices de homicidio son generalmente mas estables que las de otros tipos de delitos, su aumento es consecuencia directa de asesinatos entre varones (es decir, el índice de homicidios domésticos tiende a ser más estable). Otros estudios apuntan a que lo esta aumentando es el asesinato de extranjeros en los últimos años (Daly y Wilson 1988) y que son el resultado bien de una confrontación entre varones o como consecuencia de otros crímenes, con inculpados de la clase obrera o las subclases urbanas (Polk y Ranson 1991).

El criminalista finés Veli Verkko (1951) fue uno de los primeros en observar que las variaciones en el índice de homicidios se debía en buena parte a los cambios en las tasas de homicidio entre varones. Todo ello indica que comprender las implicaciones que tienen los cambios económicos en la violencia exige tomar en consideración la relación que hay entre masculinidad y status económico.

En las sociedades en las que la identidad masculina esta ligada al trabajo y la independencia económica, los jóvenes varones desprovistos de ambos tienden a confirmar su masculinidad por otros medios. Los jóvenes utilizan la violencia para crear una sensación de poder y dominación, o como una forma de resistencia o

protesta contra su pobreza relativa. Greenberg (1978) afirma que los jóvenes sufren la contradicción producida por una situación económica y política que restringe la obtención del status masculino a pesar de las expectativas culturales en este sentido. La ansiedad que se produce puede conducir a que algunos jóvenes varones busquen entre las opciones que tienen a su disposición otros medios para establecer su masculinidad. Así, Greenberg defiende que los intentos para dominar a las mujeres y otras formas de violencia interpersonal pueden producir la sensación de poder que se les niega a estos jóvenes en otras esferas de su vida.

En conclusión, podemos decir que mientras hay una serie de factores positivos en la transición de las economías nacionales a la economía global postindustrial, una consecuencia importante de estos cambios estructurales es que cierra la ventana de oportunidades para los varones jóvenes de los estratos económicos más bajos, impidiendo que puedan acceder a una carrera laboral normal. El desarrollo de una nueva subclase urbana aumenta potencialmente las formas de violencia masculina.

La violencia empresarial

Una forma muy diferente de violencia que también es el resultado del cambio social, es la que resulta de las actividades de las grandes empresas multinacionales. Cada vez más, el mundo es un mercado global en el que grandes compañías compiten por los recursos, el trabajo, los mercados y los beneficios. Potencialmente se podrían obtener importantes beneficios de esta actividad económica multinacional, especialmente para los países subdesarrollados, mediante transferencias tecnológicas, la ampliación de los mercados a sus productos tradicionales ... Desgraciadamente, las organizaciones multinacionales también tienen una gran capacidad para infligir a gran escala daños, incluso la muerte.

La búsqueda de trabajo barato, combinada con la huida del capital de muchos países desarrollados, ha supuesto la transferencia de varias formas de producción a las naciones menos desarrolladas del planeta. En las nuevas naciones en desarrollo, las compañías internacionales encuentran una mayor permisividad para llevar a cabo procesos productivos que, debido a su peligro, están prohibidos en sus países de origen. Grandes cantidades de baterías de coche usadas son exportadas de Estados Unidos a los países de Asia para una destrucción que pone en contacto directo a los trabajadores con unos niveles de plomo que serían inadmisibles en Estados Unidos. Según un reciente informe las compañías de producción de cloro y sosa cáustica de América Latina, subsidiarias de empresas multinacionales descargan en las aguas interiores mercurio y otras sustancias venenosas y, en vez de gastarse los 650.000 dólares que costaría un sistema depurador reparten 3 millones de dólares en dividendos a sus accionistas. Uno de los ejemplos mejor conocidos, por supuesto, es la tragedia de Bhopal en la que murieron miles de personas como resultado de escapes de gas de la fábrica de Unión Carbide.

Los consumidores y los trabajadores son las víctimas de estas prácticas empresariales. Ningún caso es más ilustrativo que el de la industria farmacéutica. Las grandes empresas farmacéuticas siguen distribuyendo drogas como la Depo-provera o Clioquinol, o el D.I.U. Dalkon Shield, en el Tercer Mundo a pesar de

estar prohibidas en los países en las que se producen. Pesticidas como heptachlor, chlordane o endrin, que han sido prohibidos o estrictamente regulados en Europa y Norteamérica, también se venden en el Tercer Mundo. Estos pesticidas causan importantes daños en el sistema nervioso en los seres humanos y los animales domésticos, como se ha demostrado desgraciadamente en Egipto.

Se trata de actos de violencia que plantean el problema de si deben de ser o no considerados crímenes. Esta es la tendencia en muchos países, como en Estados Unidos donde se ha aprobado nuevas leyes penales que inculpan a compañías y directivos que conscientemente ponen en peligro la vida de sus trabajadores o los consumidores. Así ocurrió con la Ford Motor Company que fue acusada en Indiana de homicidio por poner a la venta un modelo de coche con importantes defectos.

Las actividades de las compañías multinacionales deben ser reguladas. De hecho, se trata de una violencia que en muchos casos es mucho más peligrosa que la que se ha definido tradicionalmente en términos penales, aunque hasta el momento han escapado a una legislación que esté a la altura de las circunstancias.

La legitimación de la violencia

La aceptación y práctica de la violencia es más general de lo que se admite. Así se ha puesto de manifiesto en los estudios sobre la violencia doméstica. En Australia, uno de cada cinco adultos disculpa el uso de la fuerza física entre esposos. En Estados Unidos otra investigación descubrió que una quinta parte de todos los americanos aprobaban el abofetear a la esposa en ciertas ocasiones. La aprobación era más amplia a medida que aumentaban los ingresos y la educación de los encuestados. Las encuestas de opinión también han demostrado que existe un amplio apoyo en Estados Unidos a la violencia policial ilegal (Archer y Gartner 1984).

Este tipo de investigaciones muestran que la sociedad acepta en general algunas formas de violencia e incluso las legítimas. De hecho, Morgan (1987) señala que en algunos casos la legitimación puede llegar a ser tan efectiva que no se reconozca el acto de violencia como tal, por ejemplo, en el caso de la violencia contra los niños en la escuela o en casa. El grado en que una sociedad legitima la violencia afecta directamente al índice de violencia ilegítima y de crimen violento.

En su estudio sobre los índices de homicidio en 50 países después de sufrir una guerra Archer y Gartner (1984) encontraron una base empírica para su concepto de "modelo de legitimación de la violencia". El modelo sugiere que la aprobación social del asesinato, o la legitimación de la violencia durante un período de guerra produce una importante inhibición de los prejuicios contra la violencia que afecta a la vida humana. La mayoría de las naciones que habían participado en guerras experimentaron un crecimiento importante de los índices de homicidio en comparación con aquellas que se habían mantenido en paz. Además, el crecimiento era muy significativo tanto en aquellas naciones que habían vencido como en las derrotadas, en las que habían crecido económicamente como las que se habían derrumbado como consecuencia de la guerra, tanto entre hombres como entre mujeres y en todos los grupos de edad. Su conclusión es que las actitudes sociales varían en la medida en que se inicia un proceso de legitimación de un cierto tipo de

violencia hasta ampliarse al conjunto de las formas que ésta puede adoptar. Si de verdad queremos reducir la incidencia de crímenes violentos, el proceso de cambio social necesario para ello exige cambiar las normas, valores y estructuras que legitiman y glorifican otras formas de violencia en nuestra sociedad.

Cambio social y violencia

El presente artículo ha buscado identificar algunas de las vías por las que el cambio social económico y político condicionan los modelos de violencia, reconociendo que, si se planifica, el cambio social puede tener también un efecto importante sobre los índices de criminalidad. Uno de los ejemplos más claros ha sido la influencia que ha tenido el movimiento feminista en la reducción de la violencia doméstica. En un libro reciente, *Mujeres, violencia y cambio social*, Dobasch y Dobasch (1992) documentan y evalúan los esfuerzos del movimiento contra la violencia doméstica. Sus objetivos han sido proporcionar seguridad, refugio y una nueva autonomía a las mujeres maltratadas, buscando la eliminación de toda forma de violencia contra las mujeres. Los centros de recogida creados por este movimiento son una alternativa concreta a una actitud de indiferencia masculina en relación con la violencia contra las mujeres. Ha constituido un elemento fundamental en los esfuerzos para producir los cambios sociales necesarios para tratar la violencia masculina en la sociedad.

Aunque estos movimientos han tenido importantes éxitos, no pueden producir por sí mismos los cambios sociales requeridos para terminar con la violencia. La complejidad de la naturaleza de la violencia exige que los esfuerzos sociales sean diversos y con una gran amplitud en sus objetivos. Pero la violencia no podrá ser controlada mediante estrategias individuales sino que exige cambios sociales, que será más factible en la medida en que se reduzcan las desigualdades de poder y riqueza que existen en nuestra sociedad. De una forma más global, cambiar los niveles de violencia exigirá cambiar desigualdades estructurales de raza, clase y sexo.

INTERNATIONAL SOCIAL SCIENCE JOURNAL n° 132/1992/París

Traducción: G. Buster

Como un arrecife de coral

Algunas tesis sobre ecologismo, parlamentarismo, transformación de la política y la necesidad de un nuevo tipo de "partido de nuevo tipo"

Jorge Riechmann

"Las organizaciones piramidales, que estuvieron de moda en la izquierda y siguen estándolo en algunos ámbitos todavía, pudieron ser una forma organizativa adecuada a principios de siglo, cuando sólo se viajaba a 50 kilómetros por hora como más rápido; tal vez era la mejor forma entonces para proponerse una tarea, ejecutarla... Hoy, que el ser humano ya viaja a mucha mayor velocidad y las informaciones todavía viajan más rápido, ese sistema queda vetusto y ya no sirve."

Eleuterio Fernández Huidobro
(dirigente del MLN-Tupamaros de Uruguay), 1992.



El ecologismo consecuente (no el ambientalismo, ni el conservacionismo) es anticapitalista, y por ello no es indiferente al eje derecha-izquierda de orientación política. Tiene, por el contrario, una afinidad natural con la izquierda, entendiéndolo que a ésta la define fundamentalmente el valor de la igualdad político-social.

No entraré a fundamentar con detalle esta tesis, porque muchos ecosocialistas lo han hecho antes que yo y porque ello nos llevaría demasiado lejos; exigiría un artículo o un libro entero ¹. El razonamiento básico se despliega en la línea siguiente: el capitalismo, como modo de producción y como civilización, es intrínsecamente expansivo, y por ello en última instancia incompatible con la preservación de una biósfera finita.

Al formular la tesis anterior he distinguido entre conservacionismo, ambientalismo, ecologismo... Parece evidente que el campo antiproduccionista tiene cierta diferenciación interna, que el ecologismo se dice de muchos modos. He definido lo que entiendo por tales términos en el capítulo 3 del libro *Redes que dan libertad* (citado en la nota 1). Por lo dicho anteriormente, se entenderá que el ecologismo que yo defiendo es igualitario y anticapitalista.



Tras el derrumbamiento de la URSS y sus países satélites, y los ataques contra el Estado del Bienestar y las organizaciones obreras en la "década conservadora" de los ochenta,

¹/ Puede verse, sin embargo, la argumentación contra la pretensión de algunos partidos verdes de situarse "más allá de la derecha y de la izquierda" al final del capítulo 5 de mi libro (junto con Francisco Fernández Buey) *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*, Paidós, Barcelona 1994.

la hegemonía cultural mundial del capitalismo es seguramente mayor que nunca en toda su historia ². El potencial de oposición fundamental de signo emancipatorio en las metrópolis del Imperio es muy reducido: a mi juicio, menor del 1% de la población (quizá con alguna excepción en algún país). Y de esta exigua minoría, los adscribibles a una oposición fundamental “ilustrada”, no irracionalista, todavía son menos. La razón revolucionaria ilustrada, en el atroz final de siglo que encaramos, padece una gran soledad. Crear las condiciones para que pueda crecer esta minoría hoy tan exigua debe ser un proyecto estratégico central para cualquier fuerza de emancipación.

III

La vía predominantemente parlamentaria es inconciliable –hoy por hoy– con la oposición fundamental. Así lo prueba sobradamente, a mi juicio, la experiencia de los partidos verde-alternativos en países como Alemania, Francia, Holanda o Austria; o la de IU en España. Lo que da de sí la política parlamentaria –a los ejemplos me remito– es poco. Como han señalado autores verdes alemanes, “el parlamentarismo no es el modelo para un proceso social de toma de decisiones, sino un modelo para la regulación política de lo estatal”. El nivel estatal y parlamentario desempeña un papel secundario importante para los movimientos sociales, pero no deben olvidar, precisamente, que es un nivel secundario.

Cuando un movimiento sociopolítico de transformación radical de la sociedad limita sus actividades al parlamentarismo, con ello habrá renunciado al mismo tiempo a sus pretensiones de cambio radical. Los parlamentos no son fuente de cambios revolucionarios; la sede de mayor legitimidad democrática no es el principal centro de poder. La componente extraparlamentaria no debe agostarse en beneficio de la componente electoral y parlamentaria.

IV

Además, los parlamentos burgueses encierran un enorme potencial desactivador de movimientos sociopolíticos radicales. Esta sospecha, expresada por bastantes voces en el momento de fundación de los partidos verde-alternativos en los años setenta, se ha visto confirmada por las experiencias parlamentarias de los ochenta: la lucha por el poder estatal conduce tendencialmente a una “estatalización” de los movimientos sociales. El poder de sus representantes en las instituciones crece ciertamente, pero crece el peligro de despolitización, de clientelismo y de desactivación de los movimientos.

V

Por todo ello, creo que hace falta un movimiento ecologista fuerte y autónomo respecto a los partidos políticos parlamentarios. La lógica de los movimientos, el tejido de redes sociales y la acumulación de contrapoder social, no es la misma que la de los partidos parlamentarios competitivos (se llamen estos como se llamen: a veces también se autodenominan “movimientos”, como por ejemplo *Les Verts* en Francia).

² En esta tesis y las dos siguientes repito ideas formuladas en el capítulo final de mi libro *Los Verdes alemanes. Historia y análisis de un experimento ecopacifista a finales del siglo XX* (Comares, Granada 1994).

VI

La vía de quienes intentan una oposición fundamental tendría a mi juicio que ser la construcción de una oposición extraparlamentaria bastante más vertebrada que los actuales movimientos sociales, pero íntimamente entrelazada con ellos. E intentar conseguir los apoyos parlamentarios posibles en cada momento. Y formar —cuando no sea posible otra cosa— minorías de bloqueo de los proyectos más destructivos, así como mayorías circunstanciales donde ello sea posible (por ejemplo antinucleares, o a favor de una política de basuras y residuos racional). En suma, una política más movimentista que partidista, más de autoorganización democrática del pueblo llano **3** que de conquista de escaños parlamentarios (aunque sin hacernos tampoco ilusiones acerca de las debilidades e insuficiencias de los movimientos realmente existentes).

VII

Abundaré en lo anterior, porque me parece de importancia extrema. En las metrópolis del Norte, para las gentes que luchan por la supervivencia y la emancipación, parece obvio que hoy no está inmediatamente a la orden del día la conquista del poder político- estatal. En ese caso, ¿cuál es el “qué hacer” de nuestra fase histórica, qué clase de quehacer mancomunado hemos de proponernos? En mi opinión, tenemos que intentar sobre todo acumular fuerzas, recrear y fortalecer nuestras identidades, cicatrizar los desgarrones, tejer los nuevos lazos de amor y de combate. Con palabras menos modestas: no hay “sujeto histórico” para esa lucha por la supervivencia y la emancipación, ni lo habrá si no lo construimos. Dicho todavía de otra forma: lo que más nos importa ahora es la autoorganización democrática de las gentes, la reconstrucción (y la creación inventiva) de vínculos sociales.

VIII

Acumular fuerza quiere decir organizarse y reorganizarse, porque a la fuerza del dinero y de las armas sólo podemos oponer la fuerza de la organización. Es un paso previo para cualquier cambio en la correlación real de fuerzas en las metrópolis del Norte **4**. Sin la acumulación de poder y contrapoder social, cualquier avance parlamentario resultará a la postre inútil.

3/ Hubiera escrito “sociedad civil”, pero el término —que últimamente se emplea sobre todo para designar a la fracción de la clase dominante que se encuentra fuera de los aparatos del Estado— empieza a ser inutilizable. Si los exponentes más destacados de la “sociedad civil” son banqueros, catedráticos, teleperiodistas y altos magistrados, nosotros nos buscaremos otra sociedad más acogedora.

4/ Creo que este diagnóstico es compartido, en lo sustancial, por todas o casi todas las familias de resistentes contra la barbarie aún activas en nuestro país: y por tanto puede ser un buen punto de partida para los necesarios diálogos y aproximaciones. Sólo un botón de muestra, leído recientemente en *Nuestra Bandera/Utopías*: “el objetivo básico de la izquierda en este período debería ser articular una red tupida de múltiples ‘sectores públicos voluntarios’ configuradores de espacios de cooperación, solidaridad y autonomía; estos expresarían las realidades de los distintos movimientos sociales e iniciativas ciudadanas. Las reformas políticas van a exigir la constitución de nuevos sujetos sociales dotados de poder; de ahí la necesidad, como han venido defendiendo Pietro Barcellona y Juan Ramón Capella, del paso de una estrategia de derechos (predominante en la izquierda durante la etapa del Estado de bienestar) a una estrategia de poderes. Reforma de la política, constitución de nuevos sujetos y estrategia de poderes podrían configurar las líneas maestras del proyecto de la izquierda del futuro” (Manuel Monereo, *¿Qué puede significar para la izquierda hacer política hoy?*, *Nuestra Bandera/Utopías* 154, enero 1993, p. 58-62.)

Organizarse es necesario, y no parece ocioso subrayarlo en estos tiempos en que pasa por individualismo tanta anomia exacerbada y tanta incapacidad para las relaciones entre personas. Pero organizarse encierra también peligros sobradamente conocidos, frente a los cuáles todas las cautelas son pocas. En este ámbito quizá más que en cualquier otro, la desdichada tendencia —que parece inherente a nuestro vivir en sociedad— a que los medios se transformen en fines ha de ser eficazmente contrarrestada. Las personas con voluntad de emancipación son insustituibles, las organizaciones no. Necesitamos conservar una visión saludablemente instrumental de la organización, y poner nuestra lealtad en los valores, no en las organizaciones. Esto es más fácil de decir que de hacer, y exige un esfuerzo permanente de educación y autoeducación en la autonomía.

Necesitamos un nuevo tipo de “partido de nuevo tipo”: aunque quizá sea mejor hablar de “cuasipartido”, o “partido-marco”, que de un partido en el sentido clásico de la expresión.

IX

Si se quiere decir en forma de consigna: lo que nos hace falta es politizar profundamente a la sociedad, y lo que para ello resulta necesario es socializar profundamente la política.

Un requisito indispensable para ello es la relativización de las metas electorales. El objetivo no es maximizar los votos, sino que las gentes se autoorganicen según líneas de supervivencia y emancipación. Lo primero, cuando hay intervención electoral, ha de ponerse en función de lo segundo. De nuevo esto es más fácil de decir que de hacer; pero sin ello resulta imposible resistir a las enormes fuerzas integradoras de las instituciones representativas y la competencia electoral.

X

Política desde la sociedad, política más de movimientos sociales que de clubes electorales, por tanto. Pero al mismo tiempo, y en las modernas democracias de masas, no parece que ningún movimiento con significación social global pueda permitirse a la larga ignorar el nivel de la representación parlamentaria. Ello supone enfrentarse con un problema hasta ahora irresuelto y seguramente irresoluble: ¿cómo participar en actividades electorales y parlamentarias, comprometerse en ellas, y simultáneamente relativizarlas y quitarles importancia? Ahora bien: en la vida político-social, y en ciertos asuntos, hay que seguir trabajando en la resolución de problemas irresolubles. Hay ciertas contradicciones que es preciso soportar, mantener. En lo que aquí nos concierne, hay que seguir trabajando en los problemas irresolubles de conjugar la acción extraparlamentaria y la parlamentaria, así como buscar el momento de revolución cultural y a la vez considerar de forma realista el problema del poder político.

XI

Si los objetivos de transformación radical de la sociedad permanecen, el vínculo de los partidos verde-alternativos y de izquierda alternativa con los “nuevos”

movimientos sociales no debe romperse (y deberían establecerse vínculos nuevos con el “viejo” movimiento obrero). Los partidos verde-alternativos y de izquierda alternativa no deberían buscar sustituir a los movimientos, sino complementarlos; parece necesaria una división del trabajo adecuada, basada en la complementariedad y no en la competencia ni la duplicación de funciones, entre los movimientos de supervivencia y emancipación por un lado y la organización política emancipatoria por otro /5.

XII

En los años noventa debería ser evidente para todos los interesados que la organización política emancipatoria no debe buscar sustituir a los movimientos sociales, ni tampoco limitarse a representar sus intereses en las instituciones, sino complementarlos de forma más amplia; es decir, debería cumplir las funciones para las que los movimientos se hallan por naturaleza mal preparados, en una división del trabajo guiada por los objetivos comunes de emancipación y supervivencia. Véamoslo en concreto.

– Una iniciativa ciudadana o un grupo ecologista local tienen grandes dificultades de acceso al nivel político nacional o internacional (tanto a las instituciones como a los medios de formación de la opinión pública): pero puede resultar necesario este acceso, por ejemplo, para conseguir información indispensable para su trabajo. Aquí, la función de una organización con representación parlamentaria puede ser insustituible.

– Igualmente, la importante función del control democrático de las instancias estatales en asuntos que son de importancia vital para los movimientos en general será más fácil para un partido político que para los mismos movimientos.

– Asimismo, el tejido que forman todas las estructuras a nivel nacional de un partido parlamentario bien organizado, bien dotado de recursos, puede ser de importancia como infraestructura para las movilizaciones y las campañas de los movimientos, aportando tanto redes comunicativas como recursos materiales y acceso más fácil a los mass-media. No debe olvidarse que los recursos públicos puestos a disposición de los partidos en numerosas democracias representativas son mucho más importantes que los que habitualmente están al alcance de los movimientos sociales. En un partido que base su estrategia política esencialmente en la autoorganización de la sociedad civil, la transferencia de una parte de esos recursos hacia el “sector movimentista” será una contribución valiosa y democratizadora. En Alemania *Die Grünen* han practicado este tipo de solidaridad para con los movimientos sociales durante toda su existencia /6.

– Otro buen ejemplo es la formulación de estrategias políticas a medio y largo plazo. Una organización política de supervivencia y emancipación no tendría que limitarse a formular exigencias, o a introducir las exigencias de los movimientos en el ámbito institucional; ni siquiera trazar planes alternativos coherentes, atractivos y realistas es suficiente. Una función esencial para un partido verde-alternativo o de

5/ Aquí, de nuevo, repito ideas: véase *Los Verdes alemanes*, apartado 8.3 (p. 358 y ss.).

6/ Véase el anejo 2 de mi libro *Los Verdes alemanes*.

izquierda alternativa tendría que ser la formulación de estrategias para llevar a la práctica esos planes alternativos que, a estas alturas del siglo, son ya numerosos y gozan en muchos casos de elaboración teórica suficiente.

– Ahondando y generalizando en lo anterior: Claus Offe ha señalado que los movimientos sociales están muy mal pertrechados para tratar los problemas temporales, que padecen cierta “miopía estructural” en su acción política y tienden a pensar en términos de cambio inmediato y repentino en lugar de tener en cuenta que los cambios sociales profundos suelen ser también lentos y graduales. “El modo de toma de decisiones en los movimientos no es lo suficientemente complejo como para hacer posible otra cosa que dar respuestas rápidas sobre la marcha, ya que cualquier tipo de teorización prospectiva, planificación a largo plazo o inversión política calculada presupondría una u otra forma de división interna del trabajo entre dirigentes, seguidores y personal permanente, incluido el dedicado a la administración y a la investigación” **7**.

Pues bien: también en este punto un “partido de nuevo tipo” podría desempeñar un papel esencial, garantizando la consideración del largo plazo y de los procesos complejos. La condición necesaria para ello es, claro está, que se dote de estructuras adecuadas para estas difíciles funciones y que gane la suficiente autonomía con respecto a los procesos políticos meramente electorales y al trabajo político meramente parlamentario. Pues sin duda la miopía estructural de nuestros sistemas de partidos competitivos con horizonte temporal de tres o cuatro años (lo que dure una legislatura) en muchos aspectos sobrepasa con creces a la de los movimientos sociales.

– En otro lugar **8** he analizado la complicada temporalidad de los movimientos sociales, su inestabilidad congénita. Los movimientos son discontinuos y coyunturales; los partidos políticos gozan de permanencia mayor (a menudo durante decenios). Los nuevos movimientos sociales trabajan sobre problemas de largo alcance, de “tiempos largos”, pero en general no pueden crear condiciones para asegurar la participación constante y duradera de ciudadanos y ciudadanas (la motivación para la participación voluntaria y no remunerada suele ser puntual y estar limitada temporalmente, en nuestras sociedades). Un “partido –o cuasipartido– de nuevo tipo” podría actuar “anticíclicamente” sobre los movimientos, contribuyendo a conferirles una mayor estabilidad y persistencia; y organizar contextos de cooperación complejos que posibilitasen la participación limitada temática y temporalmente de sectores amplios de ciudadanos que no pueden o no quieren permitirse una militancia “a tiempo completo”.

XIII

Necesitamos una organización política con las raíces y las ramas hundidas profundamente en la sociedad, fertilizándose en ella, fertilizándola a ella. Pero quizá, más que la metáfora arbórea, sea preferible en este punto la imagen de un arrecife de coral. Los pólipos coralinos –diminutos parientes sedentarios de las

7/ En un ensayo contenido en el libro de Russell Dalton y Manfred J. Küchler (comps.) *Los nuevos movimientos sociales: un reto al orden político* (Edicions Alfons el Magnànim, Valencia 1992).

8/ *Redes que dan libertad*, apartado 2.2 (p. 50 y ss.).

medusas—viven en colonias sobre los arrecifes calcáreos que ellos mismos van construyendo laboriosamente. Se hallan en relación simbiótica con unas algas microscópicas llamadas zooxanthellae, las cuáles suministran a los corales alimento y oxígeno producido en la fotosíntesis a cambio de materias primas, así como refugio seguro en el arrecife. La simbiosis llega muy lejos. Como escribe Peter Weber: “Esta labor de equipo facilita a los corales una buena defensa vital en los mares tropicales pobres en nutrientes, mares que son transparentes como el cristal a causa de la práctica ausencia de algas y otros microorganismos que oscurecen aguas más ricas en nutrientes. (...) Un arrecife es mucho más que un soporte para los corales. Las algas rojas coralinas, que se incrustan en el esqueleto calcáreo, consolidan también el arrecife propiamente dicho. Bajo sus tentáculos se acumulan trozos de corales rotos, conchas de moluscos y otras partículas pétreas. Las algas coralinas crecen encima, reforzando la base del arrecife. Los peces papagayo y los erizos de mar contribuyen al mantenimiento agarrándose a la materia calcárea con sus poderosas mandíbulas, limpiándola de otras algas que les disputan el espacio a las coralinas. A cambio, éstos y otros moradores de los arrecifes encuentran también refugio en ellos. Estas cadenas de mutua dependencia se extienden por todo el arrecife como un sistema inmune que se perpetúa a sí mismo. A mayor grado de diversidad coralina, mayor será la variedad de peces y otros organismos” /9.

Necesitamos una organización política como un arrecife de coral, capaz de ofrecer abrigo y buenas condiciones de trabajo a seres de muchas especies distintas. Una organización concebida para acumular poder real, para ganar hegemonía, lo cual no quiere decir acumular escaños parlamentarios, sino —primordialmente— coordinar voluntades y esfuerzos de ciudadanos y ciudadanas. Una organización capaz de ayudar a vertebrar una sociedad cada vez más descoyuntada por el capitalismo de final de siglo. Una organización coralina, construida por acumulación, creciente en forma de red de redes, protectora de la diversidad, en la que la dimensión pedagógica y la dimensión moral sean básicas: el proyecto ha de ser de reforma intelectual y moral, por decirlo en los términos clásicos de Gramsci. En la era del capitalismo tardío, conviene olvidarse de la organización de tipo leninista para construir una de tipo gramsciano. Se diría que han comprendido la necesidad de algo semejante, en lugares muy diversos del mundo, tanto sectores de la izquierda (estúdiense la experiencia del Frente Amplio en Uruguay) como de la derecha (véase el lanzamiento de FORO por Eduardo Punset, en nuestro país, en 1991-94) /10.

9/ Peter Weber en el anuario del Worldwatch Institute *La situación en el mundo 1993*, Apóstrofe/ CIP, Barcelona 1993, p. 87-88.

10/ La consigna de pasar desde una organización de tipo leninista a una de tipo gramsciano es de Alvin Gouldner en su libro *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase* (Alianza, Madrid 1980, p. 103 y ss.). No comparto el concepto de “nueva clase” de Gouldner ni las esperanzas puestas por él en los intelectuales; sí su recomendación organizativa.

Acerca de la experiencia del Frente Amplio en Uruguay, véase la entrevista con el dirigente histórico de los Tupamaros Eleuterio Fernández Huidobro en HIKA, otoño de 1992 (“La izquierda debería organizarse en red”). La Fundación FORO para la Innovación Social, y el partido FORO, los ha publicitado el mismo Eduardo Punset en largos artículos publicados en *El País*: véase por ejemplo “¿Qué es Foro?” el 15.10.91, o “Innovación y partidos políticos” el 8.7.93.

XIV

Como propuesta frente al doble fracaso de las estructuras partidarias tradicionales (que, amén de no ser democráticas sino formalmente, inducen tales cantidades de apatía, resignación, apoliticismo, cinismo y/o cólera en los “ciudadanos humillados” que nadie puede cerrar los ojos ante la crisis de los partidos clamorosa en los años ochenta/ noventa) y de la *Basisdemokratie* verde en la versión inicial de los Verdes alemanes /11 puede entenderse el concepto de un partido-marco postindustrial (*postindustrielle Rahmenpartei*) que el politólogo de Hamburgo Joachim Raschke viene ofreciendo desde 1983 /12. Como al adjetivo “postindustrial” pueden ponérsele sus peros teóricos, nosotros vamos a sustituirlo por coralino de acuerdo con la propuesta metafórica anterior, y hablaremos indiferentemente de “partido coralino” u “organización coralina”.

Este nuevo tipo de organización política (más allá del partido de notables burgués característico de la primera fase de la democracia liberal, y del partido de integración de masas típico del movimiento obrero en la fase industrial) sería el partido o cuasipartido congruente con una democracia participativa en una sociedad industrial avanzada. Sería una herramienta profesional concebida como marco para la autoorganización de las gentes que persiguen un ideario de emancipación. Se trataría de una organización con una estructura profesionalizada, al menos parcialmente, y capaz de realizar trabajo sectorial especializado en diversos ámbitos de la política; pero organizaría dentro de su marco a muchos activistas (y ciudadanos ordinarios) no profesionalizados. Sería una organización conscientemente plural, defensora de esa pluralidad, y nada deseosa de reducirla a unidad.

En una democracia participativa (que conservaría elementos esenciales de democracia indirecta, pero incluiría muchos más de democracia directa), los partidos perderían la función de canal exclusivo para la formación de voluntad política que ahora les asignan la mayoría de las constituciones. Seguirían cumpliendo una función representativa, pero esta sería mucho menos acusada que en la actualidad; y se compartiría con otros tipos de organizaciones.

XV

La organización coralina desempeñaría principalmente tres funciones /13:

- A. Una función protectora, luchando por garantizar la seguridad material y jurídica de las actividades sociales alternativas.
- B. Una función de intervención política, intentando evitar las peores consecuencias del industrialismo y poner en marcha un proceso de reconstrucción ecológica de la sociedad industrial.
- C. Una función utópico-anticipativa, trascendente al orden sociopolítico actual, cuya creciente autodestructividad torna imperiosa la necesidad de anticipar modelos de sociedad alternativa.

11/ Véase el capítulo 5 de mi libro *Los Verdes alemanes*. A continuación voy a reiterar algunas ideas contenidas en las pp. 263 y ss. de ese libro.

12/ Véase Joachim Raschke, “Jenseits der Volkspartei”, *Das Argument* 137 (1983). Del mismo autor, *Krise der Grünen — Bilanz und Neubeginn* (Schüren Presseverlag, Marburg 1991), p. 193 y ss.

13/ Véase Raschke, *Soziale Bewegungen* (Campus Verlag, Frankfurt/ New York 1985), p. 262.

XVI

Organizativamente, las principales características de este "partido de nuevo tipo" serían la descentralización, el pluralismo y la democracia radical. Pero en el modelo del cuasipartido coralino se renuncia a la identidad tendencial de partido y movimiento característica, por ejemplo, de las posiciones de los ecologistas radicales dentro de *Die Grünen*. Se parte, por el contrario, de una complementariedad y división del trabajo entre organización política y movimientos sociales; y de una estrategia de movilización plural e inclusiva que intentaría actuar sobre movimientos, organizaciones próximas a estos y segmentos más críticos y activos del electorado. El partido coralino apuesta por estructuras profesionales de trabajo en las cuales pueda insertarse de modo fructífero el trabajo voluntario (a menudo limitado temporal y temáticamente) del mayor número posible de personas del entorno verde-alternativo. Como escribe Raschke: "A diferencia de los tipos de partido cuyo 'núcleo' está definido inequívocamente, como los partidos de afiliados, de cuadros o de activistas, también como las agrupaciones electorales o los partidos- movimiento, el partido- marco construye sólo un 'marco' abierto, en el cual se realiza un trabajo de mediación complejo con la especial participación de grupos profesionales. Caracteriza a este tipo de partido la 'debilidad' del partido en comparación con la 'fortaleza' de su entorno, sobre el que tiene poco control. Su debilidad relativa se manifiesta, por ejemplo, en los escasos recursos personales del partido (bajo nivel de organización, etc.) y en una movilización relativamente fuerte (cognitiva, social y política) de su clientela de movimientos, espacios públicos de comunicación y electorado. (...) La mezcla y el respeto de la diversidad sería una de las recetas del partido- marco, que tendría que apoyarse en un sector de base y en un sector de movimientos, pero también, necesariamente, en un sector profesional" /14.

XVII

En efecto: el entorno político dentro del cual actúan nuevos movimientos sociales y partidos verde-alternativos, merced a la evolución social, es muy diferente del marco en el que obró el movimiento obrero hace un siglo. Por ejemplo, los problemas de movilización se plantean en la sociedad industrial avanzada, con su estructura social cada vez más diferenciada y la fragmentación interna del macrogrupo de los asalariados, de otra manera que en estadios anteriores, con una estructura de clases más sencilla y polarizada. Los medios masivos de formación de la opinión pública permiten alcanzar efectos más amplios, pero también más superficiales, que los habituales en el activismo de partido tradicional. La cientifización de sociedad y economía plantea exigencias nuevas a la actuación política. Los recursos para esta actuación se han ampliado y diversificado: "Los votos (con sus consecuencias institucionalizadas de subvención estatal y publicidad mediática), la información y los conocimientos técnicos, la publicidad mediática, la acción movimientista fluctuante y móvil (con elevada atención

14/ Raschke, *Krise der Grünen*, p. 193-194.

mediática), así como la política profesional, han socavado el ideal del ciudadano politizado como activista de partido. Además ha tenido lugar una pluralización de los recursos relevantes, que plantea tanto al individuo como a la organización difíciles problemas de opción. Pero la tendencia principal, tanto a nivel individual como de organización, parece favorecer las estrategias de diversificación” /15.

XVIII

La ecología política, el pacifismo, el feminismo, la izquierda renovada, no pueden permitirse el lujo de competir electoralmente entre sí. En nuestras demediadas democracias parlamentarias europeas, a finales del siglo XX, no hay por desgracia espacio electoral para muchas expresiones distintas de unos mismos intereses de supervivencia y emancipación. Por ello mi consigna sería: avanzar en la construcción de la organización coralina; y mientras nos aproximamos a ella, organizaciones políticas separadas (siempre que haga falta), listas electorales comunes /16.

Si hubiese que resumir brevemente unas pautas de acción para la izquierda alternativa española —el “partido orgánico emancipatorio”, en gramsciana expresión de Juan Ramón Capella— en el futuro próximo, yo propondría las siguientes:

– La base a partir de la cual habría que intentar construir la organización coralina es, mientras no se demuestre lo contrario, Izquierda Unida. Se demostraría lo contrario si las tendencias a la parlamentarización de IU (en algunas comunidades autónomas, ya IU- Los Verdes) se revelasen irreversibles.

– La convergencia *rojiverdeviolenta* es hoy más necesaria que nunca.

– La gente demasiado diversa (aunque forme parte del mismo “partido orgánico”, es decir, del mismo grupo social “históricamente necesario”, vinculado por intereses comunes y posiciones semejantes ante las contradicciones fundamentales de una sociedad dada) no suele poder trabajar bien dentro de la misma organización (ejemplo que yo he analizado en otros lugares: los Verdes alemanes). Las diferencias reales en ideario y concepción de la política no deben enmascarse, sino ponerse de manifiesto. A ellas pueden (y deben) corresponder organizaciones políticas diferenciadas /17.

– Estas distintas organizaciones emancipatorias, rojas, verdes, violetas, polícromas, pueden competir democráticamente entre sí (y con las otras) por ganar a mayorías para sus programas, pero no deben competir electoralmente en una situación como la española actual (donde su naturaleza minoritaria más las leyes electorales las condenarían a la inoperancia más absoluta). Por eso: organizaciones separadas, listas electorales comunes. No debería resultar difícil llegar a acuerdos

15/ Raschke, *Krise der Grünen*, p. 49.

16/ También aquí estoy repitiendo ideas. Véase mi libro *¿Problemas con los frenos de emergencia? Movimientos ecologistas y partidos verdes en Holanda, Alemania y Francia* (Revolución, Madrid 1991), p. 449 y ss.

17/ Subrayo: siempre que se trate de diferencias reales. No se trata de bendecir situaciones de fragmentación e impotencia política sin otros motivos que las personales neurosis de ciertos líderes, por interesantes que éstas (las neurosis) sean. Hay problemas personales que uno debe resolver psicoanalizándose o pintando cuadros, en vez de llevarlos a su organización política.

satisfactorios para todos si verdaderamente se generaliza el consenso de primar la política extraparlamentaria con respecto a la institucional, relativizándose con ello el valor otorgado a la presencia parlamentaria. Tenemos que dejar de considerar un paso atrás el hecho de perder votos en un momento determinado, cuando ello responde a la defensa de posturas esenciales pero todavía inasumibles por mayorías sociales: lo importante no es mantener cuotas de poder institucional, sino elaborar una pedagogía del poder como forma de contribuir a una nueva cultura de las izquierdas.

– Las distintas organizaciones emancipatorias no deberían resignarse a la situación actual, sino aproximarse paulatinamente en un proceso de educación mutua (todas tienen algo que aprender de las otras). La mejor manera de hacerlo es participar en campañas conjuntas de ámbito local, regional o estatal. Si ello puede hacerse a partir de coincidencias sobre un programa de luchas de largo aliento, miel sobre hojuelas. Pero hay mucho trecho que andar antes de llegar a ese punto del camino.

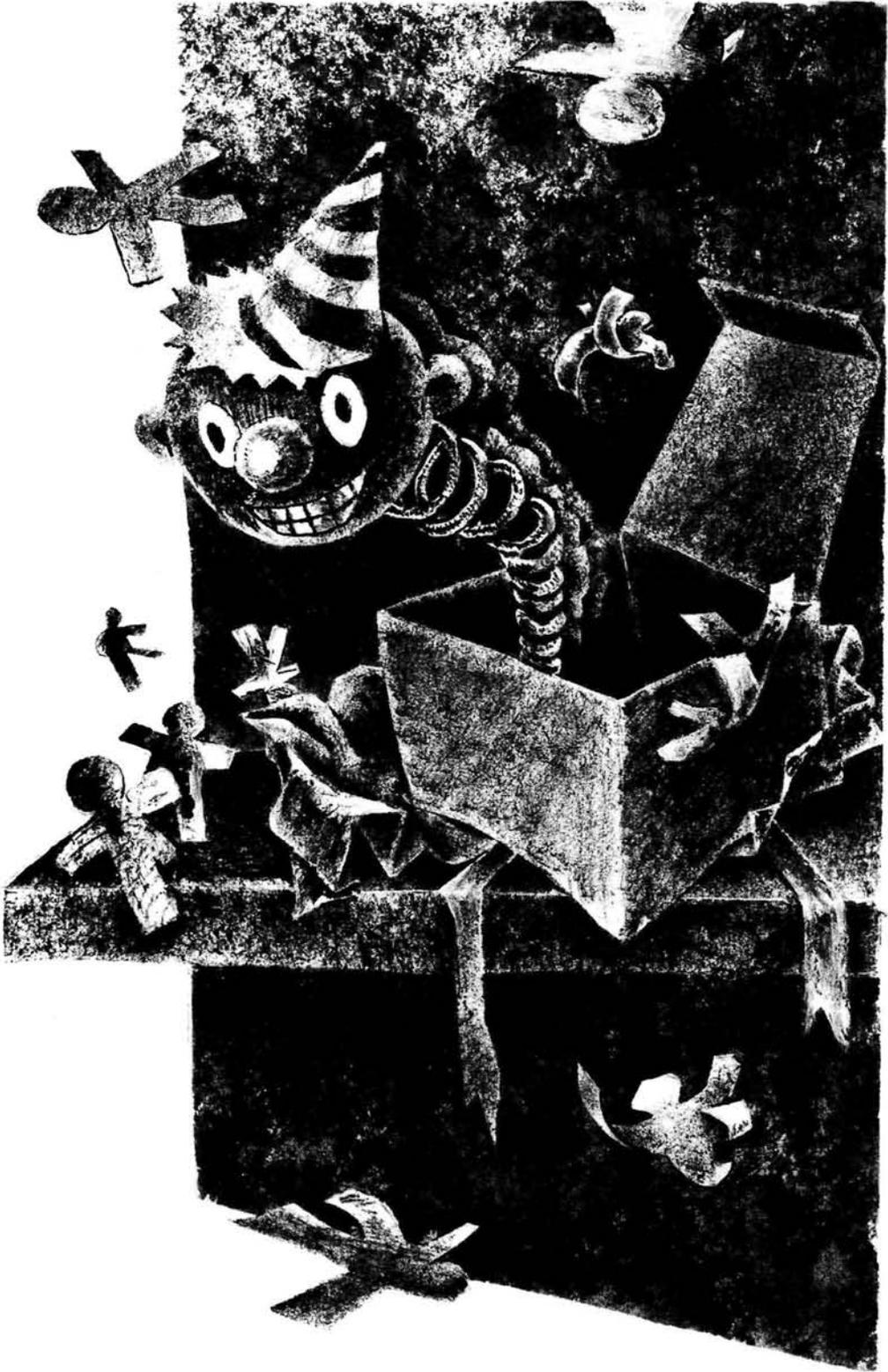
XIX

El marxismo sigue siendo una tradición intelectual y moral capaz de segregar buen material calcáreo para la construcción del arrecife coralino. No el marxismo del teorema o la “ley objetiva”, sino el marxismo como filosofía moral por el que aboga Paco Fernández Buey.

En cualquier caso, y sea cual sea la tradición desde la que pongamos manos a la obra, tenemos una urgente necesidad de socializar conocimientos científicos básicos: psicología social, sociología de las organizaciones, ecología, economía ecológica... También le pediré prestada la consigna a Paco Fernández Buey para reclamar un racionalismo bien temperado entre los y las habitantes del arrecife coralino.

XX

Da pena quedarse en la tesis XIX, sin una tesis vigésima (qué redondos y acabados quedan los ensayos que empiezan “Veinte tesis sobre...”, y en cambio qué sensación de precariedad si leemos “Diecinueve tesis sobre...”), pero así es la vida. Tengo diecinueve tesis y no veinte. Esta última es un amago de tesis, colocada aquí, y de inmediato retirada, sólo para llamar la atención al lector o lectora sobre la necesidad de aceptar límites: los del planeta, los de los colectivos a los que pertenecemos, los de cada cual en su irreductible individualidad. Acaso sea nuestra incapacidad para aceptar los límites, el límite fundamental de la alteridad y ese límite definitivo que es la muerte, lo que nos ha llevado a los occidentales a poner a todo el mundo en la situación crítica en que ahora nos hallamos. Pero esta tesis, que inmediatamente retiré de este ensayo para que quede inacabado, la desarrollaré otro día en otro lugar.



26^o a la sombra

Ignacio Tafur

La última nube es de color rosa, rosa pálido. Cuando me asomo a la ventana y saco los brazos entre las rejas, imagino que una cámara me está enfocando en diagonal; sólo me consuela pensar que desde mi antiguo hogar también era ella la última nube. Esta mañana nos visitó una mariposa con las alas amarillas y negras para saciar su sed con el agua que resbala por los cañones de las duchas hasta el sumidero; el patio, sus anónimos pobladores, detuvo el lánguido pasear para contemplarla, algunos incluso la protegían airados de cualquier perturbación; todos expectantes, fantasía y superstición en el rápido aletear del delicado insecto, que bebió sin llegar a posarse. Me dio por evocar la humildad, como un niño príncipe: "Está bebiendo agua con lejía para no coger el Sida". Alguno pensó que la ternura era ñoñería, o tal vez cinismo.

El *Torpe* también quiere embellecer la celda. Ojea un catálogo de ropa interior femenina; lencería erótica. "Valen un puñado de billetes unas braguillas de na". Dobla el folleto sobre las rodillas y vuelve la cara de lado. "Y si le pidiésemos a la maestra que nos vendiese una suyas, unas de segunda mano, usaíllas...?" "Cambiárselas por tus calzoncillos meaos". Se toca el mostacho y vuelve los ojos hacia dentro, como si recordase. El rosa se va volviendo gris plomo y la oscuridad se ve suplantada por la luz amarillenta de una bombilla de 40 wátios.

Una música dulzona nos devuelve al hastío y retorna al suspirar; apenas unos momentos para terminar de asesinar el día con una sobredosis de sueño. En cierta ocasión oí mencionar el nombre de una mujer, una dama perspicaz, que abogaba por la teoría de que las penas impuestas deberían ser dobles, ya que la mitad de las mismas se pasaban durmiendo; seguro que nadie le contó cuando niña la historia de Rick Van Winkel: "Pues el sujetadorcillo que llevaba el otro día la tonta, puesto ahí sobre el calendario." No me apetece volver la cabeza para visualizar su

espejismo.: “¿Por qué no te tomas un vaso de leche?”. “Guapamente”. Yo me encenderé un cigarro y viajaré en el humo hasta mi entierro.

“Tú crees que somos parásitos de la sociedad”. Me paro para mirarlo.: “Dame fuego” Cojo aire.: “Tú eres un parásito. Lo que sucede es que por mucha sangre que chupes, siempre habrá alguien dispuesto a pisarte la barriga hasta que la expulses, antes de arrancarte la piel a tiras.” “También está bien”. Civilizado sí que está. “La caló y el hacinamiento”. Sólo me alcanza el rollo de papel higiénico que se yergue encima de la mesa, siempre dispuesto a rodar.: “Va uno y le dice a otro: tenga usted, veinte duros; y el otro pregunta: ¿por qué?- Porque me voy a pegar un pedito. -Pzuuuurrrr...”. Tengo que reconocer que el *Torpe* posee la sincronía de los desangelados.

La colilla me está quemando los labios y al *Torpe* le da por hablar de gonococos antes de dormirse. Abandona la posición fetal para decirme que los cogió en una piscina. Anda un tanto obsesionado con las bacterias, los virus y las miasmas.: “Aquí es que hay mucho kie de cogote. Te echan la mano al cuello, luego te la bajan a la cintura...”. Abre y cierra las manos con los dedos estirados, poniendo una sonrisilla de personaje ávido y malicioso. No tiene sueño pero intenta dormirse: “Ya sé lo que me pasa compi, se me ha olvidado lavarme los piños”. El ruido del grifo es una bendición; en noches como ésta desearía ser un pez, aunque tuviese que pasar lo que me resta de condena en un acuario.

23⁰ a la sombra

Igancio Tafur

Muchas veces intentaba el arte del aburrimiento. Primero comía, después me masturbaba y volvía a comer. Pero de ordinario solía mirar. *Cavezmenos* le ha pegado a un violador. El dice que no, que sólo le ha dado una guantaílla. El violador es un sujeto gordo y sucio; los carrillos empujan los extremos de sus labios hacia abajo y la sombra del bigote le da aires de golfo apandador bien cebado. Hasta que le salió el juicio regentaba una mesa de juego; los violadores viven muy bien en la Provincial.

Al *Lento*, sin embargo, le costaba mucho vivir. Durante los dos últimos días lo veía en algún lugar del patio dende el silencio se espesaba en un ritual y los ojos se envolvían en un murmullo. Tiene la enfermedad, y hasta hoy no supe que era el *Lento*; está muy delgado y parece que los ojos se le van a caer en una tos. Aunque estamos en verano, el prefiere cubrir sus esqueléticos miembros con una chaquetilla. A *Cavezmenos* también le gusta ponerse ropa de manga larga para taparse los tatuajes. “Es que resalto, sin quererlo, resalto.” Por mucho que diga, yo sé que está orgulloso de ser el más tatuado de la Provincial.

Esta tarde tenemos clase; desde hace un mes asistimos a un curso de inglés. Somos quince y ellas tiene ventitrés años y un nombre extraño: Azul. Al principio

estaba un tanto cohibida, pero ya tenemos confianza; después de lo de la tiza se le quitó la vergüenza. Antón es muy obsesivo, se pasó todo un fin de semana tallando una tiza hasta confeccionar un pene circunciso al detalle. Luego vació el paquete y dejó su ornamento fálico semioculto por el papel arrugado del envoltorio. Sólo lo sabíamos tres y sudamos un buen rato aguantándonos la risa. Ella se limitó a alzar los hombros mientras permanecía de espaldas con la mano, supongo, sacando la tiza en cuestión del paquete vacío.. Se volvió y continuó la clase entonando las frases con su tono coqueto, haciendo una especie de pirueta con la pierna izquierda cada vez que se volvía; estaba algo desproporcionada, tenía unas tetas enormes.: “*These book is mine, that car is mine too*”. Escribía la frase en la pizarra y la subrayaba de atrás alante sujetando la tiza esculpida por la base, paseando su pretendida candidez anta la mirada lasciva de quince presidiarios. Cuando hubo subrayado la frase, depositó la tiza sobre la mesa y se frotó el índice con el pulgar. Antón fue el último en liberar la carcajada. Yo me sentí a gusto de estallar y lloré un buen rato con la vista fija en el cuaderno.: “Reiros, reiros; si os hace gracia, vosotros reid.” Ella sonreía como debe hacerlo el lobo feroz.

Las paredes de las prisiones hablan en muchos idiomas, de muchas cosas y en un tono muy especial. La que está frente a mi lo hace con el aire, y en verano se agradecen sus charlas. Suelo venir a escucharla a mediodía. Me dice que Azul no era una mujer, que era sólo su perfume, su olor, su apariencia; pero que frente a nosotros sólo se abre un precipicio. A mi izquierda había otra pared que hablaba con murales. Hace un par de años que la derribaron y yo paseo por el carril que fue su base; entonces me doy cuenta de que sigue estando ahí, pero se ha quedado muda y nadie parece verla o sentirla. Yo sí, porque conozco su historia y eso es lo único que puede orientarte en este lugar.

También la basura, porque hay mucha y sabes que todo lo nuevo será basura muy pronto, y sólo es reciente por unos días para ser basura el resto de su existencia; lo más triste es que los colores también son basura, y las voces, y los gestos; por eso conviene conocer la historia, porque te da la seguridad de que las estrellas siguen estando en el mismo sitio, y yo sé que cuando duermo miro hacia el Sur. *Cavezmenos* y *Malavida* miran hacia el Norte y dicen que tendré pesadillas por dormir al revés.

El *Doberman* ha venido a preguntar quién le ha pegado al violador, es uno de sus protegidos, suele recoger bajo su manto a los ofendidos de la peor especie, individuos resentidos que lo tienen informado de lo que ocurre a sus espaldas. El *Violador* era un abusón y a todos nos alegra que *Cavezmenos* le haya dado un guantazo. Cuando el *Doberman* se va, *Cavezmenos* asoma la cabeza.: “Es que resalto, sin quererlo resalto; y, claro, se pica conmigo, lo traigo amargao.” En ocasiones me daba por pensar que había una cámara oculta en algún lugar.



6 subrayados

20 propuestas contra el paro

Trabajar menos para trabajar todos

Guy Aznar

Ediciones HOAC

Madrid. 1994 (Ed. original de 1992)

357 pp. 1545 pesetas.

Si se está dispuesto a disculpar las extrañas y no escasas frases del tipo “trabajar es hacer el amor con el mundo” o “el trabajo es la vida” (pág. 98 y 99), el recurso constante a la analogía y un innecesario exceso de letra, este libro de Guy Aznar es útil. Lo es por el hecho de abordar un tratamiento del paro desde una perspectiva relativamente original, la conocida como la del “segundo cheque”. (Tema que ya ha sido tratado en esta revista: Alain Bihr, «Pactos por el empleo: una doble expropiación de los trabajadores», VIENTO SUR, núm. 10, agosto 1993, pág. 107-111).

El libro consta de tres grandes capítulos (“Estado de la cuestión”, “Redistribuir el trabajo” y “Conquistar el tiempo libre”) que a su vez están subdivididos en diversos temas. El más largo es el segundo y es en el que están contenidas las “20 propuestas para distribuir el empleo”, que era el

subtítulo de la edición original de *Trabajar para trabajar todos*.

Guy Aznar parte de algo que cada vez va siendo más aceptado: el paro no puede solucionarse con el crecimiento económico. Por ejemplo: “... sea cual sea la cuota de crecimiento que se establezca, hay que recordar otra vez que este nuevo crecimiento ya no crea trabajo”. Esto lo basa en algunas cifras contundentes. Cita un estudio alemán según el cual “entre 1955 y 1960, 100.000 millones de marcos (más de 8 billones de pesetas) invertidos en la industria para mejorar la productividad crearon 2 millones de empleos. Entre 1960 y 1965, esa inversión sólo creó 40.000 empleos. Entre 1965 y 1970, suprimió 100.000 puestos de trabajo. Entre 1970 y 1975 suprimió 500.000. La aceleración continuada explica que el producto interior bruto alemán se haya triplicado entre 1965 y 1985 mientras que, en el mismo período, el volumen anual de trabajo disminuyera un 27 por ciento.” Pero si el crecimiento no absorbe paro (y estamos hablando de volúmenes significativos, no de absorciones del 1, 2 o 3% con tasas de paro del 15 o 20%), cualquier desaceleración o estancamiento crea fuertes incrementos del número de parados. Todo esto es bien sabido, pero Guy Aznar concreta bastante más: hace 20

propuestas. Para resumirlas un poco, cabe decir que estas propuestas están comprendidas dentro de 6 estrategias diferentes. La primera es “reducir el tiempo de trabajo sin reducir riesgos”, la segunda “el reparto del paro”, la tercera “elegir trabajar menos ganando menos: el tiempo parcial a la carta”, la cuarta “todos lo jóvenes a media jornada”, la quinta “acabar con el paro de larga duración” y la sexta “crear puestos de trabajo”. Así, por ejemplo, las propuestas 18, 19 y 20 están dentro de la estrategia 6 y son, respectivamente: “Luchar contra las destrucciones excesivas de puestos de trabajo”, “Incitar a las empresas a la contratación” y “Penalizar las horas extraordinarias”. Algunas de las 20 propuestas son viejas conocidas de los sindicatos, pero otras no. Para ser más precisos, unas propuestas son tradicionales y asumidas por los sindicatos —el grado de formalidad en la asunción no viene ahora a cuento—, otras son rechazadas —quizás con aquella palabra con la que se quiere expresar un concepto que, muchas veces, encubre un grado de pereza considerable: irrealismo— y, por fin, otra parte de estas 20 propuestas es simplemente desconocida.

Segundo cheque. La propuesta más novedosa (al sur de los Pirineos) del autor es la ya mentada del “segundo cheque”. Podíamos definirlo de la siguiente manera. Si de una jornada laboral de 40 horas se pasa a otra de 20, y se mantiene el mismo salario, es evidente que a la empresa, con igualdad de todas las otras condiciones, el costo salarial le aumenta considerablemente. Se trataría que la empresa pagase un salario disminuido en producción a la reducción de jornada. La idea del “segundo cheque” es simple: la diferencia entre el viejo y el nuevo salario ha de ser pagado por el Estado. Guy Aznar aclara que el “segundo cheque” tiene estas características:

1) Nunca es abonado a una persona que no trabaja.

2) Nunca es abonado a una persona que trabaja a jornada completa.

3) No es financiado directamente por la empresa.

4) Es proporcional al salario y

5) Es un concepto, no un rectángulo de papel.

Una porción considerable del libro está dedicada al estudio de la posible financiación del “segundo cheque”. Las modalidades son numerosas y tienen un interés en sí mismas.

Las páginas quizás más carentes de fuerza argumental son las dedicadas a la crítica de lo que el autor llama “soluciones del tipo ingreso mínimo garantizado”. “El ideal, nos dice Guy Aznar, es que todo el mundo tenga trabajo”. Un concepto de trabajo determinado recorre todo el libro: trabajo es igual a trabajo asalariado. Y pese a alguna tentativa de salirse, la equivalencia permanece a lo largo del libro. ¿Por qué el ideal ha de ser que todo el mundo tenga un trabajo asalariado y por tanto obligatorio, pues de esto está hablando Guy Aznar? ¿Por qué no puede ser este otro ideal: que la gente pueda vivir con las necesidades básicas cubiertas, con trabajo asalariado y por tanto obligatorio o sin él? El autor mismo nos dice que “Los defensores de un salario social sin trabajo (...) ponen en cuestión el principio del valor trabajo”, cuestionamiento al que se opone por “una serie de razones filosóficas, psicológicas, sociales”, de las que nos quiere presentar “sus principales elementos”. Para apoyar estos principales elementos sigue: “el hombre es (...) una realidad que toma cuerpo en su relación con el mundo”, “La vida es el encuentro de una energía y de una resistencia, encuentro al que se llama trabajo”. “A cierto nivel no hay diferencias entre el trabajo de un barrendero, el de un banquero o el de un monje”, “El trabajo y su ausencia son los dos polos del ritmo vital”... Frases a las que es difícil dar una razón en contra puesto que siempre habrá alguna a favor: más que a la razón son frases que pertenecen a la poesía. Y mejor es, más

ordenado al menos, dejar cada cosa en su sitio. Toda selección es interesada y la mía no es un a excepción, pero estas frases están sacadas de un espacio inferior a una página y media del libro, es decir, no ha sido una búsqueda muy laboriosa. Bien, tampoco se trata de alargar esto demasiado, simplemente ratificar que esta porción del libro de Guy Aznar, la dedicada al subsidio o salario universal garantizado, es la que más débilmente está justificada. Aseveración que, cierto es, sólo he afirmado y no demostrado. Invito a constatarla.

Por las mismas fechas aproximadamente que Guy Aznar publicaba en francés este libro del cual ahora se ofrece la traducción española. Philippe Van Parijs editaba una selección de textos que titulaba *Arguing for Basic Income (Ethical Foundations For a Radical Reform)*. En él se reunían 13 textos de partidarios y detractores de Subsidio Universal Garantizado. Una diferencia salta a la vista: la forma. Guy Aznar no duda en escribir frases como las apuntadas, mientras que los textos editados por Van Parijs huyen, como los vampiros de la cruz, de semejantes formulaciones. Es un bonito ejemplo, sobre un tema determinado, de dos estilos bien diferentes: el francés y el anglosajón. Creo que hay buenas razones para preferir el segundo hasta que sea fácil encontrar respuestas más o menos convincentes a lo que quise decir con afirmaciones de este calibre: "Trabajar es hacer el amor con el mundo". Hasta que no lleguen tales respuestas, una pregunta interesante es: ¿Cómo se puede hacer tal cosa?.

Por cierto, los dos textos finales de Salce Elvira y José María Zufiaur no añade nada significativo, si se exceptúa que la primera dice (pág. 330): "En España (supongo que también debe referirse a Catalunya: es este un mal hábito de muchos españoles; dar por supuesto que su nación incluye a Catalunya), en concreto CCOO, centramos nuestras principales propuestas de reparto del trabajo en :-Reducción progresiva de la jornada laboral; se trata de establecer una

reducción generalizada del tiempo de trabajo a 37 horas semanales, con el objetivo de llegar a 35 horas" (y siguen 5 medidas más como la eliminación del pluriempleo, el fomento de las jubilaciones anticipadas....). En lo que al paro se refiere, y de esto estamos tratando, esta medida no sirve para nada. Esto no hay que imputárselo a Guy Aznar quien, sobre las reducciones pequeñas y progresivas de jornada y su respectiva inutilidad para combatir el paro, escribe bien y seguro.

Daniel Raventós

Contra la nueva "evangelización"

¿Qué es Neoconservadurismo?

Helmut Dubiel
Antrophos, 1993.

No es extraño que autores que enrolamos en el difuso denominador de teoría crítica, incluyan el debate con el desafío neoconservador entre las prioridades de su agenda intelectual. Habermas recogía en un recomendable análisis comparativos del neoconservadurismo alemán y estadounidense, una afortunada sentencia de Peter Glotz: "el neoconservadurismo es la red en la que puede caer el liberal cuando comienza a tener miedo de su propio liberalismo". Doctrina reactiva para desengañados por los efectos disolventes del Estado de Bienestar, que hoy configura el horizonte simbólico que ordena la percepción política de la realidad, en una extensa franja de la ciudadanía occidental.

Pocas ofertas ideológicas contemporáneas pueden presumir de haber articulado con tanta eficacia, reflexión teórica rigurosa e incidencia efectiva en la realidad. Acertadamente, Dubiel considera que la poderosa inspiración regresiva que modula diagnóstico y terapia neoconservadora no obsta para situar al

antagonista "(...) en el campo en que se mueve la misma inteligencia crítica". Justificación suficiente para ofrecer al lector esta extraña conjunción de solidez teórica y claridad expositiva que se presenta con el socrático título de *¿Qué es neoconservadurismo?*.

Que el capital pudo iniciar su proceso de expansión gracias a una camisa de fuerza llamada ética protestante, es algo que la primera generación de teóricos de la Escuela de Frankfurt aprendió con ejemplar aplicación de Max Weber. La naturaleza interna fue emplazada como un campo de batalla donde la dominación jugaba su conversión en lealtad. A la práctica contracultural de la nueva izquierda, que se incubó en estas reflexiones, responsabiliza al análisis neoconservador de las profundas grietas en una moralidad social que estos pensadores parecen rebajar a mero cemento de espíritus.

Tres áreas. En tres áreas parece verificarse la emergencia de pautas culturales incapaces de lubricar la maquinaria social: proceso de socialización abiertos, eximidos de estructuras superyoicas rígidas, extensión de un complejo de valores posmaterialistas, y surgimiento de una nueva expresividad centrada en el autodesarrollo individual. El escándalo neoconservador inicia el toque de rebato para una nueva evangelización calvinista.

El autor repasa algunos textos claves en la formación del pensamiento neoconservador. Sorprenden, a primera vista, las coincidencias entre las radiografías sociales de un Daniel Bell y las conocidas reflexiones críticas sobre la sociedad unidimensional. Dubiel delimita el fondo inconciliable que subyace a estas similitudes, quizá con menos insistencias de la deseable. Y es que mientras el teórico neoconservador incide exclusivamente en los aspectos menos civilizatorios de nuevas personalidades, que considera desestabilizadas por el narcisismo hedonista, el pensador crítico destaca el potencial

moral contenido en una cultura motivacional desafecta a la ética de renuncia protestante. Ello no le impide contemplar los inquietantes procesos de desublimación represiva; más a la hora de asignar responsabilidades, el índice acusador vira hacia un sistema necesitado de consumidores infinitamente susceptibles de engullir una artificiosa hiperinflación de novedades. Siempre tuvo presente algo que Adornó resumió de manera magistral: el dominio "(...) suele poner en el debe de las culpas de la masa lo que ha hecho de ella mediante un proceso de domesticación".

A este libro puede agradecerse que ayude a entender ciertas claves de nuestro presente inmediato. Algunas constantes en el debate político cotidiano se tornan inteligibles al revelarse su filiación. El capítulo dedicado al proceso depontenciador sufrido por la idea de democracia, en manos de quien la contempla como una simple barrera frente a la masa embrutecida y sus versátiles representantes populistas, permite ver el bosque desde el que hablan algunos adalides de la purificación democrática. Pueden localizarse además, los objetivos que el discurso felipista sobre la gobernabilidad, disimula tras el espesor de las palabras: democracia restringida a la elección de gobiernos; fomento de la apatía ciudadana y consolidación del sistema de cooptación de las élites partidarias. Dubiel se posiciona por una profundización participativa de la democracia, que sin birlar el insuperable dato previo de la complejidad y diferenciación funcional de las sociedades modernas, radicaliza intensiva y extensivamente espacios de control cívico, comprometidos con la herencia de las generaciones futuras. Es difícil resistirse a ofrecer las contundentes palabras del autor:

"Sólo en un sentido cínico puede hablarse de democracia, si una consciencia de legitimidad cultural ha sido sustituida por un legalismo autoritario y una lealtad de masas conseguida artificialmente. Una

sociedad renovada de forma neoconservadora no sólo sería autoritaria en su organización: bajo la capa de teorías renovadas de carácter meritocrático y sociobiológico aumentarían y se consolidaría las formas existentes de desigualdad social. Ciudadanos políticamente desviados no serían adversarios de debate en el escenario de la esfera política sino (...) objetos de control social tutelado y trabajo obligatorio ordenado por policía social”.

Palabras que no suenan, desgraciadamente, a distopía apocalíptica.

Préstamos inquietantes. Entre las cargas de profundidad que una renovada ideología meritocrática ha dirigido al concepto de igualdad, se encuentran inquietantes préstamos de la sociobiología. Este lodazal preilustrado es posible perseguirlo —algo que no hace el autor— en algunas formulaciones kantinas, extremadamente gratas al pensamiento antisocialista. Nos referimos a aquel Kant, tan brillante como tramposo, que esperaba el óptimo social de la “generalización de antagonismos” a modo “(...) como ocurre con los árboles del bosque que, al tratar de quitarse unos a otros aire y sol, se esfuerzan a buscarlos por encima de sí mismos y de este modo crecen erguidos, mientras que aquellos otros que se dan en libertad y aislamiento extienden su rama caprichosamente y sus troncos enanos se encorvan y retuercen”. En la intersección entre egoísmo competitivo y disciplina, “la astucia de la razón” liberal endereza su camino victorioso.

Una constatación neoconservadora estrictamente ajustada a la realidad, es que el Estado social ha extendido sus tentáculos bajo el impulso corporativo de la terapeutocracia. Algo que han destacado, desde otro prisma, Foucault, Castello Donzelot con análisis que deberían callar a tanto papanatas progresista, acorazado en la defensa del Estado benefactor realmente existente.

Hoy se extiende, por fortuna, la correcta

idea de que el poder administrativo, lejos de ser neutro, descarrila los programas transformadores hacia la anomia, la dependencia y la reconducción psíquica de conflictos sociales. Superar el extravío estatalista, requiere un sincero esfuerzo por dejarse ilustrar en las desagradables enseñanzas de un siglo, que invirtió en la regulación gubernamental demasiadas esperanzas. Sin embargo, conviene mantenerse vigilantes para no claudicar en la remercantilización que se esconde tras ciertos “regresos a la sociedad civil”. Confiar los derechos sociales a subcontratas necesitadas de demostrar rentabilidad al Estado financiador (id est; proporcionar resultados susceptibles de valorizarse en el mercado mediático), agravaría la distorsión corporativa en la satisfacción de las demandas ciudadanas. La autogestión y la socialización no deben confundirse con la exigencia de racionalización capitalista. Sería dramático que los seguidores de Hayek o Fiedmann consiguieran disimular con nuestros códigos la brutal ofensiva del capital que padecemos.

El libro viene presentado por una entrevista con el autor y un prólogo, ambos realizados por Agapito Maestre. Contribuyen, sin duda, a realzar el interés de una obra que cualquier persona de izquierda hace mal, muy mal, en perderse.

José Luis Moreno Pestaña

Testigos de la barbarie, activistas de los derechos humanos

Informe 1994

Amnistía Internacional

Editorial Amnistía Internacional (EDAI)
Madrid, 1994

Al terminar de leer el *Informe* de Amnistía Internacional, objeto de la presente recensión, una de las conclusiones más evidentes y desalentadoras que pueden

extraerse es que el ser humano: "especie más evolucionada del planeta Tierra", en lo que se refiere a su evolución como tal "ser", no solamente no ha avanzado desde el Paleolítico inferior, era prehistórica del *homo habilis* y el *homo erectus*, sino que, por el contrario, ha retrocedido. Esta afirmación tan categórica y sorprendente, que, afortunadamente, y gracias al esfuerzo de muchos, no es generalizable a todos nuestros congéneres, es fruto de la lectura de un estudio realizado por un psiquiatra de Amnistía Internacional, Peter Boppel, que considera que en el curso de los dos millones de años de prehistoria, durante los que se ha desarrollado la humanidad, no se ha encontrado ningún rastro de torturas sistemáticas. La práctica de torturas es un fenómeno que se remonta a diez mil años atrás, es decir, a la era de la revolución neolítica, cuyas características son, entre otras, el paso del hombre del nomadismo al sedentarismo y el cambio climático.

Tendencias bestiales. Por otra parte, numerosos científicos están reconociendo que la destructividad o las tendencias bestiales en el ser humano no están presentes en él desde que nace, sino que se adquieren a lo largo de la vida, y, frecuentemente, a edades muy tempranas. Pero, lo verdaderamente dramático, en mi opinión, no es tanto reconocer que dentro del ser humano se encuentra el potencial de destruirse a sí mismo y a los demás, como comprobar que, además, es capaz de regodearse con el sufrimiento de sus semejantes y, más aún, establecer un siniestro y costoso sistema educacional para la formación de torturadores.

Está demostrado que los regímenes dictatoriales gastan millones en este tipo de prácticas y que la formación de torturadores constituye uno de los secretos mejor guardados de las dictaduras, sin que pueda, por desgracia, llegar a afirmarse que la tortura se ejerce exclusivamente en éstas.

Amnistía Internacional tiene constancia de que en, por lo menos, 60 países se

practica la tortura, y de que los métodos para llevarla a cabo son sistemáticamente enseñados; incluyendo aquellos, cada vez más utilizados por los países con mala reputación internacional, que no dejan huella y que, por tanto, son difíciles de probar médicamente. La imaginación desarrollada por los inventores de métodos de tortura no tiene límite, como ilimitadas son las vías para intentar conseguir el objetivo último perseguido por tales prácticas: la destrucción del alma humana, a través de la destrucción física y psíquica.

La labor de Amnistía Internacional.

Cuando en 1961 se fundó Amnistía Internacional, si bien su primer objetivo fue trabajar por la libertad de los presos de conciencia, rápidamente fue evidente la necesidad de actuar en favor de las víctimas de la tortura y de los juicios políticos injustos, de los "desaparecidos", de los ejecutados extrajudicialmente, y de todos los sentenciados a pena de muerte; así como de la necesidad de enfrentarse a los abusos de los grupos de oposición armados.

Sin embargo, en los últimos años, los tipos de violaciones de derechos humanos que Amnistía Internacional trata de combatir se han hecho cada vez más complejos: el nacionalismo, los conflictos étnicos y religiosos, el hambre y la represión han provocado movimientos multitudinarios de refugiados, siendo cada vez más los países, en especial los ricos, que cierran sus fronteras a quienes precisan y merecen refugio. Amnistía Internacional cuenta en la actualidad con más de un millón de miembros, donantes y suscriptores, en más de 150 países de los cinco continentes. Los activistas de derechos humanos de cada comunidad son una fuente crucial de información sobre lo que de verdad ocurre en cada país. Las organizaciones internacionales, ya sean no gubernamentales o intergubernamentales, dependen en gran medida de esa información. Sin embargo, con demasiada frecuencia, las autoridades consideran a

tales activistas más un problema que un medio para alcanzar un futuro mejor. No es casualidad que suelen ser los gobiernos más hostiles a la labor de Amnistía Internacional los que, normalmente, tienen más que ocultar.

La cruda realidad. El *Informe* que analizamos expone el trabajo de Amnistía Internacional y las cuestiones que les preocuparon en todo el mundo a lo largo de 1993. Consta de 368 páginas y abarca 151 países, sin que la ausencia de un país concreto signifique que no hayan tenido lugar en él violaciones de derechos humanos, y sin que el número de páginas dedicado a un determinado país deba considerarse indicativo de en qué grado preocupa a Amnistía Internacional. El Informe dedica un apartado a cada país, donde se recogen detalladamente las violaciones de derechos humanos cometidas o, más exactamente, aquellas de las que Amnistía Internacional ha tenido conocimiento.

Lo que, en definitiva, viene a demostrar este Informe anual es la enorme distancia que hay entre la retórica y la realidad, entre lo que los gobiernos dicen sobre los derechos humanos y lo que hacen en verdad. Se expone a continuación una síntesis de las violaciones de derechos humanos más frecuentes.

Alrededor del mundo, de Australia a Albania, de México a Mauricio, muchos activistas de derechos humanos, que han hecho posible la elaboración de este Informe, han arriesgado sus vidas o desafiado a sus gobiernos. Algunos países donde se han producido violaciones de derechos humanos contra activistas que durante el pasado año han alzado la voz en su comunidad son: Corea del Sur, Guatemala, Túnez, Filipinas, Uzbequistán, Nigeria, Kenia, Sudáfrica, Arabia Saudí, Colombia, Indonesia, Región Autónoma del Tíbet, Ruanda, y Yugoslavia. Para la próxima década, el objetivo prioritario de los simpatizantes de Amnistía Internacional es una campaña

mundial contra los asesinatos por motivos políticos y las desapariciones forzadas. Cada vez más a menudo, países aparentemente comprometidos con los derechos humanos y democracias, también aparentemente bien establecidas, como la India y, otras más recientes, como Filipinas, hablan de derechos humanos en los foros internacionales mientras su gente es secuestrada o abatida a tiros. Los "escuadrones de la muerte" actúan en países como Brasil y Colombia, y el rastro de las responsabilidades conduce hasta las autoridades. En lo que fue Yugoslavia, en algunas Repúblicas de la ex-Unión Soviética, en Somalia y Zaire los muertos y "desaparecidos" se cuentan por millares. Los grupos armados de oposición política también son responsables de asesinatos deliberados, arbitrarios, o de secuestros y retención de rehenes, tal como sucede en Argelia, Liberia, India, Perú, Sri Lanka y Sudán. Por lo que se refiere a la pena de muerte, Amnistía Internacional se opone incondicionalmente a ella y trabaja por su abolición en todo el mundo. Las buenas noticias de 1993 fueron que Guinea Bissau, Hong Kong, Gambia y Grecia se sumaron a la lista de países abolicionistas, y que el Comité Judicial del Consejo Privado de la Reina, con sede en el Reino Unido, y Tribunal de última instancia de muchos países de la Commonwealth, dictaminó que debería conmutarse la pena de muerte por la de cadena perpetua a todos los sentenciados a muerte que hubieran permanecido encarcelados más de cinco años. Algunos países, como Austria, Ecuador, Mozambique, Panamá, Eslovenia, Uruguay y Venezuela, se adhirieron al Segundo Protocolo Facultativo del Pacto Internacional sobre Derechos Civiles y Políticos, destinado a abolir la pena de muerte. Hacia finales de año, el 47% de los países del mundo había abolido la pena de muerte.

Sin embargo, las cifras y datos que a continuación se ofrecen demuestran que falta aún mucho camino por recorrer para lograr el objetivo de Amnistía

Internacional. En EE.UU. fueron ejecutadas 38 personas, cuatro de ellas "delincuentes juveniles", y en Perú, Filipinas, Japón, Argelia y Kuwait se reanudaron las ejecuciones durante el pasado año. En Egipto fueron ejecutadas 32 personas, en Arabia Saudí 87, en Irán, por lo menos, 77, y en China siguió aplicándose la pena de muerte en gran escala. En total, en 1993, se recibieron noticias de la ejecución de 1.831 presos en 32 países, y de 3.670 sentencias de muerte en 61 países, aunque, con toda certeza, la cifra real es mayor.

En cuanto a los refugiados, continuaron aumentando durante 1993. En la actualidad, se calcula que más de 24 millones de personas han sido desplazadas de sus hogares por la guerra y 20 millones de personas se encuentran refugiadas en otros países, huyendo de persecuciones políticas, raciales y religiosas. Unos 40 millones de personas están consideradas como refugiados económicos y 10 millones como refugiados ecológicos, desalojados de su tierra por la degradación de la naturaleza. A pesar de lo escalofriantes que resultan estas cifras, en los últimos años, el derecho de asilo, establecido en la Declaración Universal de Derechos Humanos de 1948, ha ido poco a poco subordinándose a los intereses económicos y políticos. Así, las medidas adoptadas por los países ricos para restringir el acceso de los solicitantes de asilo a sus territorios están socavando las normas fundamentales internacionales, tal es el caso de países como EE.UU., Japón, los doce Estados miembros de la Unión Europea, Arabia Saudí, Malasia, Australia, Austria, Finlandia, Noruega, la República Checa y Suiza.

Los cambios positivos se produjeron en Bélgica, donde el Tribunal de Arbitraje declaró inconstitucional una disposición legal que consideraba inadmisibles ciertas clases de solicitud de asilo, y en Islandia e Irlanda, donde se avanzó, por primera vez, hacia la presentación de legislación específica sobre los derechos de los solicitantes de asilo que buscan protección.

La "voluntad" política. Aunque han sido numerosas las actividades desarrolladas por las Organizaciones Internacionales, a lo largo del año pasado, en pro de la defensa de los derechos humanos, los resultados de las mismas, a la vista de lo que ha quedado expuesto, no parecen haberse traducido en soluciones concretas ni haber mejorado en absoluto el funesto panorama descrito.

Entre las actividades mencionadas destaca la Conferencia Mundial sobre Derechos Humanos, organizada por Naciones Unidas, celebrada en Viena, del 14 al 25 de junio, que adoptó la "Declaración y Programa de Acción de Viena", donde se reafirma la obligación de todos los Estados de respetar los derechos humanos, independientemente de su sistema político, económico o cultural. Seguidamente, la Asamblea General estableció un Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, un cargo con rango de Vicese-cretario General, con responsabilidad y capacidad de supervisión sobre todas las actividades en el área de los derechos humanos, dentro del sistema de las Naciones Unidas. También fue aprobada por la Asamblea General la "Declaración sobre la eliminación de la violencia contra la mujer". Por otro lado, los 32 Jefes de Estado del Consejo de Europa se reunieron, por primera vez, en Austria, en el mes de octubre; acordaron la redacción de dos nuevos Convenios sobre los derechos de las minorías, y adoptaron un Programa de Acción contra el racismo, la xenofobia y el antisemitismo.

La Comunidad Europea, por su parte, adoptó Declaraciones sobre la situación de los derechos humanos en varios países. La Comisión anunció que se incluiría una cláusula sobre derechos humanos en todo acuerdo de asociación y cooperación de la Organización, y el Parlamento se declaró a favor de un amplio sistema de protección de los derechos humanos en toda la Unión y de una política exterior más coherente. Entre septiembre y octubre se celebró en Polonia la primera reunión de la CSCE

sobre Aplicación de la Dimensión Humana; se hicieron recomendaciones sobre el fortalecimiento de los mecanismos de derechos humanos de la CSCE.

En Isla Mauricio, en el mes de octubre, se celebró la 5ª Conferencia bienal de Jefes de Estado y de Gobierno de los países de lengua francesa; se adoptó una Declaración final que afirmaba que los mencionados países estaban comprometidos con la justicia, la democracia y el respeto de los derechos humanos.

En Chipre, también en octubre, en el Encuentro bienal de Jefes de Gobierno de la Mancomunidad de Naciones (Commonwealth), en el Comunicado final los Estados participantes reafirmaron su compromiso con la democracia, los derechos fundamentales y la supremacía de la ley.

Para terminar, también en el marco de la Organización de Estados Americanos y de la Organización para la Unidad Africana se adoptaron las correspondientes Resoluciones a favor de los derechos humanos. Lamentablemente, a pesar del número e importancia de las reuniones celebradas, cabría afirmar que todo el paquete de Resoluciones, Declaraciones, Programas de Acción, Convenios, y demás medidas adoptadas no son más que papel mojado a la hora de hacer valer las disposiciones en ellas contenidas frente a las flagrantes violaciones de derechos humanos que, en mayor o menor medida, se producen en, aproximadamente, el 75% de los países que integran este mundo.

La pregunta obligada, una vez analizado el Informe de Amnistía Internacional, es: a la hora de aprobar la distribución de la Ayuda Oficial al Desarrollo entre los países del Tercer Mundo, ¿hasta cuándo habrá que esperar para que los países industrializados, entre ellos España, apliquen rigurosamente la cláusula de la "condicionalidad democrática negativa" a todos aquellos Gobiernos no democráticos que no respetan los derechos humanos? Dicho de otra manera, ¿Cuándo dejarán los países ricos de prestar su ayuda a Gobiernos dictatoriales que no respetan los derechos humanos, alegando la existencia de intereses vitales y

amparándose en las relaciones bilaterales? El debate queda abierto.

Itziar Ezagupen

De carne y hueso

Del Moncada a Chiapas. Historia de la lucha armada en América Latina.

Daniel Pereyra

Los libros de la catarata, Madrid, 1994

Muchos ex-revolucionarios han tratado de olvidar su pasado, su combate, a sus hermanos caídos, sus esperanzas y desesperanzas. Algunos se ha vuelto cínicos, otros oportunistas y otros (o los mismos) se han "reconciliado con la realidad", aceptando las reglas de juego imperantes. Se han vuelto razonables, moderados, pragmáticos, modernos (o posmodernos), neoliberales, ¿o quizás socialdemócratas?

No así Daniel Pereyra. Él es de los que no se rinden, de los que no se olvidan, de los que no reniegan, de los que no cambian de color para adaptarse al medio ambiente, de los que siguen, firme y tranquilamente su camino, manteniendo en sus manos, aunque queme, la pequeña brújula, aunque los vientos soplen en dirección contraria. Este libro es, sin duda, la más completa historia de los movimientos de lucha armada en América Latina: sencilla, precisa, sistemática, con todos los datos y la fechas y ningún efecto retórico, ni recurso a la jerga académica. Es la mejor introducción para los que quieran saber cómo y por qué se alzaron en armas en el continente, tantas personas y grupos, a veces pueblos enteros, durante los últimos cuarenta años. No es una historia impersonal y abstracta: contiene muchos nombres de luchadores, hombres y mujeres de carne y hueso, héroes, víctimas, desaparecidos..., desde los más conocidos,

como el Ché, Santucho, Ana María Villareal, Marighella, Lamarca, Miguel Enríquez, Camilo Torres...hasta los anónimos de los que sólo queda un seudónimo: José...

Walter Benjamín escribía en la Tesis VI de Sobre el concepto de historia (1940): "La capacidad de encender en el pasado la llama de la esperanza sólo se da al historiador plenamente convencido de que, si el enemigo vence, ni siquiera los muertos estarán seguros. Y ese enemigo no ha cesado de vencer".

Los vencedores de hoy en América Latina quieren, una vez más, aplastar a los combatientes caídos, extirpándolos de la memoria colectiva del pueblo, condenándolos al olvido, cubriéndolos con el plomo del silencio o el desprecio. Es tarea del historiador revolucionario salvarlos de esta segunda muerte.

Los vencedores de Sandino, Farabundo Martí y Zapata no han logrado borrar su memoria, ni impedir que su nombre vuelva a alumbrar la esperanza.

El levantamiento zapatista de Chiapas es un buen ejemplo de la persistencia de los métodos insurreccionales de lucha en la América Latina neoliberal de hoy. Obviamente, no bajo las mismas formas que en los años 60 ó 70: la historia nunca se repite. Pero existe un hilo de continuidad histórica que liga el EZLN como en Ejército del Sur de Emiliano Zapata, pasando por la revolución sandinista y el asalto al Moncada. Sin duda, y con toda la razón, la izquierda latinoamericana actual trata de utilizar, en la mayoría de los países, los procesos electorales, pese al fraude, el monopolio de los medios de comunicación y de mil otros obstáculos institucionales. Pero, si se consiguiera llegar al Gobierno, ¿cómo evitar el trágico destino de Salvador Allende y sus camaradas?

Éstas y otras preguntas semejantes hacen que este libro tenga un interés no sólo histórico, sino también presente y futuro.

Michael Löwy

Acerca de la salud de los trabajadores

Acerca de la salud de los trabajadores

Carlos Anibal Rodríguez

Gabinete de Salud Laboral de CCOO
Madrid, 1994

Pese al crecimiento de la mortalidad laboral, no está de moda hablar de salud y explotación obrera. Casi todo se reduce a competitividad, las empresas tienen que ser competitivas, en la guerra de todos contra todos, para lograr los máximos beneficios.

Esta es la nueva legitimidad social y ante ella el trabajador/a debe someterse a las exigencias productivas o del mercado, tienen que ser flexibles y adaptables,... es decir una mercancía más para Usar y Tirar.

Las relaciones laborales y condiciones de trabajo están sufriendo un profundo cambio: fragmentación productiva, flexibilización y precarización masiva del empleo, internacionalización de la producción, crecimiento de la economía sumergida, de la pobreza, de las enfermedades degenerativas (cancer, cardiovasculares,...)

Lamentablemente, como dice Asa Critiana Laurell "las condiciones de trabajo son tal vez, los hechos diarios más desconocidos. Escondidos tras los muros de los centros de trabajo, no están a la vista de la sociedad. Cada quién conoce-y sus condiciones de trabajo, pero ignora las de los demás. Así, son situaciones vividas por todos, pero como cotidianidad de masas escapan al observador. Transcurren en lugares cerrados donde permanecen siempre como secreto industrial". Ello puede ser la causa que motiva el silencio y la invisibilidad social de la enfermedad y muerte de los trabajadores al alquilar su fuerza de trabajo.

Frente a ello el sindicalismo, atrapado en el economicismo, está en crisis.

Crecientes sectores cuestionan a la eficacia de la estrategia sindical. Por supervivencia, se van a ver obligados a asumir nuevos retos como la defensa del medio ambiente, la salud, la calidad del trabajo, etc.. Para ello es urgente una profunda reflexión teórica y práctica de la acción sindical; probablemente será necesaria una revolución cultural. En ese camino la izquierda sindical no puede dormirse en los laureles, el reto es enorme. Este libro editado por el Gabinete Confederal de Salud Laboral de CC. OO. es una buena herramienta para iniciar el camino de esa reorientación.

Su autor es Carlos Aníbal Rodríguez, experto en medicina del trabajo de reconocido prestigio internacional, consultor de la OIT, dinamizador de los sindicatos de Base en Argentina, maestro y referencia de muchos prevenciónistas y activistas de salud laboral, por la sencillez y profundidad de sus conferencias y trabajos.

Sus aportaciones sobre las relaciones de la salud y el trabajo, frente a los principales riesgos para la salud en el trabajo, no son neutras, como si la patronal, gobiernos y los trabajadores tuviésemos la misma visión e interés por la salud. Sus antecedentes es el material preparado para un seminario de educación obrera en la protección y promoción de la salud, seguridad de los trabajadores y el medio ambiente para catorce centrales sindicales Latinoamericanas. Se nos han ido presentando algunas definiciones sobre la salud, de ellas destacaría los siguientes elementos:

- La salud no es ausencia de enfermedad.
- Cuando se hace referencia a la salud, estamos atendiendo no sólo a los aspectos físicos, sino psíquicos y sociales.
- La salud puede considerarse en términos de capacidad y posibilidades de satisfacer necesidades vitales, entre las cuales incluimos la alegría misma.

- No existe una historia de las enfermedades, lo que existe es una historia social de las relaciones salud enfermedad.

- La salud no es don, es una cosa propia, pero además es la reserva más importante que tienen los trabajadores. Para su defensa es clave la participación de los trabajadores en el control de las condiciones de trabajo.

¿Por qué? Porque somos los actores, porque sin nosotros no hay película.

Buen empleo. Sus propuestas y conferencias, han recibido críticas en más de una ocasión de "antidiluvianas". Pero él no sueña con el pasado. Es un firme convencido, de que en los próximos años, será más necesario que nunca una atención especial a las condiciones y medio ambiente del trabajo y sus consecuencias sobre la salud y seguridad de los trabajadores. Pues no sólo hace falta crear empleo; hace falta que estos sean buenos trabajos.

El trabajo no puede continuar ligado a la desesperanza. Son necesarios trabajos que ofrezcan productividad, pero que también recuperen la idea de satisfacción en el trabajo.

En conclusión, un buen manual para todo sindicalista, ecologista o profesional de la salud, y para cualquier trabajador que no quiera verse sometido y anulado por el productivismo y consumismo.

Una ausencia. Es evidente, ningún libro puede pretender abarcar todo los temas. Pero la salud de los trabajadores se ve doblemente agredida, en el puesto de trabajo y en el territorio, es decir como ciudadanos en el entorno donde viven, muchas veces por la propia contaminación de la empresa donde trabaja.

El carácter destructivo del capitalismo, no se limita a los humanos —también con la naturaleza, hasta el límite de amenazar la supervivencia del planeta o hipotecar a las generaciones futuras. La

destrucción de los recursos naturales, el deterioro de la biosfera, la contaminación de las aguas, las enormes cantidades de residuos tóxicos.... etc amenazan nuestra salud.

Aunque la defensa de la salud, lleva a cuestionar el modelo de producción es posible que tenga razón algunos ecologistas, cuando dicen "que no es posible desarrollar la conciencia ecologista, por un desarrollo de la experiencia de la salud laboral". Hace falta una visión más global y de conjunto de las amenazas al planeta.

Pero, como dice Alain Lipietz, "sólo los productores que sepan como producen, y a quiénes concierna la organización de su propio trabajo, podrán imponer procesos productivos sanos y seguros , no sólo para

ellos sino para el medio ambiente, los clientes los usuarios".

Difícilmente, los trabajadores asumirán un profundo compromiso ecológico (cuestionando el modelo consumista que estamos inmerso en el Norte) sin una gran autoconciencia y residencia a las agresiones y sufrimientos a que se ve sometido en el proceso productivo y reivindicando otra forma de trabajar.

Integrar la lucha por la salud, la defensa del medio ambiente, y de otra forma de vida y valores, creo es una condición indispensable para responder a las agresiones y amenazas presentes.

Jesús Uzkudun



el desorden internacional

Alemania

“Si las mujeres queremos, nada se mueve”. *Brigitte Kiechle* **15**

Brasil

Por qué nos han derrotado. *Joao Machado y Paulo Nogueira* **17**

Conferencia de El Cairo

¿Demografía y/o feminismo? *Justa Montero* **16**

Cuba

La comunicación: el “auto-bloqueo”. *M^a López Vigil* **18**

El Salvador

Asesinato de Mario López, dirigente del FMLN. *Sergio Rodríguez* **13**

Desgarros post-electorales. *Sergio Rodríguez* **15**

Eritrea

Una revolución desconocida. *Dan Connell* **14**

Estados Unidos

My name is Gringrich and I'm Frankenstein. *G. Buster* **18**

Francia

Pequeños avances y gran continuidad en el PCF. *Alain Krivine* **13**

Una marcha contra el paro y la exclusión. *C. Mathieu* **15**

Foro Alternativo

Por una convivencia equitativa y autónoma, en paz con el planeta. *Declaración de Madrid* **17**

Italia

2º Congreso de Rifondazione Comunista. *La Gauche* **13**

“Abasso Italia”. Reflexiones sobre una nación desorientada. *Enzo Traverso* **18**

Marruecos

Entrevista a Abraham Serfaty. *Javier González Pulido* **14**

México

¡Que viva Chiapas! *Sergio Rodríguez* **13**

Una ruptura interrumpida. *Héctor de la Cueva* **17**

Nicaragua

El difícil futuro del Sandinismo. *Françoise Houtart* **16**

Palestina

¿A dónde va la oposición a Arafat? *Walid Salem* **14**

Ruanda

Las consecuencias del neoconlonialismo “humanitario”. *G. Buster* **16**

Rusia

Entre Yeltsin y Zhirinovski. *Poul Funder Larsen* **13**

¿Qué sucede en los sindicatos? *P. Funder Larsen y D. Mandel* **15**

Historia de una izquierda. *P. Funder Larsen y D. Mandel* **16**

Sudáfrica

¡Al fin libres! *Patrick Bond* **16**

Unión europea

El “Blanco” de Delors, ¿está más blanco? *Charles-André Udry* **13**

Ex-Yugoslavia

La “comunidad internacional” ante la prueba de la crisis yugoslava. *Catherine Samary* **13**

Caza de la mujer. *Rada Ivekovic* **17**

Debates

- Alder, Christine.* Violencia, género y cambio social **18**
- Álvarez-Uría, Fernando.* Delitos de máxima peligrosidad. **17**
- Artous, Antoin.* El hombre posmarxista según André Gorz **17**
- Aresti, Nerea; Llona, Miren y Díaz Freire, J. Javier.* La mujer hablada **14**
- Bensaid, Daniel.* Los tormentos de la materia **17**
- Barcellona, Pietro.* La búsqueda del "sentido común" **16**
- Castaños, José Ramón.* Lucha armada y desobediencia civil en los valores de la izquierda vasca **18**
- Chossudovsky, Michel.* Crítica del "ajuste estructural" **15**
- Cirillo, Lidia.* Mejor huérfanas. **14**
- Collin, Françoise.* Teorías y praxis de la diferencia sexual **14**
- Geras, Norman.* La democracia y los fines del marxismo **14**
- Dolç, Carles.* La urbanización que no cesa **13**
- Davis, Mike.* De cómo los indios shoshones y sus amigos vencieron al Pentágono **15**
- Fernández, Jonan.* La asignatura pendiente de la izquierda **18**
- Fitch, Robert.* El asesinato de Nueva York **13**
- García Rey, José.* Sevilla: Retrato tras la resaca del 92 **13**
- Gutiérrez Álvarez, José.* Cara y cruz de la anarquía **14**
- Hroch, Miroslav.* Del movimiento nacional a la nación **13**
- Larios, Roberto.* Nicaragua: bajo la tutela del FMI **13**
- Litke, Robert F.* Violencia y poder **18**
- Lowy, Michael.* Mariátegui: Un marxista romántico **16**
- López, Pere.* Dualizar la ciudad dual **13**

- Mandel, Ernest.* El significado del día D **15**
- Manifiesto de la Campaña "50 años bastan".* FMI, BM y GATT: Medio siglo ensanchando el abismo entre Centro y Periferia **15**
- Moreno, Amparo y Soto, Pilar.* La madre feliz: el retorno de un mito **16**
- Pastor, Jaime.* Tiempos de transición y autoreforma de la izquierda **16**
- Pont, Raúl.* Porto Alegre (Brasil): Apropiarse de la ciudad **13**
- Raventós, Daniel y Gisbert, Rafael.* Trabajar o no... pero vivir **14**
- Riechmann, Jorge.* Como un arrecife de coral. Algunas tesis sobre ecologismo, parlamentarismo, transformación de la política y necesidad de un nuevo tipo de "partido de nuevo tipo" **18**
- Sader, Emir.* Poder ¿Dónde está el poder? **16**
- Seseña, Luis Miguel y Martín Fernández, Manuel.* Los guardianes de la ortodoxia liberal **15**
- Slaughter, Jane.* Sobreviviendo al toyotismo **17**
- Strató, Jorge.* La idea derechista de la política que comparte la izquierda **16**
- Vincent, Jean-Marie.* Liberar la producción, pero también liberarse de la producción **17**
- Zubero, Imanol.* Los medios de la emancipación **18**

miradas

- Ioseba Zabalza González **13**
- Yolanda Goikoetxea **14**
- José Horna **15**
- Iolanda Huzak **16**
- Ramón Miguel **17**
- Gilmar Samoes **18**

subrayados

Albarracín, Jesús. "Como la piel del camaleón" de Juan Francisco Martín Seco **17**

Augustín, Mercedes. "La filosofía contemporánea desde una perspectiva no androcéntrica" de Alicia Puleo **14**

Buster, G. "España y la ayuda oficial al desarrollo: los créditos FAD" de Carlos Gómez Gil. **16**

Durand, Maxime. "La integración en Europa" de Pedro Montes **15**

Ezagupen, Itziar. "Informe 1994" de Amnistía Internacional **18**

Galante, José. "La explosión del desorden" de Ramón Fernández Durán **16**

Gutiérrez Álvarez, José. "Memorias" de Santiago Carrillo **14**

Gutiérrez Álvarez, José. "Diàlegs a Barcelona" de Wilebaldo Solano y Llibert Ferri. **16**

Gutiérrez Álvarez, José. "Petita historia d'Andreu Nin" de Ernest Benito y Pilarín Bayés **16**

López, Mariano y Ballesteros, Gregorio. "Un verano con mil julios y otras estaciones" de Pere López **15**

Lowy, Michael. "Del Moncada a Chiapas. Historia de la lucha armada en América Latina" de Daniel Pereyra **18**

Moreno Pestaña, José Luis. "Qué es el neoconservadurismo" de Helmut Dubiel **18**

Raventós, Daniel. "Trabajar menos para trabajar todos" de Guy Aznar **18**

Pagán, Albert. "El piano" de Jane Campion **14**

Pagán, Albert. "Finnegans Wake" de James Joyce **15**

Pastor, Jaime. "El proyecto radical" de José Manuel Roca **14**

Pastor, Jaime. "Los verdes alemanes" de Jorge Riechman **17**

Pereira, Daniel. "La memoria en donde ardía" de Miguel Bonasso **16**

Uzkudun, Jesús. "Acerca de la salud de los trabajadores" de Carlos Aníbal Rodríguez **18**

Vega, Ignacio de. "Sindicalismo y transformación social" de José María Olaizola y Chema Berro **14**

Zabala, Begoña. "Mujeres, Derecho Penal y Criminología" de Elena Larrauri **16**

propuesta gráfica

Pedro Sanjurjo **13**

Carmen M-M Baroja **14**

Xavier Idoate **15**

Rosa Silva Calle **16**

Aldo Menéndez **17**

José Alcalde y Maribel Fuentes **18**

Apellidos Nombre

Calle N° Escalera Piso Puerta

Localidad Provincia C.P.

Otras Indicaciones

SUSCRIPCION NUEVA SUSCRIPCION RENOVADA CODIGO AÑO ANTERIOR

MODALIDAD DE SUSCRIPCION ANUAL

ESTADO ENVIO COMO IMPRESO 3.500 pta EXTRANJERO ENVIO COMO IMPRESO 4.500 pta (35 \$)
ESPAÑOL ENVIO COMO CARTA 4.300 pta ENVIO COMO CARTA 7.000 pta (55 \$)

MODALIDAD DE ENVIO

ENTREGA EN MANO
ENVIO POR CORREO

MODALIDAD DE PAGO

EFFECTIVO
DOMICILIACION BANCARIA

DOMICILIACION BANCARIA - AUTORIZACION DE PAGO

Apellidos Nombre

Calle N° Escalera Piso Puerta

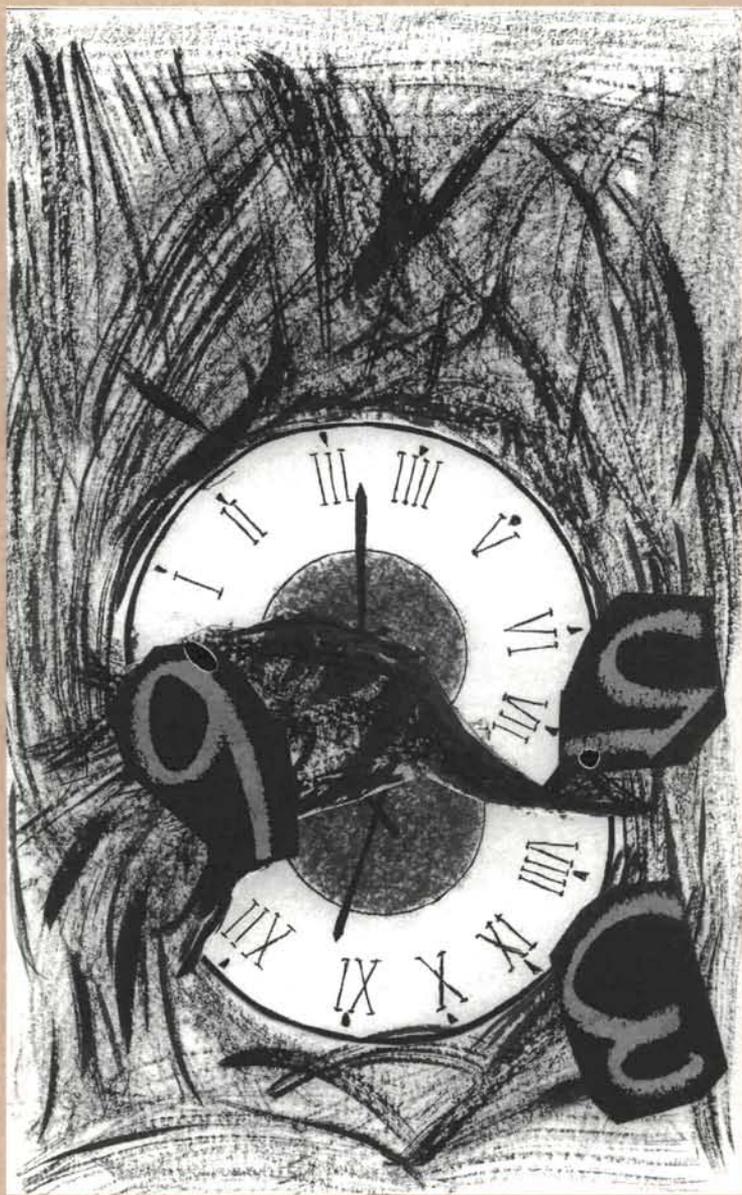
Localidad Provincia C.P.

ENTIDAD				OFICINA				CONTROL		NUM. CUENTA										
<input type="text"/>																				

Fecha:

Firma:





*“... un viento sur que lleva
colmillos, girasoles, alfabetos
y una pila de Volta con avispa ahogada”.*

Federico García Lorca Poeta en Nueva York